

BOABDIL

(RESEÑA PARA EL TURISTA)

GRANADA Y LA ALHAMBRA HASTA EL SIGLO XVI

POR

EL CONDE DE BENALÚA

DUQUE DE SAN PEDRO

DE GALÁTINO



BOABDIL

(RESEÑA PARA EL TURISTA)

GRANADA Y LA ALHAMBRA HASTA EL SIGLO XVI

POR

EL CONDE DE BENALÚA

DUQUE DE SAN PEDRO

DE GALATINO



Julio Quesada Cañaverall y Piédrola, Conde de Benalúa, Duque de San Pedro de Galatino

Perfil biográfico

No hay en la historia reciente de nuestra ciudad un personaje tan activo impulsor de empresas innovadoras, tan valiente y generoso a la hora de arriesgar su fortuna, tan visionario para con el futuro de progreso a que debía aspirar nuestra depauperada tierra, tan comprometido con la sociedad de su tiempo. El recuerdo de su intensa vida sirve de ejemplo, aunque su figura sea irrepetible, por muchos motivos.

Promovió la sociedad que construyó el tranvía de la Sierra; un ferrocarril de vía estrecha de Illora a Láchar; dos fábricas de azúcar; dos de electricidad; explotó las canteras de serpentina del barranco de San Juan; construyó el Hotel Alhambra Palace y el Hotel Sierra Nevada. Entre otros honores, fue diputado a Cortes en cuatro ocasiones, dos veces senador y senador vitalicio como Grande de España a partir de 1905; académico de Bellas Artes, vocal del Consejo Superior de Agricultura, presidente de honor del Centro Artístico y del Club Penibético, miembro de la Junta de Excavaciones y Antigüedades... Era Señor de Láchar, Conde de Benalúa y de las Villas y Duque de San Pedro de Galatino, con grandeza de España de primera clase, pero

VIII

firmaba siempre "Benalúa", que es el nombre que él se daba y por el que se le conocía en los círculos de sus amigos, si bien, en Granada se le recuerda más bien con el último de sus títulos, que el mismo Rey Alfonso XIII le rehabilitó en 1905, y que había pertenecido a un antepasado suyo, Ambrosio Spínola, que participó en la toma de Ostende y de Breda, por lo que aparece retratado por Velázquez en su cuadro "Las Lanzas". En agradecimiento a todo lo que había hecho por realzar el nombre de su Granada y tanto tiempo y dinero como había entregado desinteresadamente, prácticamente todos los sectores de la ciudad hicieron campaña y solicitaron en 1925 que se le otorgase el título de Duque de Sierra Nevada. Tales peticiones no tuvieron efecto en un Gobierno con el cual el Conde de Benalúa no simpatizaba.

Julio Quesada Cañaverl Piédrola nació en Madrid el 30 de Octubre de 1857, en el seno de una aristocrática familia muy vinculada a Granada desde antiguo. Al morir sus padres —la madre, Elia Piédrola y Blake, natural de Vélez Málaga, en 1865 y el padre, Francisco de Asís Quesada Cañaverl y Osorio, en 1867— Julio queda a cargo de su padrino y tutor, José Osorio y Silva, Duque de Sexto y su hermana M.^a Angustias al cuidado de su abuelo materno, Juan Manuel Piédrola Narváez, que vivía en Málaga. Los recuerdos de su infancia y adolescencia quedaron recogidos en un primer tomo de las *Memorias del Duque*, escritas como una crónica de los acontecimientos políticos de la segunda mitad del turbulento siglo XIX, vividos de forma directa, a la sombra del protagonismo de su tío y tutor, destacada figura monárquica de la Restauración y de la amistad íntima con el rey Alfonso XII, que cultivó con lealtad hasta la prematura muerte de éste y continuó con su hijo Alfonso XIII. No obstante, su talante liberal no vio con buenos ojos la

complaciente actitud del rey para con la Dictadura del general Primo de Rivera, lo cual le distanció del monarca.

Tenía los ojos claros, el pelo rubio y rizado, era alto y apuesto. Vemos en las fotografías que era un hombre elegante y atractivo, con una mirada un tanto melancólica y una gran fuerza interior, que se resolvía en un carácter que él mismo definió como *vivo, independiente y bravío*. Le gustaba la caza, los caballos, los toros, y, como decía alguien que le conoció, *amaba a los árboles, como si fueran personas*. Tenía fama de galante con las mujeres y debió vivir en su juventud más de una aventurilla con el también seductor, su amigo Alfonso XII, que cultivó con lealtad hasta la prematura muerte de éste y continuó con su hijo Alfonso XIII. No obstante, su talante liberal no vio con buenos ojos la complaciente actitud del rey para con la Dictadura del General Primo de Rivera, lo cual le distanció del monarca.

Su casa en Granada se encontraba en las Vistillas, en el lugar que ahora ocupa el Colegio de Santo Domingo. Pero donde más le gustaba residir era en su castillo-palacio de Láchar, un edificio historicista, que él construyó con gran lujo, inspirado en las estancias de los palacios nazaríes.

Se casó dos veces, la primera con Concepción Miró. Al quedarse viudo, volvió a casarse con Fernanda Salabert y Arteaga, Marquesa de Valdeolmos, que era también viuda del Conde de Villagonzalo. No tuvo descendencia de ninguno de los dos matrimonios y heredaron sus títulos los descendientes de su hermana M.^a Angustias. Poco se sabe de la personalidad de tales damas, aunque por las referencias podemos deducir que Fernanda Salabert era bastante religiosa, y quizá se deba a ella la iniciativa del Duque de donar las instalaciones del Hotel Sierra Nevada al Arzobispado de Granada para seminario de verano. La donación, hecha en 1936, no se culminó hasta 1950.

Boabdil

En su esfuerzo por dotar a Granada de los instrumentos apropiados para el desarrollo de un turismo de calidad, Julio Quesada publica en 1925 su *Boabdil, como Reseña para el turista*, implícitamente dirigida al *turista cuyo nivel artístico esté educado*. Pretende con ella aportar datos históricos eruditos sobre la grandeza de la ciudad de sus amores, *Damasco de Occidente, la Madraza de las Artes y de la Agricultura*, con referencias a épocas más remotas en el tiempo, apoyándose en los autores clásicos y ofreciendo una explicación ilustrada y sencilla sobre la Alhambra, envuelta en una visión poética y romántica, que hiciese sentir al visitante todo el esplendor de la época dorada. Cuando recurre a cronistas y autores antiguos, incluye el Duque con habilidad menciones a Láchar, como escenario de hechos históricos, entre los cuales se encuentran las batallas entre César y Pompeyo *a orillas del Xenil, en una colonia que se llamaba Lacen y que nosotros llamamos Láchar*. Deseoso de subrayar la importancia histórica de Láchar, colocó una inscripción cerámica en el remodelado castillo, en la que afirmaba que lo había fundado el mítico conde Don Julián, relacionando así su pueblo con el Soto de Roma, el cual, según la tradición, había sido construido para que su amada Florinda gozase con la belleza de sus jardines.

Una buena parte del texto de *Boabdil* se centra en la figura del último rey nazarí de Granada, y la historia de su vida, con una mezcla de admiración y respeto, de asombro por la fuerza del destino *aciago* del infortunado monarca, y de compasión por quien tuvo que dejar tras de sí la belleza de Granada. Boabdil aparece en su biografía, no como el apocado y débil monarca que entregó la ciudad, plegándose a los Reyes cristianos, sino como valiente capitán, dis-

puesto a morir antes que entregarse, de férrea voluntad y determinación, tenaz y majestuoso, elegante en su desapego, sacando a relucir episodios en los que se destaca y engrandece su figura, hasta el momento culminante en que *abrumado, y ante los ruegos de todos*, sella las capitulaciones y abandona la ciudad. A esta visión contribuyeron sin duda las aportaciones de los investigadores granadinos sobre las condiciones en que se realizó la entrega de la ciudad, pues dieron a conocer documentos que evidenciaban el trasfondo de las capitulaciones y las duras condiciones que tuvo que aceptar el desdichado rey.

En el año 1910 habían salido a la luz dos textos fundamentales, que siguen siendo de referencia en la actualidad: por una parte, *Las Capitulaciones para la entrega de Granada*, del político y erudito Miguel Garrido Atienza¹ y por otra *Últimos pactos y correspondencia íntima entre los Reyes Católicos y Boabdil sobre la entrega de Granada*, del catedrático de Lengua Árabe y Vicerrector de la Universidad Mariano Gaspar Remiro². Los dos autores recurren a los Archivos de Hernando de Zafra y al de Simancas, cotejando las distintas versiones, sin que ninguno de los dos cite al otro, por algún motivo que probablemente tuvo que ver con prejuicios políticos o celos académicos. Hay que puntualizar que Garrido Atienza, fue quien publicó antes su trabajo que sin duda Gaspar Remiro conocía, pues se presentó con gran relieve en la Casa Consistorial, ya que el Ayuntamiento costeó la cuidada edición.

¹ Imprenta Paulino Ventura Traveset. Granada 1910. Edición Facsímil, con estudio preliminar de Jose Enrique López de Coca Castañer. Archivum V Centenario, Granada, 1992.

² Discurso en la solemne apertura del Curso Académico de 1910 a 1911. Imprenta del Defensor de Granada, 1910.

El Duque de San Pedro utiliza el texto de su *particular amigo, el erudito arabista* Pascual Remiro para reconstruir la peripecia vital de su admirado Boabdil, subrayando el carácter secreto de las negociaciones. Para acentuar el tono de melancolía que provoca la evocación del desdichado monarca, reproduce como *documento curiosísimo e inédito* *La última carta autógrafa de Boabdil* en la que el rey acepta las capitulaciones, en un tono sumiso, desde Andarax, documento que se incluía en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España, de V. Salvá y Saiz de Baranda*, según él mismo cita.

No sólo sentía admiración y compasión el conde de Benalúa por el triste destino del último rey de Granada. Probablemente consideraba también que un vínculo le unía a él, personalmente con el malhadado Boabdil, a través del Señorío de Láchar, heredado de sus padres. Tal vinculación sin duda responde a un sentimiento romántico de un ferviente admirador de la civilización andalusí, pues se basaba en un confuso equívoco, que resulta sugestivo considerar. De los referidos documentos que consulta, destaca la lista de las tierras que Boabdil y su familia habrían recibido en *juro de heredad* para ellos y sus descendientes en el marco de las capitulaciones con los Reyes Católicos. En la relación, figuran las tahas de Berja, Dalías, Marchena, Boloduy, Lúchar, Andarax, Ugíjar y Juviles, entre otras posesiones y bienes que más tarde fueron vendidos a los Reyes Católicos. El Duque cambia el topónimo Lúchar por Láchar y de esta manera su máspreciado territorio pasa a integrar la herencia que Boabdil habría podido conservar en tan amargas circunstancias y que habría pasado a los conquistadores de Granada. Lo que ocurre es que la transcripción de la palabra árabe es inequívocamente Lúchar, o Lújar, topónimo que, por otra parte, admite diversas posi-

bilidades y no está claro que se refiera al actual Láujar, pero desde luego, en absoluto tiene que ver con Láchar, que en época islámica se llamó *Al Hayar*³ y después Aláchar.

Otra astuta mixtificación le situaba como descendiente en línea directa de quien habría recibido Láchar como recompensa por sus servicios en la conquista de Granada. Forzando la línea genealógica, se decía descendiente de Fernando Sánchez Tovar Cañaveral, Almirante de Castilla, continuo de los Reyes Católicos, conquistador del Reino de Granada, y primer señor de las jurisdicciones de Benalúa y Láchar, según constaba en una lápida que había hecho colocar en su castillo de Láchar en 1906. Sin embargo, según los datos y verificaciones que proporciona al respecto Antonio Corral López, biógrafo del Duque⁴, no está clara esa línea de descendencia, pues el primer Señor de Benalúa, fundador del Mayorazgo fue el capitán Juan Pérez de Córdoba, conquistador de Granada, continuo de las Guardias de los Reyes Católicos quien legó el señorío a su sobrino Juan Pérez de Cañaveral y Córdoba, hijo de su prima hermana Beatriz de Córdoba y de Pedro de Cañaveral y Valenzuela, quien también fue conquistador de Granada. En cuanto a Fernán Sánchez de Tovar lo encontramos varias generaciones antes en León, emparentándose con la familia Cañaveral a través de la boda de su sobrino Rodrigo de Tovar con Inés González de Cañaveral. A partir de 1781

³ Cfr. *La Granada islámica. Contribución a su estudio geográfico-político-administrativo a través de la toponimia*, M^o Carmen Jiménez Mata. Universidad de Granada y Diputación Provincial de Granada, 1990.

⁴ *El Duque de San Pedro de Galatino, prócer de Granada*. Exema. Diputación provincial de Granada, 1980.

el Señorío de Benalúa pasó a ser condado, siendo el primer Conde José de Cañaveral Mesía Ponce de León y Quesada.

En cuanto al Señorío de Láchar, resulta difícil determinar su origen, pues no figura en documentos relacionados con la herencia que recibió el Duque de sus padres y otras referencias, si bien aparece como tal Señorío en el *Diccionario de Pascual Madoz*⁵. El caso es que Julio Quesada Cañaveral heredó de su padre fincas que comprendían todo el término territorial de Láchar, al que siempre se sintió especialmente vinculado y donde llevó a cabo muchos de sus proyectos. Desde su castillo ejerció su dominio como Señor, a base de una rara combinación de antiguos usos feudales y una mentalidad innovadora, capaz de percibir los retos que esperaban en el futuro a sus contemporáneos

M.^a Dolores F.-Fígares

⁵ *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Pascual Madoz. Madoz y Sagasti, Madrid, 1846-1850.

BOABDIL

(RESEÑA PARA EL TURISTA)

GRANADA Y LA ALHAMBRA
HASTA EL SIGLO XVI

POR

EL CONDE DE BENALÚA
DUQUE DE SAN PEDRO
DE GALATINO



EDITORIAL ARTES GRÁFICAS GRANADINAS

Plaza de Gamboa, núm. 15

Granada

Año 1925



PRÓLOGO

GRANADA

Qué hermosa es GRANADA!!! Es la más hermosa entre todas las poblaciones de la tierra.

En ella se reúnen los jardines del Paraíso, los perfumes de Oriente, el refinamiento del arte y los encantos de la Naturaleza con sus diamantinos reflejos de Sierra Nevada.

Sólo su mágico nombre es la evocación de todo un poema de épicas luchas legendarias y nobles hazañas. En ella se apagó la existencia de una civilización admirable y de ella partió la chispa que descubrió el Nuevo Mundo.

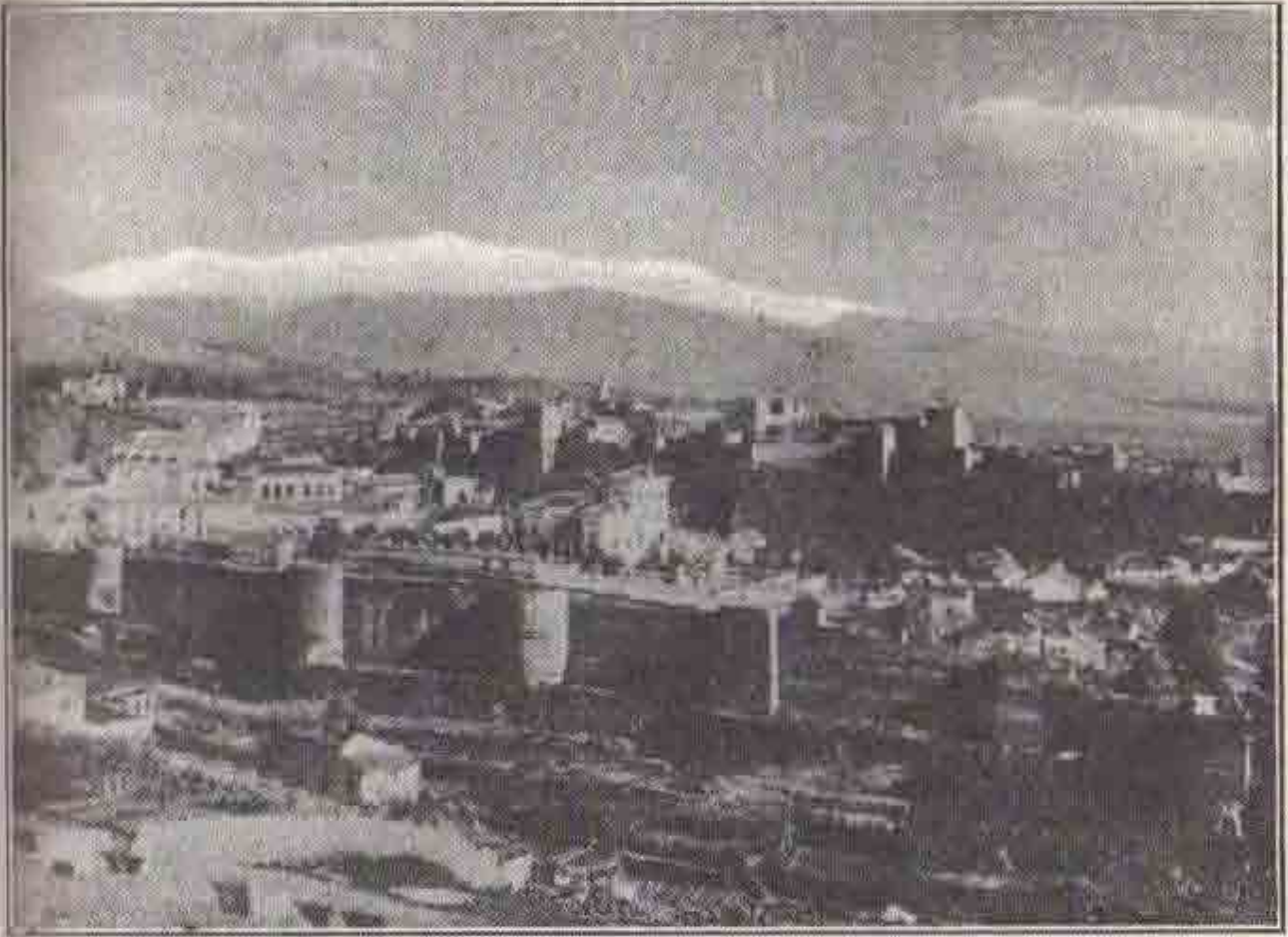
Decir Granada, es condensar en una palabra, amor, belleza, arte, poesía, todo lo que

llega al alma, todo lo que sugestiona y espiritualiza los sentidos, haciéndonos olvidar la vida mezquina e inútil, elevándonos a las sublimes regiones de lo ideal.

Con razón los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel y el Emperador Carlos V, colmaron de privilegios a esta ciudad y fundaron la Universidad, la Catedral, la Capilla, el gran Palacio de Carlos V, colegios, hospitales y otros monumentos importantes.

Loor a Granada, Damasco de Occidente. La Madraza de las Artes y de la Agricultura.

La impresión que al llegar a Granada, coronada con sus crestas de nieve, experimenta el viajero, es sin duda la más intensa de todas las emociones que busca el turista cuyo nivel artístico esté educado.



VISTA GENERAL DE GRANADA

CAPÍTULO I

CIUDAD DE BOABDIL

BOABDIL

(RESEÑA PARA EL TURISTA)



CAPITULO I

Origen de Granada

Los poetas Griegos entre ellos Homero, que cita Estrabón (geógrafo) ponían y situaban Los Campos Elíseos en la Bética Oriental, comarcas Granadinas. (Libro 3-Odisea).

Salustio dice «Nam freto ab Hispania mutare res inter se instituerant Bell jugurt». En que describe el comercio que en la más remota antigüedad hacían los habitantes de la Bética con las tribus de Africa.

Plinio nos representa en antiguas tradiciones a los habitantes de la Bética, los de la parte Occidental, pobres y bárbaros, y a los del extremo Oriental, situados en parajes fértiles, ricos en la agricultura y en el pastoreo.

Ptholomeo (Conductio geograf. Libro 2) al describir los habitantes de la Bética antigua

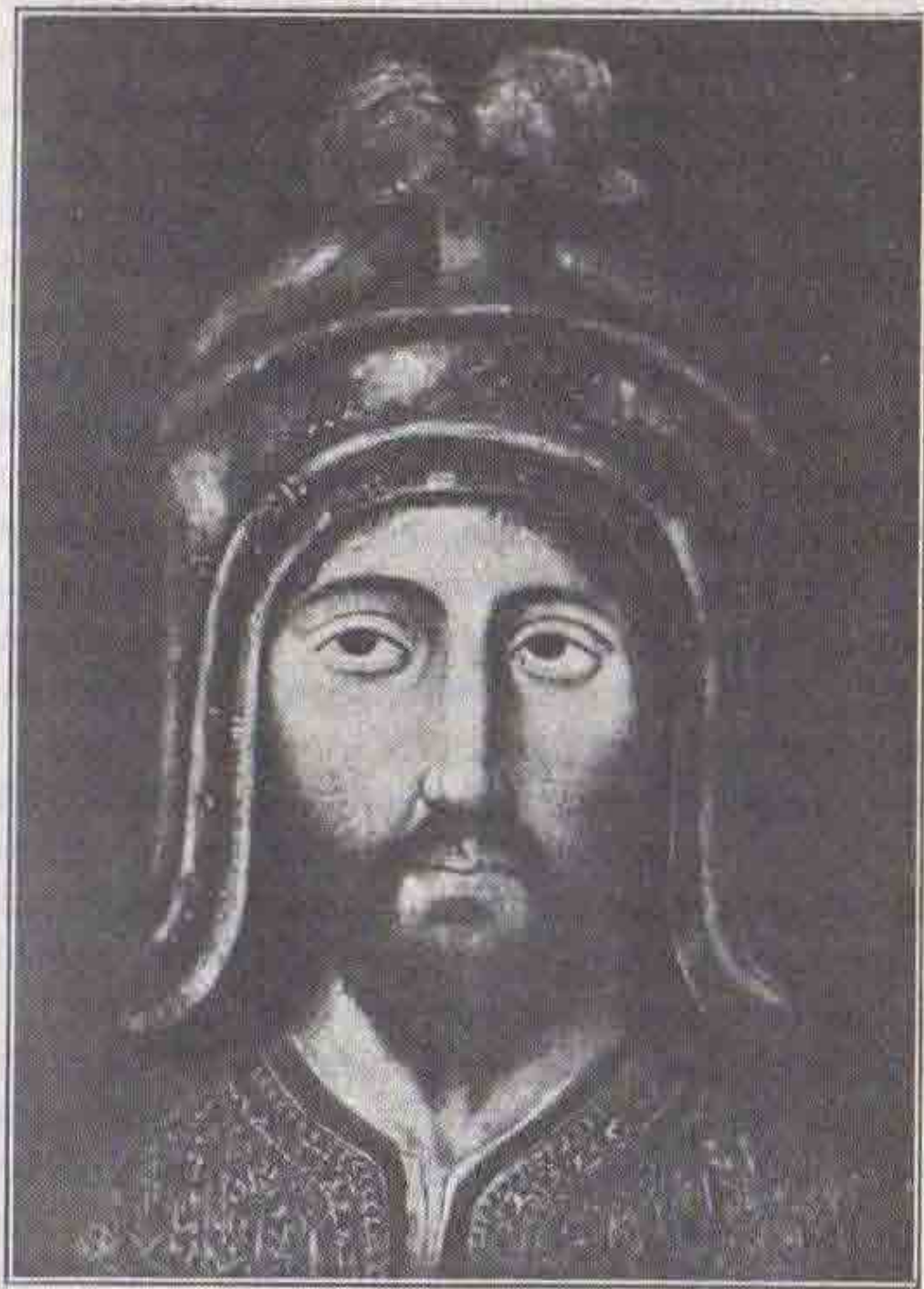
habla de sus habitantes los Bastetanos que bajaron del nacimiento del Betis a las comarcas más ricas, así como los Oretanos y los Túrdulos que describe también Estrabón llamados después Bástulos-Penos por su mezcla con los Fenicios y Celtíberos; produciendo sus mercancías en las ricas riberas del Xenil, o sea en la Vega de Granada, para comerciarlas por el puerto de Malaca (Málaga).

No hay cuestión más contravertida entre los arqueólogos más eruditos que la de delimitar las diferentes tribus Célticas instaladas en la Bética, en lo que sí está perfectamente claro Estrabón, es que los Túrdulos, descendientes de los Turdetanos, eran la tribu más civilizada y que llegaron a tener mayor comercio con los Fenicios, cuyas leyes regían de muy muchos años atrás.

Toda la cuestión estriba en aclarar un párrafo de Plinio (capítulo I del libro 3) y una indicación de Ptholomeo que coloca a los Celtas de la Bética entre el meridiano 5 y 7 y el paralelo 38 y 39.

Lo que es indiscutible, es que los Célticos, mezclados con los Túrdulos de la Bética, de la región rica (Vega de Granada), eran los más civilizados, temidos y respetados que en tiempo de Plinio aun poseían su dialecto primitivo, su particular ropaje y su religión (Estrabón libro 3. Plinio libro 3, capítulo I).

Es de notar al mismo tiempo que Tácito (de



RETRATO DE BOARDIL

moribus Germanorum) atribuye a los pueblos de la Germania las mismas costumbres civiles y religiosas que Estrabón a los habitantes de la Bética Occidental. (Bárbaros).

Uno de los hijos de Túbal llamado Ibero, dió su nombre a Iberia, y fué el fundador de la ciudad Illiberi, más tarde Medina Elvira. (Granada).

El Padre Mariana, en lo que él llama Consejas, se refiere asimismo a los nombres y vidas de reyes famosos de esclarecidas hazañas en la Bética, los descendientes de Ibero. Los Fenicios descendientes de Cam y de Canaan, arribaron a fundar sus colonias al sur de la Bética avanzando hasta Cádiz.

Entre estas colonias notables fundaron la de Salauva (Marbella), Malaca (Málaga), Menova (Vélez Málaga), Exi (Almuñécar), Selambina (Salobreña), Abdera (Adra) y Murgi (Mojacar) último pueblo del reino de Granada.

Entre las poblaciones que engrandecieron en el interior según Estrabón, además de citar a Cástulo y a Escua, la principal y más notable fué Illiberi (Elvira, nuestra Granada) cita también Estrabón y Avenio como establecimientos fenicios a Amenace y Ulicea, situadas la primera al oriente de Málaga en (Almayate) y la segunda en el centro de la Alpujarra.

Había en Ulicea un templo dedicado a Minerva y escribió exacta corografía un Griego

llamado Mirlanio, que vino a la región de los Turdetanos, y a éstos es a los que les atribuye Estrabón la elaboración de algunas manufacturas, y lo más curioso es, que ellos fueron los que introdujeron el uso de la moneda y los cultos de Venus, Diana y otras divinidades.

El florecimiento y riqueza de la Bética excitaron la codicia de los cartagineses.

Cartago, la más poderosa colonia de Tiro, fundada por Dido, hermano de Pigmaleón, en su engrandecimiento, aparejó una escuadra formidable con tropas africanas que ocuparon todas las colonias en tierras de los Bástulos, en las costas granadinas, e internándose en el país, bajo el pretexto de favorecer, se adueñaron amigablemente de las regiones más ricas, tanto en la agricultura, como en los ricos minerales que crían nuestras montañas.

Polivio cita próximamente en este tiempo (año 480 a. J. C.) el primer tratado de los romanos con los cartagineses y españoles de la Bética.

Cartago aprovechando su alianza con los Iberos de la Bética, hizo levadas en las comarcas granadinas y los soldados de este país pelearon en la primera guerra Púnica.

Amilcar, implacable enemigo de los romanos, militar aguerrido, desembarcó en nuestra región y sometió a los bastetanos, tribu más oriental de la Bética y llegó hasta el Ebro, y tal vez habría llegado con su hijo Asdrúbal a las

glorias de Aníbal, si no hubiera muerto a manos de los Iberos-Penos en una batalla que describe Tito Libio (libro 20 y 24) en un lugar llamado Castro Alto (Castrum altum).

Compuesto el ejército de Aníbal de africanos y españoles iberos, militaban jóvenes granadinos capitaneados por Phorsys y Aurico, ilustres personajes oriundos de Illiberi.

Polivio describe sus vestimentas de túnicas blancas recamadas de púrpura con airosa loriga que llevaban estos guerreros y Tito Livio dice que usaban broquel como los galos y espada corta, agudísima, de incurable herida. Así nuestros antepasados pueden vanagloriarse de las hazañas de sus antiguos, que con Aníbal escalaban los Alpes e infundieron terror y muerte en las filas romanas a orillas del Tessino del Trevia y del lago Trasimeno.

Después de la batalla de Munda, y de la muerte de Scipión, y de todas las luchas contra los romanos, ocupada Cartagena por éstos, aun la Bética se defendió hasta la expulsión completa de los cartagineses (año 201 a. de J. C.)

Vinieron luego las épicas luchas de Viriato con la república Romana, y las proezas de Sertorio, y durante las contiendas de César y Pompeyo, es curioso citar según La Fuente Alcántara (página 57) la batalla que describe Tito Livio (libro 35) y Masdeu (España Romana, capítulo 136).

La batalla que se dió en las inmediaciones de Granada, a orillas del Xenil, en una colonia que se llamaba Lacen y que nosotros llamamos Láchar, en el país de los Vescitanos, en que Cayo Flaminio que mandaba nuestras provincias, fué derrotado sufriendo despiadada matanza.

Durante la dominación romana, Illiberi fué la ciudad de mayor importancia y fué tan considerable el número de paganos convertidos a la Fe de Jesucristo que en ella se celebró el primer Concilio.

La paz concedida por el edicto de Constantino, favoreció también el establecimiento de los judíos aumentando su riqueza y su importancia, teniendo hoy demostraciones de ello en los numerosos objetos de arte, columnas, capiteles, estatuas, descubiertos todos en el antiguo emplazamiento de Illiberi, junto a Granada cerca de Atarfe.

Es de notar la particularidad y forma en que en el Concilio de Toledo hubo de firmar el Obispo de Illiberi, poniendo ya en esa época la E al principio del nombre de esta ciudad, que posteriormente se convirtió en Elvira por derivación o corrupción.

Muerto Teodosio y divididos los Estados Romanos, el cataclismo del Imperio dió nueva forma a la sociedad.

Lo que es evidente, es que nuestra región granadina (la Bética Oriental) fué la más co-

diciada de todas por su mayor riqueza y civilización, llegando las artes a florecer extraordinariamente, de lo que tenemos prueba palpable, como he dicho, en infinidad de fragmentos encontrados y descubiertos, entre los cuales existe un ejemplar de notabilísima belleza, cuya corrección de líneas es tan extraordinaria, que a primera vista parece una estatua griega digna de comparación con las mejores conocidas.

Esta estatua sin cabeza, que a mi modo de ver representa un Apolo, la posee Don José Rodríguez Acosta y la tiene colocada en su carmen de la Antequeruela. No cabe duda que no pudo nunca venir ni de Italia ni de Grecia, porque la calidad del mármol, al ser de Macael, (Sierra Nevada) es absolutamente inconfundible con el usado por los griegos y los romanos.

El nuevo carácter de la dominación de los Godos, dió a nuestra región después de la decadencia del Imperio Romano, días de ruina, de pillaje y de devastación en su principio, cuando los Alanos, Vándalos y Silingos dominaron la Bética (año 409 de J. C.) hasta que Eurico se hizo dueño de España, adoptando los Godos la herejía de Arrio con nuevas persecuciones, hasta la muerte de Leovigildo; renaciendo la piedad y la prudencia con Recaredo (601 de J. C.)

Duró la dominación Goda hasta el rey Don

Rodrigo, que con su derrota y muerte en la batalla de Guadalete, dió entrada a Tarik y a Muza, implantando la dominación árabe durante ocho siglos (711 de J. C.)

Las tradiciones árabes describen en la población de Garnata (colonia judía, arrabal de la antigua Illiberi Elvira) donde el conde Don Julián (el Rumí) edificó un palacio sombrío para devorar su remordimiento de traición, y en que Florinda su hija (la Cava), siempre melancólica, regó con sus lágrimas los jardines y vergeles que su padre para consolarla le hizo en el Soto del Rumí (Soto de Roma) sin que la soledad mitigase el desconsuelo de sus amores infaustos con Don Rodrigo.

El sabio Don Diego Hurtado de Mendoza, recordando la Cava, dice: «En Granada dura este nombre por muchas partes y la memoria en el Soto de Roma o del Rumí donde los moros le respetaron su propiedad al conde Don Julián, etc., etc.» (libro I, capítulo I. Guerras de Granada).

Sometida Garnata por Abdelaxis que murió asesinado después de las primeras conmociones del período de los árabes, Granada fué la primera que recibió a Abderramán que había desembarcado en Almuñécar (año 755 de J. C.)

Los biógrafos árabes son prolijos en describir la gentileza de Abderramán en su entrada en Garnata y el Al Makkari refiere que los defensores, entonces voluntarios de Abderra-

mán, careciendo de Pendón o enseña, acordaron junto a unos olivares de Elvira envolver un turbante en una pica y que este trofeo fué un signo de prosperidad para la familia Onniada.

El historiador Conde, en su historia de la dominación de los árabes, refiere, «Que el Wallí de Elvira Ased-ben-Abderramán el Xabani, fué quien dirigió las nuevas fortalezas de Granada».

El ilustre historiador granadino, Luis del Mármol, habla de la población primitiva de Granada en el sitio de Castilha (barrio de San Cecilio) y añade sobre la fundación de la Alcazaba, «Los árabes que vinieron de Damasco edificaron cerca de Elvira un castillo fuerte, sobre un cerro rojo, que agora cae dentro de la ciudad, llamado el cerro de la Alcazaba antigua y que a este castillo llamaron Hisn-Arromán que quiere decir castillo del granado» (rebelión de los Moriscos libro I, capítulo 5).

Duró la dominación de los Onniades hasta la de los Almoravides, y después de múltiples revueltas, cae derrumbada también la dominación de los Almohades en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, instituyendo por fin en Granada, la dominación de los Nazaritas el señor de Arjona, Majomad Nazar (Alhamar I.)

Dominación que duró tres siglos y que hizo llegar a la cumbre de la civilización, de las

artes, de las ciencias y de las letras, a nuestra ínclita Granada.

Su Universidad árabe (La Madraza) fué la madre reconocida en el mundo de todos los adelantos de la civilización durante esos tres siglos.

Admirables fueron sus leyes, producidas por el consejo de sabios y santones en aquella Madraza: Leyes religiosas, Leyes municipales, Leyes militares, Leyes penales, nacieron del cerebro de aquellos estudiosos hombres, cuya lista innumerable citan todos los autores que se ocupan de la civilización granadina; así como el esmero con que cuidaban de sus leyes agrícolas, para sus productos de la tierra, y legislaciones industriales particularmente para la seda y sus tejidos, llegando a tal grado de perfección, que los cronistas de la época, citan con orgullo el gran comercio que Granada tenía con Oriente por sus puertos de Almuñécar y de Adra, y es curioso leer la cantidad de mercaderes, entre ellos venecianos, que constantemente traficaban en Granada.

Respecto a las artes basta sólo admirar los restos que quedan de la Alhambra y las descripciones de Aljatif y del Almacari para admirar aquella civilización.

Llegaron a tal extremo en el arte, que a pesar de las prescripciones del Koran que prohibía las representaciones de los seres anima-



VISTA DE LA ALKAISERÍA

dos, fué tal su ambición de llegar a todo, que hasta ejemplos de la pintura tenemos en la estancia llamada vulgarmente Sala de la Justicia (comedor de verano de los Reyes Nazaritas), y donde más palpable tenemos el ejemplo, es en la estancia contigua a la Torre de las Damas o Torre del Príncipe, últimamente descubierta por el amante arquitecto de la Alhambra D. Modesto Cendoya.

Estas pinturas que han venido a hacer una revolución en el ánimo de los que se dicen sabios arqueólogos (por ser del siglo XV), hechas con una fidelidad pasmosa y corrección de dibujo extraordinario, nos dá la representación exacta de aquella sociedad en escenas de su vida social, con asuntos militares y de caza, con la particularidad de que en estas pinturas se representa a hombres y mujeres.

En cuanto a las ciencias es aun más admirable el grado de perfección a que llegaron en sus estudios. El álgebra y sus signos, madre de las matemáticas, a ellos se debe.

Las ciencias, la pólvora, los vidriados, los tejidos, etc., etc., de cuyos ejemplares tenemos maravillosas muestras aquí y en el Museo Arqueológico de Madrid, como son el Astrolabio Árábigo, pieza asombrosa de dicho Museo, el acetre y joyas Árábigo-Hispanas, y la Arqueta y Lámpara del mismo Museo; así como las estupendas espadas de Boabdil, existentes, una en el Museo de Artillería, y la otra en po-

der de los descendientes de los Venegas (Marqueses de Campotejar). En la Armería Real también existe la celada o casco de Boabdil, notable ejemplar de la industria de aquella época, y pululan por el mundo otros muchos ejemplares.

Respecto a los tejidos Hispano-Arábigos-Granadinos, harto conocidas son su extraordinaria perfección y riqueza.

Aún vivimos todos, y usamos a diario en el mundo entero civilizado, de los números árabes granadinos que constantemente escribimos y leemos.

En la música fueron los más refinados de la edad media y tuvieron orquestas con diferentes instrumentos; de ellos nace el Oboe que lo llamaban Zolaum. De ellos también nace la trompa de metal que llamaban el Zemer, y el violín que llamaban el Revalo ravel. También inventaron el Salterio que llamaban el Kanun. En estas orquestas usaban mucho el arpa romana y su guitarra, así como también tambores y chirimías.

Con ellas animaban sus fiestas, sus bailes y todos sus actos oficiales con acompañamiento de coros.

El Bazar famoso de la Alcaizería que aun existe en Granada, era el centro de contratación de genoveses, venecianos y africanos, que generalmente se albergaban en el Fondak Gidida, que también existe hoy, único en su

especie, que todo el mundo conoce por el nombre de Corral del Carbón.

Asimismo los granadinos eran refinados en el mobiliario de su hogar, y hartas muestras tenemos de innumerables muebles de aquella civilización, de finísima tracería.

La poesía nació entre ellos dando doble vigor el árabe con su Korán. La influencia de nuestro dulce clima y del admirable panorama de nuestra patria, despertó durante los períodos de paz, todo lo voluptuoso de la imaginación, aun entre aquellos que no sabían leer ni escribir como pasa todavía en nuestro pueblo. La rima castellana, y el tipo de la gaya ciencia, debe buscarse en la misma historia literaria de aquellos intelectuales granadinos. Las paredes, los frisos y techumbres de la Alhambra, y monumentos de aquella época, prueban en sus inscripciones hasta qué grado de elegancia llevaron los ingenios de esta tierra sus conceptos.


Nuestros romances castellanos, por amistades, por convivencias, y creo yo, que por admiración, tomaron tantos acentos arábigos, tantas frases y tantas voces, que hasta usamos en nuestra lengua multitud de palabras teniéndolas por españolas, siendo en realidad árabes granadinas.

De escritores ilustres granadinos, solo me remito a la innumerable serie que cita el respetabilísimo historiador La Fuente Alcántara,

en toda clase de producciones de aquellos intelectuales, sin que deje yo de citar también a los Rabinos, israelitas granadinos, que también fueron un foco de producción hebrea que como poetas, teólogos, moralistas, filósofos y naturalistas, no le fueron en zaga a los hispano-arábigos de Granada.

En el arte militar, sus fortificaciones artilladas han sido la base de todo lo existente. Basta estudiar la Alcazaba y la defensa de las dos baterías de cañones (superpuestas) delante de la puerta de Siete Suelos, para convenirse. Pero adonde es más palpable su adelanto en esta materia, es en la defensa o torre de las prisiones, conocida por el nombre de Torre de las Cabezas. Allí tenemos los bastiones, *en ángulo*, para cruzar los fuegos de la artillería y ya demostrada la famosa teoría Vauban, atribuyéndose los franceses la iniciativa, en el siglo XVII, de lo que no era suyo. Los primeros cañones o lombardas conocidas en el mundo, se fundieron en Granada y se usaron en el sitio de Algeciras año (1309).

En la industria azucarera y el cultivo de la caña de azúcar ellos fueron los amos, llevando luego nosotros los españoles, a América, esta planta e industria granadina.



CAPITULO II

Ligera reseña de los sultanes que contribuyeron al engrandecimiento de la fortaleza de la Alhambra y Alcázar

La Historia del siglo XIII cuenta entre sus principales figuras al fundador de la dinastía granadina de los Nazar, y señala el apogeo y cultura árabe en España, último resplandor de gloria de las razas agarenas en nuestra patria.

Personaje verdaderamente popular es el primer rey Nazarita. Sus súbditos le adoraban y un rey tan glorioso como San Fernando III, fué su amigo y aliado, y si algo faltaba a la grandeza del andaluz, Zorrilla le inmortalizó en su poema «Granada», obra maestra del insigne vate, coronado en el recinto de

los maravillosos alcázares, cuyos cimientos echara Alhamar.

Solo este título hará eterno el nombre del valeroso caballero andaluz, pues mientras exista el mundo, vivirá la Alhambra y vivirá el recuerdo de ese monumento típico de singular belleza, en la memoria de los hombres.

Este joven caudillo nació en Arjona el año 1195 de la Era Cristiana, y era descendiente de la noble familia de Beni-Nazar, recibió una esmeradísima educación y cuando llegó a la edad viril, fué nombrado Alcaide de Arjona y Jaén, alcanzando gran popularidad por su valor, dotes de mando y caballerosidad, y más tarde, en 16 de Julio de 1232, ocupó el trono fundando su Dinastía.

El desorden y la anarquía que dominaba en Granada, hiciéronle acariciar el sueño de reverdecer los lauros de su raza y resucitar los esplendores del antiguo Califato.

Afortunado en sus empresas guerreras, derrotó a Ben Hud, arrojándolo a Murcia; recibió pleito homenaje del Rey de Sevilla y sublevada Granada por él, salió el pueblo en masa a recibirle a Jaén, en donde le aclamaron y le trajeron los granadinos entre un delirio de vítores.

Según antiguos escritores, el gran Alhamar, al llegar a Granada después de ayudar a San Fernando en el sitio y toma de Sevilla (1248), al aclamarlo el pueblo como «El vencedor»,

él, pensativo y sereno exclamaba: «Sólo Dios es vencedor», y desde esta memorable fecha, puso en su lema esta sentencia y la mandó colocar entre los adornos e inscripciones de su Alcázar, como también sobre el escudo que le concedió el rey Fernando III por su valor durante la guerra, y particularmente, en el cerco y toma de Alcalá de Guadaíra y luego en la de Sevilla.

Este escudo le vemos hoy en el Alcázar Nazarita, en la cámara del centro de la Sala llamada de Justicia o de los Reyes, en cuyo techo, a un lado y otro, de los diez retratos de sultanes, se observan dos escudos sostenidos por dos leones o dragones, en campo rojo, con banda transversal dorada. Monsieur Dozy hiyo notable estudio de estas pinturas y de estos retratos, y es aun más notable el folleto escrito sobre esta misma materia contestando a Mr. Dozy, por mi inolvidable amigo, el insigne arabista D. Leopoldo Eguílaz, ilustre granadino.

Favoreció a Alhamar la fortuna en su nuevo reino, y Granada comenzó la Era de engrandecimiento que había de durar dos siglos y medio.

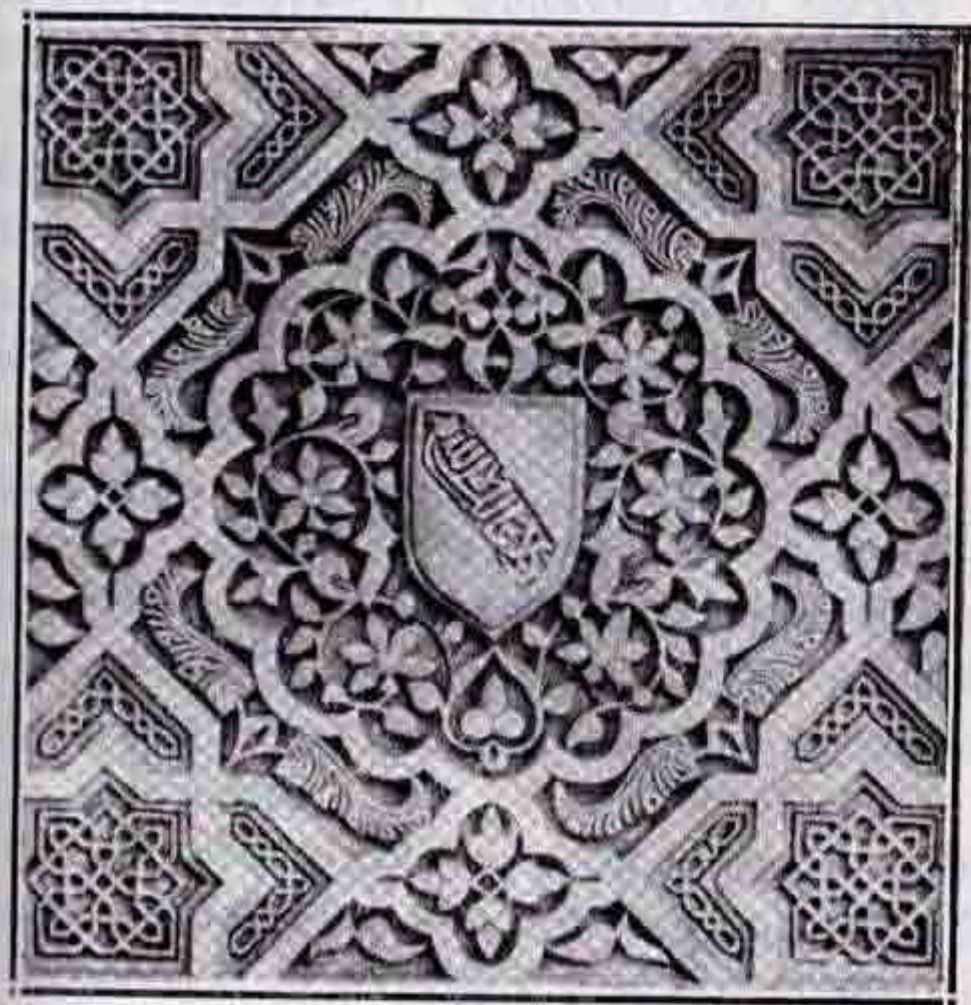
En cuanto a su vida privada, según cuentan los cronistas árabes, aunque era espléndido en sus obras y grande en sus empresas, era sencillo en su persona y moderado en sus diversiones. Sus vestidos, fastuosos pero se-

veros, no se distinguían de los de sus vasallos, a excepción del color de su turbante. Su harem tenía pocas mujeres a las que rodeaba de gran magnificencia. Sus esposas eran hijas de los nobles más principales y tratábalas humanitariamente como amigas y compañeras, y lo que es más extraño, consiguió que viviesen entre sí, en paz y amistad continua.

Pasaba la mayor parte del día en sus estudios, y especialmente, en las obras de la Alhambra, que había enriquecido con las plantas más raras y las flores más hermosas y aromáticas, y allí se deleitaba en leer romances históricos o haciendo que se los leyesen, y en los momentos de descanso se ocupaba en instruir a sus tres hijos, a quienes había proporcionado los maestros más sabios, ilustres y virtuosos.

Como se había sometido franca y voluntariamente como vasallo y tributario de San Fernando, permaneció siempre fiel a su palabra, dándole repetidas pruebas de afecto y lealtad.

Cuando aquel renombrado monarca murió en Sevilla en 1254, Mahomed-Abu-Alhamar envió embajada a dar el pésame a su sucesor Alfonso X y con ellos un ostentoso séquito de 100 caballeros musulmanes de alto rango, para que velasen con cirios encendidos alrededor del féretro real en las ceremonias fúnebres.



ESCUDO DE ALHAMAR

El monarca musulmán repitió este testimonio de respeto durante el resto de sus días «cada aniversario de la muerte del Rey Fernando el Santo, e iban de Granada a Sevilla los 100 caballeros moriscos, asistiendo con blandones encendidos en la suntuosa Catedral, rodeando el cenotafio del ilustre difunto».

Este gran rey conservó sus facultades intelectuales y su vigor hasta muy avanzada edad. A los 79 años salió al campo a caballo acompañado de la flor de sus caballeros para rechazar una invasión en sus territorios.

Al salir el ejército de Granada, uno de los principales adalides que iban al frente de él, rompió casualmente su lanza contra el arco de la puerta. Los consejeros del rey alarmados por este suceso, que consideraban como un mal presagio, le suplicaron que se volviese a su palacio.

Cuantos ruegos le hicieron fueron inútiles, pues el rey insistió en continuar, cumpliéndose fatalmente el presagio; y según cuentan los cronistas árabes, Mahomed se vió súbitamente atacado a la caída de la tarde, de una enfermedad repentina, faltando poco para que cayese de su caballo.

Pusieronle en una litera, conduciéndole de nuevo a Granada, pero su enfermedad se agravó de tal manera, que se vieron obligados a instalarle en una tienda de campaña en la

vega. Sus médicos estaban consternados sin saber qué remedio administrarle, falleciendo al cabo de pocas horas, de un vómito de sangre, (así lo narran los cronistas árabes).

El infante castellano D. Felipe, hermano de Alfonso X, estaba a su lado cuando murió. Su cuerpo fué embalsamado, depositado en un ataúd de plata y enterrado en la Alhambra en un mausoleo de mármol, en medio de los sollozos y lamentos de sus súbditos, que lo lloraron como a un padre.

Tal fué el ilustre príncipe patriota que fundó la Alhambra, cuyo nombre se encuentra entrelazado con sus delicados adornos, y cuya memoria inspira los más gigantescos pensamientos a los que visitan esta desolada mansión de su magnificencia y de su gloria. Aunque sus empresas eran atrevidas y sus gastos inmensos, su erario estaba siempre abundante, dando lugar a la conseja que lo suponía versado en la magia y a la opinión general, de que poseía el secreto de cambiar los metales en oro.

Los que fijan su atención en la política de este monarca, que hemos consignado aquí, se explicarán fácilmente la magia natural y la sencilla alquimia que hacía que su tesoro estuviese siempre nadando en la abundancia.

Después de los reinados de Mahomed II y Mahomed III, cuyo período se señaló por la venida a España de los Benimerines (1275)

sucedió a este último su hermano Nazar en quien abdicó por imposición del pueblo (1309) a quien a su vez destronó su sobrino:

Abul-Walid-Ismael (1315). De este sultán sabemos que construyó según los cronistas, una torre o castillo, derribado, o mejor dicho, ampliado por el gran Yusuf para empezar el Salón de Comarex y las construcciones primeras, de cuyo Palacio sólo ha llegado hasta nosotros el Mexuar, hoy convertido en Capilla.

En 1326 murió asesinado por celos de un moro llamado Mahomed, a quien raptó su novia para mujer del harem. Ésta era cristiana y cautiva del cerco de Martos. Este rey de notable historia militar, hermoseó a Granada con mezquitas, fuentes, baños y monumentos.

Sucedióle su hijo Mahomed IV de 12 años de edad, que también murió asesinado a su mayor edad, sucediéndole en el trono Yusuf-Abul-Hachach: subió al trono de Granada en el año 1333 de la Era Cristiana y por sus prendas personales y dotes intelectuales logró ganarse las simpatías de todos, augurándole un reinado feliz y próspero.

Dicen sus historiadores que tenía una memoria prodigiosa, enriquecida de ciencia y erudición, y que era tal su grandeza de alma, que hasta en la guerra prohibía toda crueldad para poner a salvo a las mujeres, niños, ancianos, enfermos y religiosos.

Entre sus empresas desgraciadas, se cita la campaña que emprendió con ayuda del Rey de Marruecos, contra los Reyes de Castilla, la que concluyó con la derrota de la memorable batalla del Salado, cuyo desastroso revés fué un verdadero golpe de muerte para el poder de los musulmanes en España.

Después de esta derrota obtuvo Yusuf una tregua, durante la cual se consagró a la instrucción del pueblo y al perfeccionamiento de sus costumbres y cultura; con este objeto estableció escuelas en todas las aldeas, con sencillos y uniformes métodos de educación, obligando a cada Alquería de más de 12 casas a que tuviere su Mezquita y escuela. Desplegó su vehemente celo por concluir la Alhambra (la parte conocida por Palacio de Comarex, desde el Mexuar hasta la torre que lleva su nombre Abul-Hachach y que nosotros conocemos por el tocador de la Reina o de la emperatriz Isabel). Allí, por cierto, existen unos frescos que representan la campaña de Túnez del Emperador, pintados bajo la dirección de Machuca, que sería hartó fácil restaurar, y que la incuria conserva en estado deplorable. (1)

Durante su reinado, además de la batalla del Salado, tuvo lugar el sitio de Gibraltar.

(1) Estos frescos los pintaron Julio y Alejandro, artistas italianos discípulos de Rafael, que vinieron a las órdenes de Pedro Machuca, el famoso arquitecto.

Este gran Sultán también fué asesinado por un fanático, en la Mezquita, durante su oración.

Su cadáver fué depositado en soberbio sepulcro de mármol blanco, en el cual, sobre fondo azul, con letras de oro, se recordaban sus virtudes en el siguiente epitafio: «Aquí yace el Sultán y mártir, de ilustre linaje, afable, sabio y virtuoso, renombrado por sus victorias y su saber, cuya clemencia, piedad y benevolencia eran alabadas en todo el reino de Granada. Fué un gran Príncipe, un ilustre Capitán, tajante espada de los musulmanes; un valiente abanderado entre los más poderosos Monarcas.»

Las Mezquitas en que resonaron los ecos moribundos de Yusuf, aunque reformadas, aun existen (San Juan de los Reyes, S. Nicolás, San Miguel, San José, el Salvador, etc.), pero el mausoleo que recordaba sus virtudes desapareció.

Su nombre, sin embargo, permanece escrito en los adornos de la simpar Alhambra y vivirá perpetuamente mientras dure esa renombrada fortaleza, en cuya suntuosidad y embellecimiento, cifró su mayor orgullo y a la que miró como soberana de sus delicias.

A la muerte de Yusuf I eligieron a su primogénito Mahomed V, que en breve fué desposeído del Trono por su hermano Ismael, pero asesinado éste, usurpó el poder su pri-

mo y cuñado Mahomed, conocido por Abul Said el Bermejo, a quien ajustició en Sevilla el Rey Don Pedro. Entonces volvió a ocupar el solio Mahomed V, manchando su nombre con la muerte de su célebre Visir, el historiador y poeta Aben Aljatib.

Recobró a Algeciras y a poco murió.

Casi lo más maravilloso del Palacio Arabe se le debe a él, pues suyo es el Patio de los Leones y demás salas del Alcázar privado.

En 1391 falleció Mahomed V, después de una era de paz en que florecieron las ciencias y las artes, en período máximo de la gran civilización granadina.



CAPITULO III

Final de la dinastía Nazarita

Después del reinado de este gran monarca, fué Era de paz con los castellanos, y la riqueza de Granada, sus Artes, sus Leyes, su Industria y su Agricultura, llegaron a su mayor grado de apogeo, hasta la muerte de Yusuf (1423).

Siguió la dinastía de los Nazaritas con Mahomed VII, el Izquierdo, a quien promovió una revolución su primo Mahomed VIII, el Zaquer.

Recupera el Izquierdo su trono y condena a muerte a su primo.

Intrigas y facciones en Granada, y correrías de Alvaro de Luna año 1430, y al año siguiente 1431, el mismo rey Don Juan II en persona, capitaneaba un ejército de setenta mil infantes y diez mil caballos, que entraron en la vega de Granada por tierra de Monte-

frío y por las vertientes sur del Parapanda, arrasando y quemando todas las ricas alquerías y fincas de los Señores y Reyes de Granada, leyéndose en la crónica del Condestable D. Alvaro, título 34, «entró la hueste por el Chaparral de Illora, encima del río Xenil». «Quemaron y talaron lugares y hasta veinte alquerías muy buenas, y entre ellas, quemaron una casa muy buena, castillo del Rey de Granada, que se llama Alachar y otra que se llamaba Cijuela y otras que se llamaban Roma e Ansola», (estos sitios reedificados hoy, aun conservan sus mismos nombres).

Plantó su tienda el rey, en la falda de Sierra Elvira y el día 1.º de Julio, tuvo lugar la famosa batalla de la Higuera, cuyos memorables episodios están pintados en la sala de las batallas del Escorial. Huye Mahomed el Izquierdo y ocupa el trono Yusuf IV, que murió en Junio de 1432.

De los demás reyes de Granada Abu-Abdala, Yusuf, el amigo de Enrique II de Trastámara, que murió en 1396, ya en tiempo de Enrique III de Castilla, sucediéndole en el trono su hijo Mahomed IX, que usurpó el trono a su hermano mayor Yusuf, a quien encerró en el castillo de Salobreña.

Este Mahomed murió en el año 1408, ya en tiempo de D. Juan II, y sintiendo en su lecho de muerte agotarse su existencia, en su desesperación mandó llamar a su Arraiz, lla-

mado Aben Ferraj y le comunicó la orden de partir para Salobreña y asesinar inmediatamente a su hermano Yusuf.

Aben Ferraj montó a caballo, y al llegar a la fortaleza, prisión del noble príncipe, cuentan los cronistas que encontróle jugando al ajedrez con el Alcaide, sentado bajo el templete de un jardín. Con no poca turbación mostró su mandato y el mismo príncipe Yusuf oyó su sentencia con ánimo sereno. Imploró entonces como único favor, algunos instantes para dar el último adiós a su solícita esposa y el inexorable Aben Ferraj, a pesar de las prescripciones rigurosas, concedióle este consuelo. «Permíteme, le dijo el Príncipe, además, avanzar las últimas piezas de este ajedrez, que aunque gane he de acabar perdiendo». Concedióselo también el emisario.

Sentáronse el Príncipe y el Alcaide, y en aquel momento llegaron en veloces caballos, nobles de Granada que, postrados a los pies del Príncipe, le dijeron: «Señor, Mahomed acaba de expirar, tú eres el Rey».

El reinado de este Yusuf V fué de feliz memoria, a pesar de la toma de Antequera por el Infante D. Fernando, luego Rey de Aragón (1410).

Vuelve el Izquierdo y recupera el trono por tercera vez.

Le declaran guerra Aben Osmin y Aben

Ismael. Aben Osmin es declarado Rey, y en medio de aquellas revueltas, acaba su reinado con la atroz perfidia de notificar a los caudillos de un motín, (los señores de la familia de los Abencerrajes) su resolución de abdicar el trono, invitándolos a subir a la Alhambra y ser testigos de la ceremonia.

Desde el pórtico del Alcázar los condujeron con falaz engaño al cuarto del rey, y no bien hubieron pisado los caballeros el umbral, un tropel de negros númerados los sofocaron, arrastrándolos hasta la taza de mármol de la fuente de dicha estancia y allí los hicieron sufrir refinado tormento, hasta cercenar sus cabezas.

Consumada la iniquidad, Aben Osmin huyó con sus cómplices.

Pasó la corona a su hermano Ismael II. Su bondad y buena administración dieron días de paz a Granada durante el reinado de Enrique IV de Castilla. Terminada la tregua tuvo lugar la conquista de Gibraltar en 1462, por el Duque de Medina Sidonia, y posteriormente, D. Pedro Girón, el más rico y turbulento de los Señores de Castilla, conquistó Archidona, fortaleza la más altísima y el puesto más avanzado del Rey de Granada, que como rica joya tenía encomendada al Alcaide Ibrahim, guerrero indomable, cuyo carácter en la historia es conocido por su ferocidad.

Este Ibrahim fué el padre de Tagazona,

que inspiró pasión vehemente al moro Hamet y huyendo ambos perseguidos por el padre, al llegar a una garganta de la montaña que baña el río Guadalhorce, se despeñaron ambos por la peña que hoy conserva el nombre de «Peña de los Enamorados».

Murió el rey Ismael en Almería (1465) en aquel dulce clima buscando alivio a su vejez.

Entró a reinar Mulhey Hacem, su hijo, que ante la vigorosa política de Fernando e Isabel, fué el precursor de la ruina total de la dinastía Nazarita.

Los Reyes Católicos reclamáronle los tributos debidos, mandándole como Embajador castellano al Comendador de Santiago Don Juan de Vera y Mendoza, seguido de lucida comitiva. No faltó quien advirtiera al Embajador el carácter severo de Muley, pero D. Juan, hombre de ánimo valeroso cumplió su mandato, presentándose a los pies de los muros de la Alhambra, e introducido en el salón de Comarex, notificó lacónicamente el objeto de su misión. Oyóle Mulhey y contestó: «Volveros y decir a vuestros Reyes que ya murieron los de Granada que pagaban tributos al cristiano, y que aquí solo se labran alfanjes y hierros para la guerra».

Despidióse D. Juan con ademán soberbio y cabalgó al punto para Castilla.

Entonces empezaron las primeras correrías del Marqués de Cádiz y entonces también fué

el éxito de Zahara, pero pronto D. Rodrigo Ponce de León atacó y tomó a Alhama, fortaleza que se consideraba inexpugnable y que fué la base de todas las campañas en años sucesivos del Rey D. Fernando el Católico.

Casó Mulhey Hacem con la princesa Aixa (La Horra), casta y honesta, y tuvo de ella dos príncipes, el mayor Abu Abdala (Boabdil) y el segundo Muley Abul Ahazig.

El rey enamoróse de una tierna cautiva de belleza extraordinaria. Isabel de Solís, hija de D. Sancho Jiménez de Solís, Comendador de Béznar, que pereció en una de las sangrientas entradas de los moros, defendiendo su hogar.

Isabel, conducida a Granada aun niña, por un caballero generoso, creció en años y hermosura, de esclava en la Alhambra, dándole el mismo Rey el nombre de Zoraya, que quiere decir en árabe «lucero de la mañana».

El rey enamorado repudió a Aixa y declarando sultana a Zoraya, tuvo con ella dos hijos, que se llamaron Cad y Nazar.

Torneos, fiestas, músicas y juglares, toda la pompa de la corte rodeaba la hermosura de Zoraya, mientras que Aixa devoraba sus justos celos en su palacio del Albayzín.

Aunque la tímida Isabel (Zoraya) quería inhibirse de intrigas palaciegas, la pasión de Mulhey Hacem fué el arma poderosa que le valió al Gran Visir, Abul Casin Venegas, su

omnímmodo poderío enfrente de los partidarios de la Horra.

Aixa, temerosa de que su hijo Boabdil perdiese los derechos al trono, conjuraba a sus partidarios (los legitimistas) contra Abul Casin, aprovechando a los Abencerrajes, familia que no olvidaba sus antiguos agravios.

El viejo y severo Mulhey mandó tener a buen recaudo y vigilado en la Alhambra al príncipe Boabdil, y entonces fué cuando Aixa, aprovechando la traición del Kaid Aben Comixa, descolgó al Príncipe por un ajimez de Comarex, o del cuarto Dorado, según otros cronistas, y protegido por los Abencerrajes salió camino de Guadix, cuyo alcaide era también de los conjurados.

Al mismo tiempo, el Albayzín, minado por la intriga y el oro de Aixa, se levantó en abierta rebelión contra Mulhey Hacem y su odiado Visir Abul Casin y proclama rey a Boabdil.

Y aquí empieza la novelesca historia del más desventurado monarca.



CAPITULO IV

Boabdil

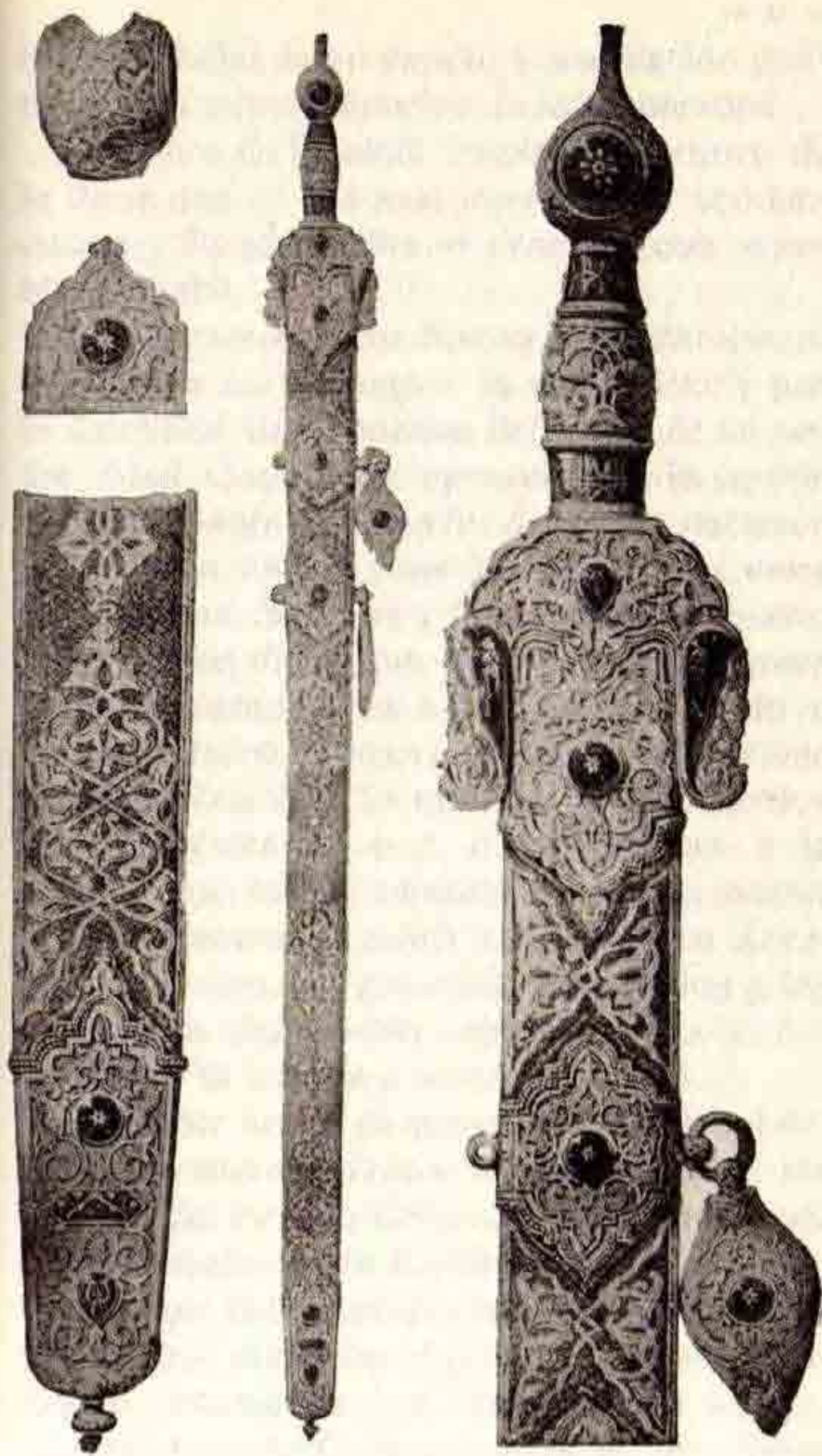
Muley Abu-Abdalla-Babdali o Boabdil. — Según el Almakari «Abu-Abdalla-Mahomed-Ben-Alí» fué llamado por los mismos árabes el Príncipe Zogoibi; que quiere decir *el Desventurado*, y contaban las consejas de Granada, que un famoso Santón en su horóscopo, había predicho todas sus desventuras y la de su reino, siendo su estrella aciaga, al extremo de haber nacido para ser el último de los Nazares.

No es posible escribir nada de la Granada árabe sin narrar la historia y pintar la persona de este aciago rey, último de su raza, y de su dinastía, cuyo destino, a pesar de su voluntad y de su valor, fué la ruina y la muerte.

Si yo hubiera tenido la suerte de poseer la inspiración del insigne poeta Duque de Rivas, al escribir su drama «La fuerza del Sino», en vez de elegir como personaje héroe a D. Álvaro, hubiese elegido como el sumum de la desventura y de la fuerza del destino, a Boabdil.

Es curioso según los cronistas la descripción de su persona. Rubio, de mediana estatura, más bien alto y esbelto, de ojos claros de luz, tez pálida y semblante tranquilo. Su porte era majestuoso, y en los momentos más difíciles, demostró siempre su valeroso corazón y arrogancia de raza. Fué bravo en las batallas, y aunque herido su cuerpo, como en la pérdida de Loja, siempre conservó su dignidad de rey, su dignidad de raza y su dignidad de hombre de corazón, a pesar de tantas y tantas amarguras como tuvo que sufrir constantemente su espíritu y su voluntad.

Bernaldez, Zurita, Mármol, Padilla, Conde, Salazar de Mendoza, Pulgar, Palencia, y sobre todo, las cartas de D. Hernando de Zafra últimamente publicadas por mi particular amigo el erudito arabista D. Mariano Gaspar Remiro, todos corroboran la fe con que aquel aciago monarca batalló siempre contra su destino, y todos los cronistas en sus relaciones le describen valiente y luchando contra la fatalidad y la suprema diplomacia de aquel otro monarca, Don Fernando el Católico, que la historia y los hechos reconocen como el hom-



ARMAS DE BOABDIL

bre más habil de su época, y uno de los políticos más extraordinarios de la humanidad.

La figura de Boabdil inspiró a Martínez de la Rosa una de sus más interesantes producciones y Pérez de Hita la describe con notable simpatía.

Sus primeros actos fueron indiscutiblemente guiados por su madre la reina Aixa y por la fatalidad de la política del Vasir de su padre Abul Casin, que aprovechaba la pasión del rey amante de Zoraya, de donde nacieron los bandos civiles y las intrigas sin fin entre los grandes Señores y familias de Granada.

Ya hemos dicho que la evasión del joven Boabdil alentó a su bando, y volviendo a Granada entró de nuevo en la ciudad por una escala aplicada a la muralla, y enardecidos los Abencerrajes, con Aben Comixa a la cabeza, fué tal la carnicería, que su padre, Mulhey Hasem, se retiró a Málaga con Zoraya y sus hijos, no queriendo exponerlos a las represalias del pueblo, abandonando la Alhambra y la corona a su hijo Boabdil.

El primer hecho de guerra del Rey Boabdil, fué la primera defensa de Loja contra las huestes del ejército Cristiano, compuesto de 5.000 caballos y de 8.000 peones con su artillería, que habían preparado los Reyes Católicos y que mandaba el mismo Rey Don Fernando, asentando sus reales frente a Loja, acompañado de D. Rodrigo Girón, del Conde

de Ureña, del Marqués de Cádiz, del de Villena y de D. Alonso de Aguilar.

No bien supo Boabdil que el Alcaide de Loja (Aliatar) apurado con la sorpresa se mantenía valerosamente sitiado, partió para Loja con un ejército lleno de entusiasmo, y después de innumerables episodios en que el Rey Católico tuvo que sufrir la muerte del maestro de Calatrava, y heridos D. Pedro Velasco, el Duque de Medinaceli, y el Conde de Tendilla hubo de retirarse gracias a la prudencia y acierto del Marqués de Cádiz.

Allí conoció Boabdil a Moraima, la hija de Aliatar. Cuando volvía de la batalla, que a diario ocurría, sus ojos se encontraban y sus almas se juntaron para siempre.

Al volver el Rey a Granada triunfante y lleno de vida, eligió a Moraima por Sultana, verificáronse las bodas reales con pompa y alegría, único momento en su existencia de respiro y de felicidad.

Queriendo vengar el descalabro, los grandes Señores andaluces (1443) D. Alonso Aguilar y el Adelantado D. Pedro Enríquez, entraron a la cabeza de sus huestes en la Ajarquia de Málaga. A sus alcances iba también el Conde de Cifuentes con la juventud más bizarra de Sevilla y seguía el Marqués de Cádiz con sus vasallos. A retaguardia el Maestro de Santiago con los cruzados de su Orden y nobles hidalgos de Écija.

El ejército llegó a parajes inhabitables por su fragosidad que era el terreno propiamente denominado «Ajarquia».

Al pasar un desfiladero llamado del Molinete o Molinillo, fueron acometidos de improviso y cortados por guerreros moros parapetados en las cumbres, lanzándoles piedras, venablos y saetas, y entre el zumbar de los peñascos y la mortal herida del harpón, fué tal el remolino de los pecheros y el desorden de los caballos, que ni D. Alonso de Aguilar, ni el propio Marqués de Cádiz, pudieron contener el pánico.

Avisado en Málaga Mulhey Hasem, mandó a su hermano el Infante Abdalá (El Zagal), que con los dos Venegas, Abul Casin y Reduan, cortaran la retirada a los cristianos y acabaron aquél estrago dando muerte a la mayor parte de los caballeros y peones. «Muramos, exclamó el Maestre, haciendo camino con el corazón». Allí murió también el Comendador D. Diego Becerra, alférez de la Orden y el Señor de Torre Megía.

El Marqués de Cádiz, D. Pedro Enríquez y D. Alonso de Aguilar, dejando allí a sus deudos y hermanos muertos, salváronse por sendas ocultas en las lomas de Cutar, que todavía hoy se llaman «las cuevas de la Matanza»; pero el Conde de Cifuentes rezagado cayó preso en manos de Reduan Venegas que le perdonó la vida.

Cuenta Bernáidez y Zurita, que la pérdida ascendió a 800 muertos y 1.500 prisioneros, entre ellos, 200 caballeros de linaje, que fueron encerrados en el castillo de Gibralfaro.

La impresión de la morisma con aquella victoria de la Ajarquia, que al fin y al cabo, era victoria de Mulhey Hacem y del Zagal, obligaba a Boabdil a emprender nueva campaña.

En consejo celebrado en el Mexuar de la Alhambra, se concertó un ejército de 8.000 peones y de 1.500 caballos.

Aquella noche, Moraima, inundada en lágrimas, despedía a su amante esposo con recelo al verle partir de nuevo para la guerra. La Reina Aixa, espíritu siempre varonil, alentaba a la hija de Aliatar, y Boabdil trató de calmar la melancolía y la pena de la separación.

Nuestro héroe, firme y sereno, armado de fino acero, joven y gallardo, con todo el esplendor de su corte y rodeado de la nobleza granadina, salió de la Alhambra y de Granada, camino de Loja.

Es tradición, que Moraima, abnegada en lágrimas, vióle partir desde el alto de un torreón, inmóvil, como la imagen del dolor y no apartó su vista de aquel ejército, hasta que los torbellinos de polvo desaparecieron en el horizonte de la Vega.

No sabía Moraima los siniestros agüeros de aquella expedición memorable.

En Loja, Aliatar, padre de Moraima, reforzó el ejército con parte de su guarnición. Proyectaban Boabdil y Aliatar hacer por sorpresa una correría por los términos de Aguilar, Cabra, Montilla y Lucena, ya que los Señores Cristianos derrotados en la Ajarquia no era probable que estuvieran apercebidos para su defensa.

Efectivamente, el Rey Boabdil a la cabeza de un lucido ejército entró talando aquellos campos, y acabó poniendo cerco a Lucena el 20 de Abril, intimando a su Alcaide (el Alcaide de los Donceles) D. Diego Fernández de Córdoba, que apretado, pidió auxilio a su tío el Conde de Cabra. Llegaron los auxilios el 21 de Abril, y considerando prudente los capitanes de Boabdil no exponer tan lucida expedición, ni la cantidad de despojos que consigo traían a los azares de una nueva batalla, aconsejaronle la retirada con las riquezas que había obtenido.

Opúsose Boabdil; pero ante la firme convicción de Hamad el Abencerraje y el sano consejo de Aliatar, doblégóse a partir hacia Granada con las riquezas de su botín.

Al observar el Alcaide de los Donceles y el Conde de Cabra el movimiento de retirada del ejército árabe, decidieron picar su retaguardia y atacarlo por su parte más endeble, que era el montón de ganado y acémilas cargadas, produciendo el desorden entre sus banderas.

Táctica tanto más inteligente y bien prevista, cuanto que sabían que D. Alonso de Aguilar llegaba en aquel momento por el lado de Zuheros.

Boabdil y su suegro, hacían los mayores esfuerzos por restablecer el orden, y cuentan todos los cronistas y escritores de la época, que Boabdil «montado a la gineta en un magnífico caballo tordo con ricos jaeces y gualdrapa, ceñido con coraza forrada de terciopelo carmesí, con el clavezón de oro, cubierto con capacete de acero cincelado y espada en mano, después de romper su lanza, no cesó un momento de pelear en las márgenes del arroyo Martín».

En aquel sitio le mataron su caballo y peleando a cintarazos, mezclado entre los peones, trató de pasar el arroyo. Martín Hurtado, regidor de Lucena, le acometió con una pica y acosado por el cristiano y tres más, cayó en tierra donde tuvo que ofrecer rescate por su vida, sin decir que era el rey.

Teniéndole ya vencido llegaron Martín Cornejo y otros soldados de las compañías del Conde de Cabra y codiciosos del rescate del rico hombre moro a quien veían vestido con inusitado lujo, quisieron llevárselo consigo. Uno de ellos le asió por un brazalete y sintiendo un arrebató Boabdil, con su puñal le dejó mal parado de una cuchillada.

La soldadesca gritó a muerte y entonces

Hurtado que ya lo consideraba presa suya, se opuso. Las voces y amenazas hicieron acudir en persona al Alcaide de los Donceles, que preguntó al rico moro para saber su condición. Boabdil ocultando su persona, dióse al Alcaide como hijo del caballero Aben Al-nayar, gran señor de Granada.

D. Diego, sin conocerle aun, le trató con cortesía y dió orden a su criado Juan Bocanegra para que le aprestaran caballo y le condujeran cautivo a la torre del Castillo de Lucena, diciendo que allí se averiguaría a quién tocaba la propiedad del prisionero.

Por otra parte, Aliatar en lucha personal con D. Alonso de Aguilar cayó al envite de su lanza. «Ríndete, dijo brindándole la vida. Ni a tí, ni a cristiano alguno, se rinde Aliatar.» Al oír esta respuesta D. Alonso, lleno de odio y de venganza por la derrota de la Ajarquia, descargó un tajo de su mandoble y feneció aquel gran guerrero, llevándose las ondas del Xenil sus despojos. Unicamente se sabe, por un cronista, que un tal Lucas Hurtado recogió su rico alfanje.

Así quedó vengada la derrota de la Ajarquia. Boabdil quedó en la misma torre del Homenaje, en el Castillo de Lucena, prisionero bajo la guardia de Alonso de Rueda, escudero del Alcaide de los Donceles.

Hasta el 24 de Abril no descubrieron ni el Alcaide de los Donceles, ni el Conde de Ca-

bra, quién era el importantísimo prisionero. Unos granadinos cautivos también, al ver a su señor, postráronse a sus plantas y así se descubrió, según cuenta el mismo Pulgar, que el Rey de Granada era el prisionero.

Avisado el Alcaide de los Donceles, escribió la noticia a su tío el Conde de Cabra, que acababa de regresar a Baena.

Mientras tanto el Alcaide, con el mayor respeto, visitó al noble cautivo y le alojó dignamente, tratando de prestarle todo el homenaje y consuelo posible en su triste situación. Guardóle todas las consideraciones de Rey y al quererle consolar le contestó Boabdil con serena dignidad: «La rueda de la fortuna nunca para mí deja en su ser las cosas de este mundo». Admirado el Alcaide D. Diego, de tanta majestad y corazón, siguió tratándole con consideración y respeto mientras habitó su Castillo de Lucena.

La aflicción en Granada al saberse la noticia por el mensajero, que llevó a Aixa y a Moraima la triste nueva, se convirtió en rabia y en despecho del pueblo, que volvió a proclamar Rey a Mulhey Hacem.

Solo Aixa, la inflexible sultana, siguió protestando y defendiendo el trono de su hijo.

El Rey Fernando que recibió la noticia en Castilla, volvióse a Córdoba y mandó al Alcaide D. Diego que el noble cautivo fuese llevado a aquella ciudad.



RETRATO DEL REY CATÓLICO

Notificó el Alcaide el mandato de los Reyes Católicos. Al día siguiente, ordenó a todos los hidalgos de Lucena que lo acompañasen de gran gala, y partió en compañía de su prisionero para la capital.

Todos los grandes Señores de Córdoba salieron en ceremonia a los Visos a recibir al noble cautivo y los caballeros tuvieron particular cuidado de que ningún villano hiciera demostración de desacato al nieto de Alhamar.

En Córdoba, por mandato del Rey Católico, alojó a Boabdil D. Enrique Enríquez, su Mayordomo Mayor, y era tal la serena dignidad y la bondad de aquel Rey en su desgracia, que de todos se granjeó el respeto y hasta el cariño.

No le quiso visitar ni hablar Don Fernando, bajo pretexto de que estando ausente Doña Isabel, y siendo presa y cautivo de los castellanos, no le era lícito obrar sin acuerdo de la Reina. Pero en realidad la razón de aquel astuto monarca y gran diplomático, era no verse obligado a la piedad, y dando tiempo al tiempo, esperar con habilidad a que viniesen proposiciones de rescate, que cada vez le asegurarían más su ansiado anhelo, que era la conquista de Granada entera.

Mandó el Rey Don Fernando a los pocos días, que el regio prisionero fuese trasladado al Castillo de Porcuna, bajo la guarda y vigi-

lancia de D. Martín de Alarcón, que era el Alcaide de dicho castillo.

Con igual respeto, con el mismo ceremonial y acompañamiento de Señores y Caballeros fué llevado a aquella fortaleza.

Allí recibió carta de Aixa, su madre, en que le decía: «Que el temor no oprima tu corazón, y sobre todo, que no aflija tu semblante». Y allí también recibió cartas de consuelo y de amor de su amante Moraima.

Al mismo tiempo las dos sultanas, madre y nuera, despachaban una embajada al Rey Fernando, proponiéndole condiciones de libertad de Boabdil y pidiéndole favor contra el partido de Mulhey Hacem y del Zagal. Componíase esta embajada de Aben Comixa, El Mulej, alférez del pendó real; de Alí Maser, Mahomar, Egebis Mahomed Lentin y Aben-Saad. Estos, con poder de las Sultanas y de los grandes Señores Abencerrajes, ofrecían a los Reyes de Castilla Vasallaje a su corona. Un tributo de 12.000 doblas zahenes, al entregar el prisionero o una suma a discutir en el momento del rescate. Y para garantía de todo ello, ofrecían asimismo, rehenes de doce jóvenes de las casas más ilustres de Granada y en rehén especial, a la Reina de Castilla, la persona del Príncipe, único hijo entonces de Boabdil y de Moraima.

No contenta con esto la Sultana Aixa, entabló negociación secreta por medio de un

opulento comerciante genovés, establecido en la Alcaicería de Granada, de nombre Federico Centurión.

Aprovechando el Rey Católico aquella situación anómala, hizo una correría y tala en el reino de Granada, abasteciendo a la ciudad de Alhama, de donde era Alcaide el Conde de Tendilla.

Las condiciones del rescate de Boabdil, minuciosamente discutidas, fueron las siguientes: Primera. Declararse vasallo fiel. Segunda. Dar libertad a 400 cautivos. Tercera. Pagar un tributo anual de 14.000 ducados, (12.000 doblas zahenes); Cuarta. Mandar que todas las villas y castillos diesen paso y raciones al ejército cristiano al hacer la guerra a Mulhey y al Zagal.

Hicieron consulta a Boabdil y aceptadas estas condiciones, celebróse el contrato en Porcuna y partió en libertad el Rey moro a rendir homenaje a Don Fernando.

Boabdil entró en Córdoba acompañado de todos los Duques, Condes y Caballeros que estaban en la Corte y recibido en Palacio por Don Fernando, al rendirle pleito homenaje, en lugar de besarle la mano, Boabdil besó la suya propia, rasgo de respeto; pero en que se dibuja el carácter de aquel Príncipe altivo a quien la desgracia no pudo abatir hasta la humillación.

Con el mismo acatamiento y respeto de

todos, volvióse a su Reino acompañado hasta la frontera de los caballeros castellanos que más le habían tratado, y de los señores moros que habían venido a las negociaciones. En la frontera le esperaban otros, aconsejándole no fuese por el momento a Granada.

Despreció el esforzado Príncipe todos los consejos de prudencia y encaminándose resueltamente a la ciudad de sus mayores, presentóse de improviso ante la Puerta Real e imponiéndose a todos le recibieron y proclamaron de nuevo Rey y Señor.

El viejo rey Mulhey Hacem defendióse en la Alhambra.

La inconstancia del pueblo, las intrigas, luchas y después de amnisticios y nuevos rencores, convencido el rey Mulhey, incluso por los consejos de Zoraya, que su reino no era ya de este mundo, se retiró con ella y con sus hijos Cad y Nasar al Castillo de Mondújar, donde murió abrumado, ordenando a los suyos que para huir más de las pompas de las ciudades y vanidad humana, le enterrasen en el pico más alto de Sierra Nevada, (de ahí proviene el nombre del Pico de Mulhey Hacem), la mayor altura de la Sierra y de España.

Pero para que la estrella de desventura de Boabdil, no desmintiera el horóscopo de *Zagohibi*, recibió de su padre al morir la última desdicha, que para su tranquilidad podía ser funesta.

Mulhey Hacem abdicaba todos sus derechos poco antes de morir, en su hermano el Zagal. Esto alentaba más aun al turbulento Príncipe y después de innumerables luchas y episodios vino un pacto entre ellos, que fué el pretexto que con astucia aprovecharon los Reyes Católicos para notificarle que entendiendo «que aquel pacto barrenaba el convenio de Córdoba, Castilla se declaraba libre de tomar indemnización».

Efectivamente, aprestóse un ejército (1485) y tuvo lugar la toma de Ronda que volvió a levantar en rebeldía al populacho de Granada, movido por los Alnayares y Venegas que instigaron de nuevo al Zagal contra su sobrino, levantando armas contra el Rey, atacándole en su propio Alcázar de la Alhambra, y ante los ojos de Moraima, el Zagal tuvo la brutal crueldad de matar por su mano al príncipe Hazig.

Todas aquellas turbulencias alientan a los Reyes Católicos y en Mayo de 1486, sale Don Fernando con un ejército de 12.000 jinetes y 40.000 peones con la idea premeditada de por fin tomar a Loja, la plaza codiciada, llave de la vega de Granada, pues aunque poseían a Alhama, su abastecimiento era difícil sin Loja. Así esta plaza vendría a completar sus planes ulteriores.

Puso cerco a Loja con toda la nobleza castellana. Describen todos los cronistas de la

época el lujo con que se presentó Don Iñigo López de Mendoza, el alarde de fuerza que trajeron los Cruzados de Santiago, Alcántara y Calatrava y las mesnadas de aventureros de las dos Castillas. El Cardenal de España mandó gran número de hombres de armas, y es curioso recordar a un personaje que citan todos los historiadores y lo describe entre otros Bernaldez (el cura de los Palacios).

Lord Scales, conde de Rivers, que con ostentación extraordinaria y acompañado de 100 arqueros ingleses batallaba en medio de los castellanos por puro sport y admiración a la Reina Católica.

Al considerar la infausta estrella del Rey Boabdil ante tanta artificiosa habilidad del Rey Fernando y azuzado al mismo tiempo por su propio honor y por la defensa de su pueblo, se medita qué ratos tan amargos tendría que pasar en aquella ocasión en que venció como siempre en su conciencia el cumplimiento de su deber a pesar de los compromisos que su desventura le había hecho contraer con Castilla.

Salió Boabdil de Granada con decisión y valentía a la cabeza de los Gomerez y de los Abencerrajes y llegando a Loja atacó con denuevo, metiéndose en la plaza por los arrabales y dando ánimo a los sitiados. Después de múltiples encuentros y asaltada la villa, herido por dos veces Boabdil se retiró al Castillo.

Allí fué a conferenciar con él Gonzalo de Córdoba que le propuso la capitulación. Subió Gonzalo al Alcázar y dicen que le halló recostado sobre unos almohadones, con dos heridas, pero sin que en su semblante se notara abatimiento ninguno. «Señoría, le dijo, ¿por qué no se somete a la razón y a la ventura de ser amigo de mi Señor y Rey?» A este sarcasmo contestóle Boabdil con ánimo sereno «Ya que Alá lo manda y el Hado de mi estrella lo quiere, hágase la voluntad del Destino».

«Tomad este Alcázar joya de mis Reinos, lo único que os pido es compasión para sus moradores».

Volvieron a hacer ambos Reyes capitulaciones en que esta vez el desventurado Boabdil ponía aun más en las garras del Rey Católico su reino, a cambio de que los castellanos le ayudaran a vencer al Zagal.

Conservó Gonzalo de Córdoba desde entonces su amistad con el Rey de Granada y en varias ocasiones estuvo en la ciudad por mandato de Fernando a ayudar a Boabdil.

Aliado el Rey Católico con Boabdil, marcha el año de 1487 en campaña contra todas las plazas y ciudades del Zagal, empezando por Málaga y avanzando su ejército más formidable que nunca, alentado con la presencia de la Reina Isabel y compuesto únicamente, como siempre, de los señores de Castilla, cer-

có y tomó aquella plaza que ya le dió la definitiva soberanía sobre las costas del Mediterráneo, dejando al poder árabe cercado y aislado.

En 1488 sólo le quedaba a Don Fernando para completar su plan, la toma de Almería, Baza y Guadix, como así lo realizó, destrinando de aquellos feudos al tío de Boabdil. (El Zagal).

Éste pasó a Africa a donde murió ciego y despojado por el Rey de Argel.

Esta campaña de los Reyes Católicos no fué menos funesta para Boabdil.

Cuando empezaba a regocijarse de la humillación de su eterno enemigo, requirióle Don Fernando para que cumpliese las estipulaciones y compromisos que había adquirido para obtener su libertad por segunda vez en Loja. Fueron a Granada el Conde de Tendilla y Gonzalo de Córdoba a recordarle su oferta de dejar libre la ciudad de Granada si los cristianos llegasen a ocupar todas las demás ciudades y fortalezas del reino (cosa que aun era muy discutible y que Boabdil consideraba como un imposible). Fácil es adivinar la sorpresa de nuestro héroe, y después de largas discusiones de los dos castellanos con el Wasir Aben Comixa, partieron de vuelta para Castilla, rotas toda clase de avenencias.

Entregado Boabdil a su sino y desesperación, pero fortalecido su corazón con la fie-

reza del león, reunió gran consejo en el me-
xuar de la Alhambra y oyendo la opinión de
sus generales, entre ellos, el heróico Muza,
decidió salir a campaña para recuperar a Gua-
dix. En esta correría venció a los antiguos
vasallos del Zagal, levantando los ánimos, y
volviendo a Granada a los brazos de su Mo-
raima que siempre le daba nuevo ánimo de
esperanza.

Este año de 1490 fué año de continuas zo-
zobras para el monarca granadino. Por un la-
do, Gonzalo de Córdoba, ya dueño del casti-
llo de Moclín, otra de las más importantes lla-
ves de la vega de Granada, había asaltado y
tomado el Castillo de Alhendín y su lugar, lo
que ya hacía ver a los granadinos desde sus
propias murallas las banderas de los cristia-
nos. Por otra parte, la toma de Adra, último
puerto que le restaba al moro, y la falta y en-
carecimiento de las vituallas en Granada,
azuzaba el hambre y la anarquía.

No por esto dejaba de hacer el Rey Boab-
dil esfuerzos con sus generales Ali-Aliatar,
Tarfe, Muza, El Manfotetc, con audaces em-
presas contra Gonzalo de Córdoba y el Con-
de de Tendilla, que desde Alhama embestían
y talaban a diario los últimos restos de la
monarquía Nazarita que rodeaban a la hermo-
sa Granada.

Boabdil en la Alhambra, lleno de coraje y
de angustia, recibió la noticia de la nueva en-

trada del ejército Cristiano, trayendo a la cabeza, en persona, a la Reina Isabel y al Rey Fernando, y a poco tiempo entraba una mañana en su estancia un paje a comunicarle la asombrosa audacia de un caballero cristiano (Hernán Pérez del Pulgar) que aquella madrugada había tenido la osadía de entrar en Granada por la cuenca del río Darro, y pasando por la Alkaicería, había clavado con su puñal en la misma puerta grande de la Mezquita Alkama, un pergamino con el Ave-María.

Es de considerar la situación de aquel Rey y de aquella Sultana Moraima con su hijo el príncipe, fruto de sus amores, en poder de los Reyes Católicos; su reino devastado, su pueblo hambriento. A pesar de todo ello, su voluntad fué siempre batallar y no doblegar su cerviz, resistiendo constantemente. Además, hay que notar, que esta situación era el año 1490 y aun todavía, aquel hombre héroe, tuvo la fuerza y la resistencia de voluntad para luchar con su fatal destino, todo el año entero de 1491.

Por aquella época recibió el Mulex carta muy secreta de Don Hernando de Zafra, para su Señor el Gran Wasir Aben Comixa (el Mulex era el secretario de Aben Comixa).

Acompañaban a esta carta, particulares regalos que Sus Altezas los Reyes mandaban al Wasir y buen número de castellanos de oro

para el secretario, que desde entonces mantuvo constante correspondencia con el hábil Don Hernando.

En esta carta recordaba su antigua amistad y le ofrecía dichoso porvenir haciéndole reflexiones de prudencia y de paz, si convenían al Rey Boabdil de entregar a Granada sin más luchas ni sangre. Intentó el hábil ministro empezar convenciendo a la Sultana; pero siempre chocó ante la roca incommovible de la voluntad de Boabdil.

La campaña de los cristianos de 1491, empezó con un ejército de 40.000 infantes y 10.000 caballos que inundó la Vega por dos divisiones: la una por Loja, la otra por Alcalá la Real y el Castillo de Illora donde moraba el Gran Capitán.

Era el caudillo el Rey Fernando en persona, asistido por el Maestre de Santiago, por los Marqueses de Cádiz y Villena y por los Condes de Tendilla, de Ureña, de Cabra y de Cifuentes. Quedó en Alcalá la Real la Reina Católica con sus hijos el príncipe Don Juan y las infantas Doña María y Doña Catalina.

Llamó el Rey Boabdil a su Mexuar a todos sus Alcaldes, Generales y Alfaquís y díjoles: «Vosotros sois el amparo del Reino, con la ayuda de Alá, de vosotros depende la salud común, vuestra libertad y la nuestra», Presentóles una lista de las provisiones de guerra acopiadas y otra lista de los hombres de ar-

mas con que contaban, y entonces el bravo Muza obtuvo el mando de la caballería y la defensa de las puertas de Granada. Los otros capitanes quedaron a las órdenes de Boabdil y los alcaides del Alkasabal y Torres Bermejas, permanecerían cuidando sus fortalezas. El Zegrí y Mojamed Zair con Benatar el mando de tres cuadras destinadas a excursiones rápidas para molestar al enemigo.

Reduán y Abenzaide, con la reserva, (descripción del historiador Conde).

Estas medidas prepararon a los granadinos a resistencia tenaz.

El Rey Fernando con su ejército, atravesó la vega entera, llegando en su devastación y múltiples encuentros con los árabes, hasta el valle de Lecrín y el puente de Tablate. Volvióse ante los muros de Granada y asentó sus Reales haciendo su campamento en el Gosco en un sitio que luego fué denominado, Santa Fe.

Avisada la Reina Isabel de la tenacidad de Boabdil, que obligaba al Rey a acampar ante Granada, para sitiarla, decidió venir al campamento de Santa Fe con sus hijos y sus damas.

Salió de Alcalá la Real, escoltada por el Gran Capitán Gonzálo de Córdoba y Don Alonso de Aguilar. En la comitiva iba aquel noble inglés lord Rivers, cuya admiración por la Reina y sus castellanos rayaba en idolatría,



RETRATO DE LA REINA CATÓLICA

por cierto, que hubo de perder sus dientes batallando en el sitio de Loja.

Llegada Isabel la Católica a Santa Fe el 26 de Abril, fué recibida por todos los Grandes y caballeros y alojada en magnífica tienda de seda y oro, que el marqués de Cádiz usaba y había conquistado en el cerco de Ronda. Sus hijos, los Infantes y sus damas, fueron aposentados en otras lujosas, en torno de la Reina.

Nos describe Bernáldez hasta el traje y atavío de Isabel. Sobre soberbio caballo, generalmente tordo, o mula, según la resistencia de largas jornadas, cabalgaba con magníficos jaeces y gualdrapa carmesí y oro. «Al llegar al campamento, el Rey abrazóla y besóla en el rostro e luego el Rey se fué a las Infantas sus hijas y besólas en la boca y santiguólas. Venía la Reina en mula guarnecida de seda carmín e plata dorada. Traía un paño gualdrapa carmesí de pelo e las riendas labradas de seda con letras, e las orladuras bordadas de oro. La Reina traía brial de terciopelo, debajo unas faldas de brocado e un capuz de grana. Vestido guarnecido morisco finísimo e un sombrero negro ancho guarnecido de brocado alrededor de la copa e ruedo. Las Infantas venían en otras mulas castañas guarnecidas de plata e vestidas un brial de brocado negro e capuz negra. El Rey tenía vestido un jugón de demesín de pelo, e un quisote de seda rasa

amarilla: encima un sayo de brocado e unas corazas de brocado vestidas. Espada morisca ceñida e toca e sombrero. En cuerpo en caballo rico jaezado, e los atavíos de los Grandes que allí estavan eran muy maravillosos e ricos ansí de guerra como de fiesta.»

Luego describe a lord Rivers y dice «Allegó, el conde de Inglaterra luego en pos de la Reina e los Infantes, muy pomposo en extraña manera, armado en blanco a la Guisa, encima de caballo castaño con los paramentos hasta el suelo, de seda azul e las orladuras tan anchas como una mano de seda rasa blanca e todo estrellado de oro enforrados de cepti morado. Traía sobre las armas una ropeta francesa de brocado negro raso e sombrero con plumaje. Traía en el brazo izquierdo broquete redondo a barras de oro e una cimera fecha de tan nueva manera. Traía cinco caballos encobertados con sus pajes. Sus Altezas obieron mucho placer en se vinieron fasta las tiendas donde bien aposentados fueron Reyes e Infantes e las damas e señoras que les acompañaban.»

Al poco tiempo fué la batalla de la Zubia tan conocida, en que a poco Boabdil hubiera podido tener la fortuna de apresar a la misma Reina Isabel la Católica, escondida bajo un laurel, de donde la delibró Gonzálo de Córdoba y la trajo salva al campamento del Gosco (Santa Fe).

El rey Fernando quiso rehacer aquel descalabro, y cuenta Hernáudo de Baeza cómo fué avisado Boabdil de la decisión de Fernando.

Hernando de Baeza fué amigo y secretario de Boabdil. Residía en la Alhambra y gustaba el Rey de que le leyese los romances castellanos y se los tradujese como Trujamam. Nos ha dado curiosísimos detalles de los sucesos y vida de aquellos días.

Cuenta que el Wasir dijo una noche a Boabdil «Señor entrégate, tu reino está agotado, mañana el ejército de los poderosos Reyes abrirán la puertas de Granada». Contestóle el Rey «Antes morir».

Aquella noche despidióse Boabdil de Moraima su Sultana y a primera hora lavó y perfumó su cuerpo, vistió finísimas ropas, puso su mejor arnés de guerra y armado de todas armas, después de la bendición de su madre Aixa, y del último beso de la compañera de su vida, montó en su más brioso caballo y salió por la puerta Real al frente de sus mejores escuadrones de Gómez y Granadinos.

El ejército cristiano entraba por la parte de Albote (contornos de Cartuja). Boabdil cargó con brío y furia y destacó los peones por la parte alta, aprovechando olivares y viñedos. Repetidas veces fué notorio su osadía y valor peleando en primera línea. Estaba decidido a morir. A no ser porque los señores que le acompañaban, le recogieron muerto el caballo

y le trajeron a Granada; allí hubiese acabado su historia, pero el Hado no quiso tampoco. (Esta batalla tuvo lugar el 8 de Junio). Su sino era vivir para padecer. «El Zagoibi»!...

A los pocos días ocurrió en el campamento, ya entrada la noche, la sorpresa de ver arder incendiada la tienda de la Reina. La misma Señora prendió fuego con una vela a las cortinas de seda que ondulaban sobre su lecho. La misma Reina corrió a la tienda de sus hijos y a la del Rey su esposo, y en medio de aquellas llamas propagadas a gran parte del resto del campamento, amaneció el ejército.

El Rey y la Reina pasaron a aposentarse a las tiendas del Arzobispo de Sevilla y después a un magnífico pabellón que mandó desde Illora doña María Manrique, esposa del Gran Capitán. Acompañó también al envío con ropas, muebles y ajuar, lo mejor del magnífico lujo en que siempre vivía Gonzalo de Córdoba.

A la sazón llegó al campamento de Santa Fe el Padre Marchena, que patrocinado por Don Enrique Enríquez y ayudado por los secretarios de los Reyes Hernando de Zafra y Juan de Coloma, patrocinaban la empresa de Cristobal Colón, obteniendo la primera entrevista que con éste celebró la Reina, pues el rey Fernando con su sagacidad y su previsión, por si pudiera ocurrir un fracaso, siempre dejó que fuera asunto de su esposa todo aquello que fuese dudoso.

La historia de Boabdil en los meses de Agosto, Septiembre y Octubre, fué la de vivir en medio del hambre de los sitiados. La anarquía en las turbas que vagaban por la ciudad hacía temblar a todos. Múltiples salidas de desesperación, no hacían más que empeorar la vida.

Mientras tanto, cartas que iban y venían entre Abulcasin el Mulex y Don Hernando de Zafra, preparaban con los ofrecimientos de los Reyes Católicos, un tratado de capitulaciones. Boabdil reunía a sus consejeros ancianos y Alfaquís que siempre le decían «o entregarse o morir» y el rey Boabdil permanecía silencioso sin acceder.

Cuenta Pulgar en sus crónicas, que el Mulex secretario de Aben Comixa, estuvo en Santa Fe y que después de múltiples tratos con Hernando de Zafra, concedieron los Reyes Católicos una tregua de setenta días, con la condición de discutir capitulaciones desde el 5 de Octubre.

Cuenta también que Gonzálo de Córdoba estuvo en Granada convenciendo a las Sultanas madre y nuera y que se alojó en casa de la Sultana Zoraya, que si bien no tenía influencia, Boabdil respetaba en ella la memoria de su padre.

Rendido, sin poder vencer tantas dificultades y convencidos todos los que le rodeaban por los halagos del rey Fernando, mediaron muchos debates y discusiones en que todos

miraban por su interés particular. Él, solo, silencioso, oía y callaba.

Convenidos todos, menos él, en las capitulaciones que se conservan en el Archivo municipal de Granada, la gran cuestión era convencer al rey Boabdil que firmase y diese su sello a aquel convenio que aseguraba la vida y su fortuna a todos los Alcaldes, Alfaquís, Sacerdotes, Sabios y Buenos hombres de Granada.

Concertaba al mismo tiempo otras capitulaciones secretas el Gran Wasir Aben Comixa que había recibido 30.000 castellanos de oro de la hábil mano del rey Ferrnando.

Cuenta también Pulgar, que por fin, con la anuencia de la sultana Aixa, de acuerdo con el Wasir, mandaron los Reyes desde Santa Fe una noche de fin de Diciembre a Gonzálo de Córdoba, que entró en la Alhambra por una puerta secreta que existe todavía en la muralla debajo de la torre de Abul-Hachar, que corresponde a la escalera que hace diez años se descubrió (que baja al Puente de las Chirimías).

Añade que el Gran Capitán estuvo encerrado en el Mexuar de Comarex, sin saberse de él, con gran cuidado por parte de los Reyes, a tal extremo, que con cartas secretas mandaron también al Conde de Tendilla a que se avistase con el Mulex y Aben Comixa.

En ese Mexuar de la Alhambra que hace po-

co era Capilla, se hizo y se consolidó España. Allí se unieron definitivamente Castilla y Aragón. El Gran Capitán tuvo también la gloria de convencer y conseguir de Boabdil que entregara el florón de Granada a Castilla. Este lazo de unión fué el que unió para siempre a la raza Ibérica.

Concertó con las Sultanas la capitulación secreta. Describe Hernando de Baeza la repugnancia con que nunca quiso intervenir Boabdil en los tratos en que se le respetaban sus riquezas. En cambio el Wasir Aben Comixa fué el alma de todas aquellas negociaciones con la sultana Aixa.

Para mayor aflicción, entonces recibieron Moraima y Boabdil, carta que el Rey Católico, con su sagacidad hizo escribir al Príncipe moro (su hijo) que conservaba en rehenes. En esta carta, primero les pintaba las bondades que con él tenían Sus Altezas y su magnanimidad, y luego les decía que conocía su triste situación porque sabía que no querían aceptar los grandes beneficios y amistad con que les brindaban los Reyes de Castilla.

Moraima asolada en llanto, abrazada al cuello de Boabdil—éste sólo repetía—«porque ¡la muerte no ha querido ni quiere de mí nunca!».

Aterrada Moraima, mandó llamar a un famoso sabio astrólogo, que se llamaba Ben-Maj-Kulmut y consultó con él en gran secreto el horóscopo del rey Boabdil. Contestóle el

anciano Kulmut—«Dicen las estrellas que el último Rey Nazar, vivirá mucho para padecer mucho».

Partió el Gran Gonzálo de Córdoba, con misterio. Dióle el Rey en recuerdo de su simpatía un rubí para su esposa Doña María Manrique, y por el mismo camino secreto de la muralla salió al río Darro, acompañado de un moro llamado Jameth Oleila, llegando al campamento de Santa Fe donde era esperado con ansia. Expuso a su Reina, lo tratado para las públicas capitulaciones y lo convenido para la capitulación secreta. Pidióla que el Rey Don Fernando firmara, y ella sellara los convenios, y que al día siguiente se proponía volver para arrancar la firma al desventurado Boabdil, pues tenía la seguridad que al ver ya estampada la firma y sello de los Reyes, firmaría también.

Así se hizo y a la noche siguiente, acompañado de otros siete caballeros hasta Churrana donde le esperaba el mismo moro Jameth, siguió su camino hasta entrar por la misma porterna de la Alhambra, llegó al Mexuar, acompañado por el Wasir Comixa, y desplegando ante los ojos, nublados por la desesperación, de Boabdil, las capitulaciones firmadas por Fernando y selladas por la Reina, hizo al aciago Rey las reflexiones que su noble carácter le inspiraba en aquel momento.

Abrumado, y ante los ruegos de todos, selló la capitulación privada y dijo al Gran Capi-

tán: «Hágase la voluntad de Alá y la Provi-
dencia defienda a mi pueblo. Ellos son los que
deben firmar las capitulaciones públicas. En-
tonces yo sellaré».

El Rey reunió su Mexuar en gran Consejo,
y allí acudieron todos, Santones, Generales,
Alfaquies, ancianos Doctores de la ciudad y
cuanto en Granada hubo de respeto y riqueza.
Leyéronse por el Mulex Abul Cacín las capi-
tulaciones, y cuando todos estuvieron confor-
mes ante el Rey silencioso, pasó a la sala del
Gran Consejo, Gonzálo Fernández de Córdo-
ba, que les ratificó de palabra todos los ofreci-
mientos de Sus Altezas. Entonces el Rey selló.

Allí, (en el Mexuar), se hizo España; por
eso cuando se entra en aquel Salón, hasta
hace poco convertido en Capilla, todo buen
español siente en su ánimo algo inexplicable.

Volvióse el Gran Capitán acompañado del
Mulex, hasta el mismo campamento de los
Reyes.

Al día siguiente llegó también al campamen-
to el Wasir Aben Comixa y concertó con sus
Altezas, que le recibieron con singular bene-
volencia, que se verificase la entrega de la for-
taleza de la Alhambra el día 2 de Enero y que
el día 6, festividad de los Reyes, entrarían és-
tos solemnemente en la ciudad por la Puerta
de Elvira o por la Puerta Real.

Adjunta copia exacta de las Capitulaciones
de Granada:

Copla de las condiciones de las
Capitulaciones que se conservan
en el Archivo del Ayuntamiento
de Granada

El Rey Boabdil, los alcides, alfaquís y kadis, alguaciles, sacerdotes, sabios y buenos hombres de Granada y sus arrabales, habían de entregar a Sus Altezas dentro de 60 días, contados desde el 25 de Noviembre, todas las puertas, torres y fortalezas de la ciudad, no consintiendo Sus Altezas que cristiano alguno subiese sobre el muro de la Alcazaba para descubrir el interior de las casas moras.

Los Reyes asegurarían a todos los moros cumplida seguridad de bienes y haciendas, con facultad de comprar, vender, cambiar y comerciar con el África, sin pagar impuestos ni derechos que los establecidos por la ley musulmana, y no podrían tomar caballos ni bestias para servicio alguno, sin beneplácito de sus dueños.

Para seguridad de la entrega, Boabdil y sus caballeros darían en rehenes el día antes de la entrada, por medio del alguacil Aben Comix, quinientas personas de familias nobles y principales, las cuales serían tratadas a costa de los cristianos con decoro y esplendidez.

El día de la entrega, ocuparían las tropas castellanas la fortaleza de la Alhambra, su-

biendo por el campo fuera de la ciudad, y los Reyes devolverían al hijo de Boabdil y a los demás jóvenes que estaban en poder de cristianos en Moclín, con todos sus criados y servidumbre.

Sus Altezas por sí, y a nombre de sus descendientes, se obligaban a respetar por siempre jamás los ritos musulmanes, sin quitar las mezquitas, torres de almuedanes, ni vedar los llamamientos ni sus oraciones, ni impedir que sus propios y rentas se aplicasen a la conservación del culto mahometano; y si algún cristiano entrase en las mezquitas sin permiso de los alfaquís, sería castigado. La justicia continuaría administrada entre los moros por jueces musulmanes y con arreglo a sus leyes; y todos los efectos civiles, relativos a herencias, casamientos, dotes, etc., continuarían atemperados a sus buenos usos y costumbres.

Los alfaquís, continuarían difundiendo la instrucción y percibiendo las limosnas, las donaciones y rentas asignadas a la instrucción, con absoluta independendencia e inhibición de los cristianos.

Cualquier moro de Granada y de la Alpujara que estuviese ausente podía someterse al tenor de estas capitulaciones en el término de tres meses, y ningún renegado podía ser molestado ni insultado por su conducta pasada.

Los moros que fuvieran por mujer a alguna cristiana que se hubiese tornado mora, no se-

rían violentados para divorciarse, salvo si la esposa manifestase libremente ante una comisión de moros y cristianos que deseaba reconciliarse con su religión primitiva: y los hijos de estos matrimonios quedarían libres para seguir la religión que les aconsejara su conciencia.

Si alguna mora, enamorada de cristiano, obandonase la casa de sus padres, tutores o parientes, con ánimo de casarse, llevándose alhajas o ropas que no fuesen suyas, sería depositada y amonestada, y las prendas sustraídas serían devueltas a sus dueños, procediendo contra la culpable, cuando hubiese méritos para ello.

A nadie se podría exigir cosa alguna apresada en las guerras anteriores; pero las deudas se realizarían, y los contratos se llevarían a puro y debido efecto.

Los judíos de Granada y de la Alpujarra gozarían de todos los beneficios de estas capitulaciones.

Ningún caballero, amigo ni criado del Zagal obtendría mando ni cargo de gobierno sobre los moros de Granada.

Las contestaciones y litigios entre moros y cristianos se decidirían por jueces de ambas partes.

Habría entrega recíproca de cautivos moros y cristianos.

Las acequias de aguas limpias para el sur-

tido de la ciudad, serían guardadas para que ningún cristiano ni mora lavase ropa ni arrojase inmundicias, bajo pena severa.

Los alguaciles y almotacenes moros continuarán en el ejercicio de sus funciones, sin que fuese lícito a los cristianos alterar estos oficios; las abacerías y carnicerías de los moros estarían apartadas de las de los cristianos, y si alguno mezclase carnes vedadas, sería castigado.

Este es el resumen de las capitulaciones públicas discutidas por D. Hernando de Zafra y concluidas por el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, en el Mexuar.

Las capitulaciones secretas de que hemos hablado, constaban de diez y seis artículos, en que se respetaba a Boabdil y a las tres Sultanas (Moraima, Aixa y Zoraya, la viuda de Muley Hacén), todas sus tierras, huertas, molinos, baños y casas que constituían el patrimonio de la real familia; facultándoles para venderlos por sí o por procuradores, a su voluntad. Además, le cedían a Boabdil por juro de heredad para sí y sus descendientes un feudo en el Reino de Granada que se componía de las tahas de Berja, Dalías, Marchena, Bologuén, Láchar, Andarax, Ugíjar y Juviles, con todos los derechos y pechos de sus pueblos. Además, la entrega de 30.000 castellanos de

oro y el respeto a todos sus bienes y tesoro particular (1).

El día 2 de Enero de 1492, según las narraciones de Lucio Mariano de Salazar, de Mendoza, de Pulgar y sobre todo del testimonio de Mármol, refieren que resonaron por el ámbito de la vega, al salir el sol, tres fuertes tiros de lombardas disparados desde los torreones del Alcazabal de la Alhambra.

(1) Según se lee en Almacari (Analectes, tomo 11, 2.^a parte, página 798), el tesoro de la casa o palacio Nazarita era copioso en toda suerte de preciosos rubíes, perlas de gran tamaño, zomordas singularísimas, turquesas de gran valor, toda suerte de adargas preservativas, equipos militares defensivos, armas cortantes, instrumentos primorosos, utensilios peregrinos, collares de perlas en pedazos, sartales de aljófares para los cabellos, arracadas que aventajaban a las alcordes o pendientes de María (la Copta, concubina de Mahoma) en claridad, brillantez y hermosura; espadas, únicas por su invención y raras a maravilla, de bien templadas hojas, con su marca peculiar y exornadas de oro purísimo; poderosas lorigas de malla, de apretado tejido, que preservan a los guerreros en el día del combate, y cuyo preclaro origen se remonta a David, el enviado de Dios (según se lee en el Alcorán, a él se le debe la invención de la cota de malla); corazas holgadas de vestir, adornadas de oro, de fábrica indiana, con sobrevestas de brocado; casco con orlas doradas, incrustadas de perlas intercaladas de esmeraldas con rubíes en el centro; cinturones plateados, anchos de formas y esmaltados en su superficie; adargas de ante, sólidas, sin poros, dulces al tacto y renombradas por su impenetrabilidad; arcos, sin mezcla de color, semejante en su forma a una media luna, de costados en curva, que afrentan a las pestañas aun a los preciadísimos instrumentos de cuerdas de cobre; almimbares de abalorio; atailores de Damasco, cuentas de cristal, zafas de la China, copas grandes del Irac, vasos de Tabaxis y otras muchas cosas que no es posible describir ni numerar.

La noche antes previnieron los Reyes en el campamento de Santa Fe, que caballeros, pajes y escuderos vistiesen su mejor gala. Las mismas personas reales dejaron el luto que llevaban por el Príncipe de Portugal, su yerno.

Las batallas en orden y tocando, tambores y atabañes, la misma marcha regia que hoy mismo se oye a las trompetas de la caballería, avanzó el ejército por Armilla hasta llegar a un morabito que hoy se denomina la Ermita de San Cristóbal, donde esperó a sus Reyes.

El Gran Cardenal Mendoza y Don Gutierre de Cárdenas con deudos e hidalgos y 3.000 infantes, adelantáronse, y atravesando el Xenil por donde hoy existe el Puente Verde, subieron la cuesta de los Molinos, y por el Cai-dero y Peña Partida llegaron a la tabla de Abahul, explanada llamada hoy de los Mártires, enfrente de la puerta de Siete Suelos.

Boabdil, acompañado de 50 caballeros de su casa y servidumbre, se presentó. El Cardenal y Don Gutierre dejaron el caballo y salieron a su encuentro con respeto y benevolencia. Díjoles Boabdil: «Id, Señores; el destino ordena que ocupéis esos Alcázares míos. Alá, que todo lo puede, lo manda». Cabalgó Boabdil melancólico, seguido de su comitiva, y bajó por el mismo carril al encuentro del Rey Fernando.

Con espléndido acompañamiento estaba

éste a la margen del Genil, junto al pequeño morabito o mezquita (hoy la ermita referida de San Sebastián).

Habíase discutido el ceremonial, pues siempre Boabdil se negó a besar la mano de Fernando.

Al llegar sobre caballo negro a la presencia de su vencedor, hizo sólo ademán de sacar el pie derecho del estribo. Fernando se adelantó, y presentándole el Rey moro las llaves con dignidad y entereza díjole: «Eres poderoso, ¡tuyos somos! Estas son las llaves de este paraíso. Tal es la voluntad de Alá». Tomó Fernando las llaves y respondió al moro: «En la adversidad no dudes de nuestras promesas; lo que te quitó la suerte adversa será resarcido por nuestra voluntad y nuestra amistad».

La triste ceremonia cumplida, preguntó Boabdil al Rey por el caballero a quien los Reyes darían el gobierno y tenencia de la Alcazaba de Granada, y presentado Don Íñigo de Mendoza (Tendilla) le entregó una sortija tumbaga de oro con piedra preciosa y sello, y que en presencia de la comitiva real separó de su dedo, diciendo: «Con este sello se ha gobernado tres siglos Granada. Tomadla, Conde Señor; gobernad con bien a mi pueblo, y que Alá os haga más venturoso que a mí».

El infortunio, la modestia en el ademán, la majestad de la figura gallarda del noble Boabdil a los treinta años de edad, despertaron en



LA RENDICIÓN DE GRANADA

aquel momento en todos los circunstantes la más vivísima impresión.

Saludó de nuevo al Rey Fernando y siguió su camino, hasta que en las inmediaciones de Armilla se encontró con la Reina, que traía soberbia escolta de caballeros, damas, heraldos y pajes.

Isabel recibió al moro, mitigando con sus frases el acíbar del ánimo de aquel Rey desgraciado. Entonces sí besó Boabdil la mano de la Reina.

Siguió cabalgando su camino sin deteniimiento hasta los reales de Santa Fe, escoltado por el hermano del Gran Cardenal, encargado de su hospedaje y regalo.

Incorporóse la Reina al Rey Fernando, y por los mismos sitios que el Cardenal y Cárdenas entraron en la Alhambra por la puerta de Siete Suelos. Allí Don Gutierre de Cárdenas y Aben Comixa entregaron al Rey la llave de la fortaleza, que el Rey volvió a entregar a la Reina Isabel, y pasando por la mano del Príncipe Don Juan, quedó en poder de Don Íñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla.

Reinaba en la ciudad de Granada un silencio de muerte.

Guerreros, damas, la flor de la caballería y de la hermosura de Castilla pasaron embesados todo el día por aquellas estancias maravillosas del Alcázar. Cuenta la crónica

que Gonzalo de Córdoba, perito en la lengua árabe, les traducía y explicaba las inscripciones y leyendas de la Alhambra.

Volvieron todos al real de Santa Fe, hasta que el día 6 de Enero hicieron su entrada solemne en Granada Fernando e Isabel.

Abría la marcha escolta soberbia de caballeros con sus mejores arneses. Luego atabales, y seguía el Príncipe Don Juan taraceado de joyas y diamantes. A su lado cabalgaba en mula el Cardenal, Fray Hernando de Talavera, confesor de los Reyes. En pos venía la Reina con sus damas y dueñas, y en arrogante caballo el Rey Fernando con sus mejores galas. Tras los Reyes todas las banderas tendidas, y marchando al compás de pífanos y cajas, luego desfiló el ejército.

Léese en la relación de la gente que entró en Granada con su Alteza, documento del siglo XVI del archivo de la Casa de Alba, lo siguiente:

DELANTERA

	<u>LANCAS</u>	<u>PEONES</u>
El Alcayde de los Donzeles . . .	C	C
La gente del Duque de Albuquer- que	LXXXV	
Los Mariscales	XXXV	
Uno de los alcaydes	XXX	

	<u>LANCAS</u>	<u>PEONES</u>
CCCL peones, cauadores y ha- cheros, y con ellos los algua- ciles y Mosen Pero del Sant Esteuan para aderecar los ca- minos para la hueste. . . .		CCCL
	<u>CCL</u>	<u>CCCCL</u>

AVANGUARDA

El Maestre de Santiago de su Orden y casa	IMCC	IIMD
De la Hermandad		VIIIMD
	<u>IMCC</u>	<u>XIM</u>

ALAS DE LA VANGLIARDIA

Ala, mano derecha, la gente del Duque de Plasencia	CCXX	
Ala, mano izquierda, la gente del Duque de Medinaceli	CCX	
	<u>CCCCXXX</u>	

SEGUNDA BATALLA

El Marqués de Calis, con la gen- te de Gonzalo Mexia.	<u>D</u>	<u>D</u>
--	----------	----------

TERCERA BATALLA

El Conde Ureña	CC	CCC
Don Alfonso Aguilar	CC	CCC
	<u>CCCC</u>	<u>DC</u>

	<u>LANCAS</u>	<u>PEONES</u>
CUARTA BATALLA		
Gente del Arzobispo de Sevilla	CC	
Pedro de Vera	;C	
El Alcayde de Morón	C	
	<hr/>	
	CCCC	

QUINTA BATALLA		
Gente del Duque de Medina Si- donia.	CCCC	
Pedro Vaca	CXL	
	<hr/>	
	DXL	

SEXTA BATALLA		
El Maestre de Calatraua	CCCC	IM
. ruajal	CLXXX	
	<hr/>	
	DLXXX	IM

SÉTIMA BATALLA		
El Conde de Cabra	CCCC	D

OCTAVA BATALLA		
La gente del Cardenal Don.		
. urtado	DL	CCCC
	<hr/>	

NOUENA BATALLA		
El Duque de Nájera.	CC	
. Nuño del Aguila : matá- ronle	CXX	
. ferrand . duque.	CL	
. gente del Marqués de As- torga.	L	
	<hr/>	
	DXX	

LANCASPEONES

DECENA BATALLA

El Conde de Benauente	CCXC
El Alcayde de Atyenca. . . .	CCX
Don Alvaro de Bacan	CXXX
	<hr/>
	DCXXX
	<hr/>

BATALLA REAL

Don Fadrique.	CL
El Adelantado del Andaluzía. .	CL
Don Francisco Enrriquez. . . .	CX
. PUERTOCARRERO. . .	CXX
El Comendador Mayor de Cala- traua	CL
D Martín de Cabra.	C
Juan d'almaraz	LIII
Fonseca, con los acostamientos del Andaluzía	CCC
Juan de Merlo.	LXX
Ferrand Carrillo	LXXXV
. Osorio	C
. Osorio	L
. iedma.	L
. Antonio del Aguila . . .	LX
. hurtado de luna	C
Don Ferrando dacuña	LXXV
El Comendador Ribera	LXXX
Los peones quehan de ir con es- ta batalla real delante son los peones gallegos y de Asturias de Ouiedo y vizcaynos, guipuz- coanos y montañeses que son.	<hr/>
	IMDCCCIII
	<hr/>
	VIM

	<u>LANCAS</u>	<u>PEONES</u>
ALAS DE LA BATALLA REAL		
Ala, mano derecha, Seuilla . . .	DC	VM
Ala, mano izquierda, Cordoua . . .	D	IIIMD
	<u>IMC</u>	<u>VIIIMD</u>

CON EL GUION

Continos y gente de corte. . .	CCC	
Para delante el fardaje, porque non se mezcle con la batalla real, y poner recabdo en lo que se cayere del:		
Xeres	<u>CC</u>	<u>IM</u>

REGUARDA

Francisco de Bouadilla, con la gente de Jahén y Andújar . . .	CCCL	IMD
Diego López de Ayala, con gen- te de Ubdea y Baeca.	CCC	IIM
	<u>DCL</u>	<u>IIIMD</u>

Con la artillería, para yr con ella y aposentarla, porque no va por el camino por donde va el Rey. . . . EL.maestre. de Alcan- tara	DCC	D
El Conde de Feria y sus cuñi- dos	CCCXXX	
Ecija.	CL	DCC
Martín Alonso y el Alcayde de Soria.	CCC	CC

	<u>LANCAS</u>	<u>PEONES</u>
Carmona	LX	CCC
Henao y Lope Furtado, con gente de Fidalgos.		IMCCCL
Cauadores y hacheros y carpinteros e pedreros		IIM
Gente ordinaria del artyllería	L	CLL
IMCCCL peones carreteros		IMCCCL
	<u>IMDXC</u>	<u>VMDC</u>
Quedan en Loxa y en Illora y Moclín y Montefrío y Colomera y Alhama.	<u>DCC</u>	

Asy que es el número de toda esta gente doze mil e nuevecientas e setenta lancas (?) e quarenta millécinquenta peones XIIMDCCCCLXX XLML

Entraron por la puerta de Elvira y calle del mismo nombre hasta la Calderería, y por una calle, hoy de San Juan de los Reyes, llegaron a la Mezquita de los Conversos. La purificó Hernando de Talavera, y quedó como párroco de ella el repostero de la Reina Diego de Victoria, bajaron a la Plaza Nueva y subieron por la cuesta de los Gomérez, aposentándose en la Alhambra.

Aún le quedaban a Boabdil tristes días.

Los moriscos llamaron a la colina en que sus ojos vieron por última vez a Granada, Fer Allah Akbar (El suspiro del Moro).

Retiróse al féudo que los Reyes le dejaron como un pequeño Estado, con su madre y su esposa (1) en la Taha de Andarax. Su pena y su tristeza la distraía en la caza con galgos y azores en los campos de Dalías y Berja (2).

(1) Menos los Infantes Yusuf y Ahmed (Mohamed, según el Wanxerisi), hijos de Boabdil, a quienes, recelosos de un alzamiento de los naturales de la tierra, mientras el reyezuelo granadino permaneciese en ella, retuvieron los Reyes Católicos a su lado, pues se encuentra en la Minuta de peticiones a los monarcas castellanos por el Alcaide Bexir, (en nombre de su amo, residente a la sazón en Andarax), la interesantísima siguiente: «Item suplica a Sus Altezas que, despachado lo de Granada, mande enviar a los Infantes para que se estén con él en Andarax o que los mande pasar allende». «Traslado de lo que pide el Alcaide Bexir en nombre del Señor Rey Muley Audili, hijo del Rey Sidizad (sic). — V. Salvá y Sáinz de Baranda, col. de doc. inéd. para la Historia de España, tomo VIII. pag. 437. Hay un decreto al margen que dice: «Que se pongan en libertad».

(2) Para distraer sus ocios y dar esparcimiento a sus penas andaba Boabdil, desde su arribo a Andarax, ocupado constantemente en la caza conalcones y galgos. «Hoy—dice Hernando de Zafra en carta a los Reyes Católicos, fechada en Granada a 9 de Diciembre de 1493—se halla con sus criados en los campos de Verja y Dalías, donde permanecerá todo el mes». Mientras el desgraciado príncipe divertía de esta suerte sus cuifas, el alguacil Yusuf Aben Comixa, diciéndose apoderado suyo, vendía su hacienda a los Reyes Católicos por escritura datada en Barcelona a 7 de Mayo de 1493. Y aunque Boabdil, en un arrebatado de ira, quiso hacer justicia con su propia mano en la persona del desleal, alevoso y pérfido ministro, templando su enojo y penetrando ser voluntad de sus Altezas que luego sin dilación se marchara allende, facultó al Alcaide Abulcasin el Muleh para que se entendiese con ellas o con sus personeros para la venta de sus estados y su partida para el África. Así resulta del poder otorgado por el régulo granadino en la villa de Andarax, a 19 de Chumada del año 898, escrito por Mohamed, hijo de Nazar, firmado de su nombre y sellado con el sello de sus letras y trujamaneado por Abrahen el Caysi, en 15 de Abril de 1493 otorgó Albucasin el Muley en Granada la escritura de capitulación,

Así vivió en su feudo sólo un año, en que tuvo el consuelo de ver feliz a Moraima, porque los Reyes, apiadados de tanta desdicha, mandáronle a su hijo.

Este respiro fué el de la luz que se apaga. Cayó enferma Moraima, y de mal de penas murió en sus brazos.

El destino era inexorable.

Llegó un día en que Aben Comixa, siempre vendido al oro de los Reyes Católicos, le propuso de parte de éstos la venta de todos sus bienes, convenciéndole con argumentos para evitarle compromisos con los moriscos rebeldes. «Dejad, señor, esta tierra, donde fuísteis Rey y donde no tenéis esperanza de volverlo a ser».

Refiere el historiador Luis del Mármol, que ante la sorpresa de otorgamiento por parte de su Visir (que no tenía poder suyo), de la venta de sus bienes en la cantidad de 9.000.000 de maravedises, el arrebató suyo fué a tal extremo, que comprendiendo que Aben Comixa estaba vendido, indignado de la perfidia del Visir, tiró de la espada y se precipitó con ánimo de matarle. Comixa se ocultó y desapareció.

la cual fué ratificada por otra, fechada en Andarax a 8 de Julio del propio año, en el cual dió Boabdil por bueno, rato, grato y firme, estable y valedero el asiento y concierto de su apoderado. (V. Salvá y Sáiz de Baranda, Col. de doc. inéd. para la Historia de España, tomo VIII, pag. 457),

El Mulex fué el encargado de terminar la venta de los bienes y la emigración a África. Así lo dice una carta de 22 de Agosto de 1493 dirigida por Hernando de Zafra a los Reyes.

Estas segundas capitulaciones se conservan en el archivo de Simancas y están publicadas en la «Colección de documentos inéditos» (página 439 del tomo 8.º)

Mi inestimable amigo el notabilísimo arabista, Académico de la Historia, D. Mariano Gaspar Remiro, en su admirable trabajo documentado minuciosamente, hace notar que el sagaz Secretario de los Reyes, D. Hernando de Zafra, hizo una visita a las tahas y fincas que constituían el objeto de la última capitulación, y el mismo D. Hernando nos explica clara y textualmente cómo había conseguido el resultado definitivo, cuando dice:

Y la forma que se tuvo en la cuenta para hacelles venir en esto. Fue que yo hove muy cierta información del valor de estas tahas... Que este año no hay pan ni aceite en la Alpujarra, ques la mayor parte de la renta y deste valor desconte todo lo quellevaban y tomaban los Alguazyles y Hafiz y Almojarife y todo lo que se daba a Alfaquies y Almuedanos y los derechos de la tierra que se dejaron los judíos: desconte el alhacer de los olivos y las otras franquezas que vuestras Altezas mandan dar al Alpujarra al tiempo que entregaron las armas; y diose en ello tan

buena forma, que costo Aben Comixa y que el Muleh que trajo poder del Rey para concluir y asentar todas las cosas y vino medio muerto a ello, hobieron por bien de tomar medio, y crean vuestras Altezas que el medio non fue un daño para vuestras Altezas, porque por cuenta fecha por la orden que a vuestras Altezas dogo y eran mayor cuantía de los 12.000 castellanos que se les dan, y como no saben mucho de cuenta hizosele entender que ganaban.... Y si algo se ha fecho que no cumpla al servicio de vuestras Altezas, yo estoy acá para pagallo.

Conforme era anunciado por Hernando de Zafra a Sus Altezas en la carta anteriormente expuesta, se reunían en las casas de aquél para dar término y conclusión en el aprecio de las heredades vendidas por las Reinas moras y servidores de Boabdil, en el 17 ó 18 del mencionado Septiembre, los testigos Juan Dávalos, Alcaide; Francisco de Bilbao, Alcaide de Castell de Ferro; Alonso de Vozmediano, Hernando de Zafra y un servidor suyo, Escribano público de Granada, y como intérprete Sidi Abraem el Caisi, y habiendo comparecido el Muleh, manifestó que por quitarse de debates y enojos en la averiguación y cuenta de sus bienes, se conformaba con recibir por todos ellos, que eran el término de Alecrín, la mitad de las salinas de la Malahá, la mitad del Quempe, la mitad de la alquería de dicha Ma-

lahá, la mitad de las salinas y del campo de Dalías, las rentas reales de Otura, excepto la tierra, casas, huertas, viñas, morales y otras cosas que tenía en dicho lugar y quedaban para él, la tercera parte del término de Zuchal, los 3.000 reales de la renta de una zapatería y y las otras rentas, pechos y derechos, por la cantidad de 3.250 castellanos de oro.

En el propio día 18 compareció igualmente el Alguacil Aben Comixa en las casas de Hernando de Zafra, y ante el mismo Escribano y siendo testigos Luis de Ribera y Juan de Vozmediano, se conformó en pasar todos sus bienes a Sus Altezas por la cantidad de 2.000 castellanos de oro y justo peso.

Acto seguido compareció Sidi Mohamed Morafil, mayordomo de las Reinas moras y con poder de éstas, manifestó que vendía todo lo que poseían de alquerías, tierras, heredades, molinos de aceite y pan, hornos, tiendas, mesones, atarbeas de tejedores, baños y otros cualquier bienes, raíces que tuviesen en Granada o en otras de su término y en las villas de Motril, Salobreña u otras, «con tanto que por todos esos bienes den y paguen Sus Altezas a las personas que de aquéllas tenían comprados algunos de los expresados heredamientos y casas, los maravedís que por ellos les habían entregado, según apareciese en las escrituras de compra-venta que tuvieran los compradores, autorizadas hasta el 8 del mes

corriente de Septiembre en que se había concertado lo que ahora se consignaba por escrito». De suerte que Sus Altezas satisfacerían a los compradores lo que de ellos hubiesen recibido las Reinas. Por este precio cedían las Reinas moras todos sus bienes a Sus Altezas.

Aseguida entregó Sidi Moratíl los títulos y documentos de las heredades que pasaban a poder de Sus Altezas, haciéndose constar que lo recibido por Moratíl para las Reinas había sido: por Cijuela, vendida a Francisco de Bobadilla, 600 doblas castellanas; por Zuhaira 2.500 reales de plata; por los molinos de Francisco Ferrandez Maldonado y por la parada de Remonegin 830 doblas hacenas; por el molino de la Torre de Rehabonges, 70 doblas castellanas. La cantidad que las Reinas moras habían recibido por Beas y Huétor, se hallaba consignada en las cartas de compra, *como sabía Alhaje Romaine, y podrá saber Hernando de Zafra cuando fuese a la Alpujarra.*

Los Reyes Católicos se obligaban por Hernando de Zafra a hacer todo lo que quedaba acordado, de manera que no resultase para las Reinas moras pendencia alguna respecto del particular.

De todo lo cual se hizo redactar escritura otorgada por Sidi Moratíl, mayordomo de las Reinas moras y Fernando de Zafra, secretario de Sus Altezas, siendo testigos Francisco de Montañés, Juan de Vozmediano, Luis de Ri-

bera, platero, Abrahen Alcaisi, intérprete, y Escribano Juan Álvarez de Toledo.

El mismo día en que se había puesto conclusión en el aprecio de los bienes de Boabdil y los suyos, y se había fijado por escritura lo que había de percibir en definitiva cada uno de ellos, escribía Hernando de Zafra a sus señores dándoles cuenta de todo el resultado y de algunos particulares e incidentes.

«Certifico a Vuestras Altezas, seguía diciendo Hernando de Zafra en su carta, que lo que en ello se ha trabajado no ha sido poco: así que con lo del Rey y con lo de éstos (los servidores de Boabdil) sin lo que se ha de pagar a Francisco de Bobadilla, a Juan de Haro y a los otros, si Vuestras Altezas quisieren las heredades que no se pagan ahora en dinero, sino que queda para que Vuestras Altezas manden sobre todo lo que fueren servidos, cuesta a Vuestras Altezas lo siguiente:

«Al Rey 18.000 castellanos que son 8 cuentos y 733.000 maravedís.»

«A Abencomixa 2.000 castellanos que son 970.000 maravedís.»

«Al Muleh 3.250 castellanos que son 1 cuento 576.250 maravedís.»

«A Yuza de Mora 300 doblas en que monta 109.500.»

«Al Caisi con 130 castellanos que se quitaron al Rey Muley Boabdil porque se igualó con 18.130 castellanos y quitáronse los 130

para él, y sobre éstos cumplimiento a 400, porque ha aprovechado tanto que esto y más mereció, en que monta 194.000 (Total 11 cuentos 579.740 maravedís.»

«Que son todos los maravedís que cuesta esta hacienda, como es dicho, once cuentos y quinientos y setenta y nueve mil y setecientos y cincuenta maravedís, los cuales se pagarán de los maravedís que Vuestras Altezas mandaron enviar, y según esto, viniendo todo el dinero Vuestras Altezas podrán mandar ver lo que puede restar; que los dos cuentos que yo saneaba, manden Vuestras Altezas lo que sobrello escribí a Vuestras Altezas que fueron las palabras siguientes: «pues solamente acá se hauian de buscar estos dos cuentos, estos se sanearán y se buscarán sin llegar a cosa del Alpujarra: por lo que hoviere por vía de las cuentas que con el Rey y con éstos se han de hacer; y lo que restare, con la ayuda de Dios acá se dará orden como se busque etc.»

«Yo he cumplido lo que prometí, pues en lugar de dos cuentos hay cuatro cuentos; y pues sobra dinero, no es menester que se busque dinero, que si necesario fuera, empeñárame por ello cuando otro medio no tuviera.»

Entonces Boabdil escribió al Califa de Fez, quien le contestó que le recibiría con contentamiento (1).

(1) Antes de pasar Boabdil a Fez (léese en Almacari, *Analectas*, 11, 2.^a parte, p. 815), mandó al soberano de este imperio

Dilatóse la partida, hasta que las naos de D. Íñigo de Artieta pudieron llegar a Almuñécar, pues estaban en Canarias a convoyar las naves en que hizo su segunda expedición Cristóbal Colón a América, que había partido de Cádiz el 25 de Septiembre de aquel año.

Entrado ya Octubre embarcó Boabdil con su hijo, con la Sultana su madre Aixa, su hermana, deudos y amigos en la misma carraca

el Jeque el-Wafasi, una larga carta escrita en verso y prosas rimadas por su secretario, el fecundísimo, aventajado y discreto poeta Abú Abdallah Mohammed ben Abdallah, el Arabi, el Okalli, intitulada: «Jardines de flores del que gusta de los perfumes de las almas y busca el acceso de mi Señor, el Imán, Sultán de Fez».

El Sultán de Fez no anduvo remiso en acusar el recibo de esta epístola, pues según se lee en la dirigida por Hernando de Zafra a los Reyes Católicos en 20 de Agosto de 1492, había regresado a la sazón el mensajero que enviaron a Fez, criado del Muleh, siendo portador de otras del monarca africano, en las que certificaba que recibiría el ex-régulo granadino mucho a su placer y contentamiento como a su persona misma. Y aunque a todos satisfizo esta respuesta, es lo cierto que Boabdil estuvo mucho tiempo perplejo sobre el punto de la morisma a donde refugiarse, si a Túnez, si a Fez o Alejandría de Egipto, aunque de su grado nunca hubiera dejado la tierra natal, como lo declara Hernando de Zafra en carta a los Reyes Católicos de 9 de Diciembre de 1492, en la cual se lee: «Venido aquí el Muleh, le hablaré en lo al (lo otro) que toca a lo de Fez. Verdad es que yo pongo mucha dubda que el rey Muley Baudili acepte esto, y porque como a Herrera dije que dijera a Vuestras Altezas, y como él también supo, al rey Muley Baudili enviaron dos consejeros sobre esto, y aun yo también tenté al Muleh sobre ello, y burlaron de ello, y me respondió que decía su amo y aun él también, que pues que había dado su reino para estar en paz, que no iría a reino ajeno para estar en cuestión, en especial sola seguridad de alárabes». (V. Salvá y Sáinz de Baranda, Col. de doc. inéd. para la Historia de España, tomo XI, págs. 507 y 508).

de Íñigo de Artieta, y en otras dos galeotas pasaron la mar su séquito, que se componía de hasta 110 personas, y arribaron todos a la villa fuerte de Cazzasa sobre una roca situada en lugar cercano a Melilla.

Es verdaderamente interesante y curioso meditar la coincidencia de destino que hizo embarcar a Boabdil, último vástago de la raza árabe, en el mismo puerto en que el fundador del gran poderío musulmán, Abderramán I, había desembarcado en España, dirigiéndose a Garnata (Granada), siete siglos antes.

También es interesante la carta en que la Reina Isabel le decía a Hernando de Zafra: «De la ida del Rey moro habemos habido el Rey y yo gran contentamiento, pero de la ida del Infántico su hijo he tenido mucho pesar».

El Emperador de Fez, el Califa Muley Hamet el Benemerin recibió con todo género de consideración a Boabdil.

Treinta años vivió en Fez con el rango de Príncipe y labró allí notable alcázar, recibiendo el homenaje de todos los grandes señores de Marruecos y la protección y respetos de su amigo el Califa.

A pesar de tanto halago, nunca quiso elegir otra Sultana para sí, no borrándose de su memoria el amor de Moraima. Cuenta la crónica que su gran amigo y compañero constante fué Aliatar su cuñado, el hijo del Alcaide de Loja, y que en cuantas ocasiones tuvo de ex-

poner su vida batallando a favor de su protector el Califa de Fez, fué siempre el asombro de todos por su arrojo y su valor, aumentando así el gran respeto que le tributaba el Califa.

La muerte nunca quiso del Zogoibi, hasta que cansado el Hado, el año de 1525 ó 26 el Benimerín atacado por los Jarifes en la batalla de Bab-Cuba, nombre de un valle o desfiladero a orillas del Omirabij, al amanecer, sorprendido el ejército de su amigo y en grave riesgo la vida de su protector (el año 940 de la Égira, cuenta Al Makari, que conoció a moros testigos presenciales), lanzóse el Rey Boabdil, diciendo: «¡Por fin llegó la hora de morir! ¡Gracias a Alá!» Y arrollando el centro más espeso de enemigos, cayó tendido de una saeta y de una lanzada.

Recogido su cuerpo, fué enterrado en la Mezquita frente a la Puerta de la Ley, en Fez.

Tributemos homenaje al destino de aquel hombre, a quien siempre rodeó la muerte y cuyo sino fué siempre sufrir y padecer.

Tal fué el desenlace de la toma de Granada, que duró diez años como la de Troya.

Bien hubiera merecido Boabdil, si Homero hubiese vivido, los cantos de sus hazañas y de su desventura (1.)

(1) Como documeto curiosísimo e inédito, damos a continuación un fotograbado que contiene la última carta dirigida a los Reyes Católicos, autógrafa de Boabdil, la cual, vertida al castellano, dice así:

«Alabanza a Dios. Al Sultán y a la Sultana, mis huéspedes. Yo el Emir Mohammed ben Ali ben Nazar, vuestro criado. Llegó a mí de parte de Vuestras Altezas la capitulación con todos los artículos que, por iniciativa vuestra, pactó mi criado el Alcaide Abul-Casim el Melih, firmada de vuestro puño y letra honrados y sellada con vuestro sello glorioso, conforme a esta que recibiréis. Y yo cumpliré fielmente mi palabra y juro que me complazco en ella con palabra de lealtad, como buen criado, y verás está firmada de mi mano y sellada con mi sello a fin de manifestar la autenticidad de lo que digo y seré fiel en su cumplimiento. A 23 de Ramadán, el engrandecido año 898 (1493). Yo, su escritor, Mōhammed ben Ali ben Nazar me complazco y acepto todo lo que en este documento se contiene, considerándolo como inquebrantable, y lo recibo de las manos de mis huéspedes el Sultán y la Sultana, cuya vida sea duradera».



CAPÍTULO V

Alhambra

Entrando en la Alhambra, se concibe perfectamente que Boabdil, al trasponer la cumbre del cerro que iba a ocultar a sus ojos para siempre las torres del Alcázar granadino, derramase una lágrima de dolor; y se concibe también que Aixa dejase caer en su oído aquellas frases crueles: «No llores como mujer lo que *has sabido defender como hombre*».

Una y otra expresión, la lágrima del Rey moro y la dura frase de Aixa, producida por la pérdida del reino y de su bellísima corte, no eran sino aspectos diferentes de un mismo pesar.

Para admirar la Alhambra en todo el esplendor de su hermosura, hay que verla. El

que por primera vez la contempla, reconoce que no tenía de ella ni una idea aproximada.

Desde que se pasa la histórica puerta de las Granadas (Bib-Leuxar), se halla el espíritu en presencia de un espectáculo nunca visto ni sospechado, y los ojos miran hacia arriba, buscando al través de aquellas hojosas ramas que se entrelazan formando finísimos encajes, al soberano autor del prodigio. Tres calles de árboles espesos y altísimos, que juntan apretadamente sus copas, cuajadas de nidos de ruiseñores, para que la luz no sorprenda los misterios de amor de la madre Naturaleza, y para que no se pierda ni un átomo de aquel ambiente lleno de aromas, que se ofrece a los absortos ojos. Las tres forman pendientes que dan origen a que los arroyos fácilmente corran, para que nadie pueda pasar por ellas rápidamente y deje alguna belleza inadvertida, haciendo recordar al que asciende, que sólo subiendo despacio y con fatiga, sólo con marcha pesada y difícil, imagen fiel de la vida humana, se llega a la posesión del anhelado monumento.

Alamedas que parecen naves de catedral gótica; pájaros que cantan variadas y siempre dulces endechas; arroyuelos que murmuran besando el tallo de las flores inclinadas sobre el limpio cristal de las aguas; cascadas que, envidiosas de esos amores, salpican los tallos; fuentes que saltan descomponiendo en

los cambiantes del iris, algún rayo de luz que consigue tamizarse por entre las hojas; tibio y aromado ambiente; algo en derredor que separa el ánimo de las cosas terrenas y que lleva a los ojos las lágrimas de la emoción.

Más arriba hay otro milagro del arte. La fortaleza nazarita, coloso monumento macho que encierra labores que se quiebran de puro sutiles, en las que no se explica cómo han intervenido dedos humanos, y que parecen la misma obra de la fantasía exteriorizada por algo sin cuerpo; columnas delgadas y esbeltas, que nadie tomaría por base de sustentación; techumbres, cuyas cúpulas dan idea de las grutas estalactíticas; muros adornados con adornos modelo de primores y con leyendas regocijo de la poesía; fuentes, estanques, mármoles, patios, ajimeces, encajes, filigranas y bellezas que el tiempo no ha podido destruir.

Y si ya dentro de esa maravilla se presenta a los ojos algún ajimez o balcón saliente, por donde el espíritu busque comunicación con el cielo, la Naturaleza le brinda nuevas hermosuras, afanosa por desplegar en torno de aquel encantado recinto sus magnificencias; cármenes y jardines a su alrededor, como brillante guardia de honor; peñas escarpadas; hondas laderas en cuyo fondo resuenan las aguas de accidentadas vertientes con perpetuo arrullo; bosques que embalsaman el aire con hálitos

de flores siempre abiertas; árboles que enlazan fraternalmente sus ramas a las piedras altas del muro, y cuya planta arraiga en profundidades; montañas de nieve en el horizonte para reverberar la luz del sol y mandarla en besos de amor a las filigranas del Palacio donde flota el numen del artista; y en fin, un cielo azul de pureza immaculada, lleno de plácidos amores y cargado de embriagadores perfumes.

¡No había de llorar el Rey moro al dejar la Alhambra, por haber perdido aquel edén, realización de los sueños del profeta? ¡La Alhambra! ¡La única, la indiscutible!

(Como hemos visto, ya existía la fortaleza de Garnata en tiempo de romanos y godos, cerca de la ciudad de Iliberi, más tarde denominada Elvira).

La palabra Alhambra significa *La roja*, o La Bermeja. Pero este nombre en su origen fué el de la colina en que está asentada la fortaleza.

El verdadero apogeo de la Alhambra empezó al mediar el siglo XIII en tiempo de Mohamed Nazar Ben Alhamar I (fundador de la dinastía nazarita, que duró dos siglos y medio).

Sobre la colina roja empezaron a surgir las admirables construcciones de nuestra encantadora Alhambra, comenzando las obras por aumentar la Alcazaba y construir el Alcázar o Palacio Real. Luego su sucesor del mismo

nombre llevó a cabo la edificación de la Mezquita mayor y de unos baños.

Abul-Wlid construyó mucho en el Palacio, ampliado a poco por el gran Yusuf I (Abul Hachach) para completar el que hoy es la admiración de propios y extraños; pues al ser proclamado Rey en 1333, emprendió obras de gran importancia, como el Salón de Embajadores, y más adentro el Haman, y tal vez empezó el Patio de Comarex (conocido hoy por el de los Arrayanes), pero le sorprendió la muerte, siendo desgraciadamente asesinado por un loco mientras hacía oración en la Mezquita de la Alhambra, a los 22 años de su reinado.

Mahomed V, a pesar de ser muy turbulento su reinado, cual sus antecesores, siguió con gran empeño las obras, enlazando la parte nueva con el antiguo Mexuar que ha llegado hasta nosotros, terminando el Patio de los Arrayanes o de Comarex, y más a la derecha el Patio de los Leones (bajo la inspiración de su primer Ministro-Visir el famoso historiador Aben-Aljatif).

A estos últimos reyes se debe el que hoy podamos admirar una de las primeras maravillas del mundo; pues según un escritor árabe, la Alhambra en tiempo de Yusuf era un vaso de plata esmaltado en rubíes, y en su recinto se podía colocar un ejército de 40.000 hombres.

Muchos sucesos tuvieron lugar en el Palacio de los Reyes nazaritas hasta que en 1492 sobrevino la Reconquista, y los Reyes Católicos nombraron Alcaide perpetuo de la real fortaleza de la Alhambra al Conde de Tendilla, empezando desde esta fecha las restauraciones y trastornos en el Palacio árabe, mezcladas con el gusto y costumbres cristianas.

Siempre reinó el espíritu de conservación, hasta que afirmados los Borbones en el trono, Felipe V disgustado con el Marqués de Mondéjar, descendiente del Conde de Tendilla, quitó el gobierno de la Alhambra a aquella benemérita familia, que tanto había velado por su conservación.

A fines del siglo XVI intervinieron en los proyectos y reconocimientos del Alcázar árabe los maestros mayores de las obras reales; al principio maestros de cantería, por tener a su cargo la edificación del Palacio Nuevo, y después simples albañiles, hasta que en 1750 se apropió la Corona los recursos destinados a obras, encargándose los Monarcas de atender a ellas.

Desde entonces, a pesar de las continuas reclamaciones que se le dirigían, no se interesaron en manera alguna por el Palacio, y comenzó desastroso período de abandono, teniendo que apelar a los más ridículos arbitrios para atender a la limpia de tejados y otras reparaciones urgentísimas.

Tan precaria situación continuó, hasta que en 1830 el Rey Fernando VII asignó 50.000 reales anuales para atender a las obras más precisas, y a poco dióles nuevo impulso la Reina Gobernadora.

Desde entonces se hicieron con más regularidad, conforme a proyectos aprobados de antemano, siguiéndose sin interrupción durante el reinado de Doña Isabel II.

Tales reparaciones fueron dirigidas por los arquitectos señores Contreras, Amador, Soriano y Pugnaire; se realizaron grandes obras de conservación, procuróse limpiar el Palacio de aquellos modernos aditamentos que le desfiguraban, y no se descuidó el embellecerlo.

El Gobierno de la Alhambra, desde que fué suprimida la célebre Junta de obras y bosques por Carlos III, estuvo confiado a Jueces privados, Oidores al mismo tiempo de la Chancillería: después hubo Gobernadores, generalmente militares, desgraciadamente; pero cuando la Revolución de 1868 traspasó al Estado la posesión de la Alhambra, fué suprimida toda autoridad, nombrándose Director conservador a D. Rafael Contreras, dignísimo de tal cargo por sus conocimientos en el arte moruno, y más por la maestría con que supo siempre reproducir la decoración de estos palacios, de cuyas prendas había dado claras pruebas desde que en el año 1847 estuvo al frente del taller de restauración.

Desde esta fecha notóse mayor respeto a lo antiguo. Y por muerte del Sr. Contreras fué nombrado su hijo D. Mariano en el mismo cargo y además se le confiaron los proyectos y dirección de las obras como Arquitecto.

Y por último, por Real decreto de 19 de Mayo de 1905, siendo Ministro de Instrucción pública el Dr. Cortezo, fué nombrada una Junta compuesta de tres individuos en la forma siguiente: Presidente, D. Manuel G. Moreno (Arqueólogo y Catedrático); Conservador mayor, D. Miguel Gómez Tortosa (Comandante de Ingenieros), y D. Mariano Contreras, que continuó como Arquitecto, ocupando más tarde este último cargo D. Modesto Cendoya, inteligente Arquitecto municipal.

Desde esta fecha comenzaron las obras de conservación y saneamiento del Palacio árabe y demás alcázares que encierra el recinto de la Alhambra, pero con tan buena suerte, que se descubrieron casi a diario en las investigaciones cosas tan interesantísimas, como las pinturas en la casita próxima a la Torre de las Damas, la escalera en el bosque y los jardines que hubo de haber en lo que desgraciadamente convirtieron en alameda después de rellenar los jardines, siendo esto causa de que se encuentre «El Comedor de los Reyes» en tan lamentable estado.

Con motivo de los viajes a Granada de S. M. el Rey y el interés general que por la

conservación de la Alhambra se ha despertado, varió por completo la suerte del maravilloso alcázar de los Reyes Nazaritas, aumentándose en el presupuesto su consignación y creándose el ingreso del pago de la entrada personal, para ayudar a la restauración de monumentos.

La Alhambra se dividía en dos partes o secciones principales: Primero, el Palacio o Alcázar de los Reyes Nazaritas, que a su vez formaba tres grupos: la parte política o Mexuar, la parte de estancias privadas de los Reyes con su Harem y jardines, y por último, la parte religiosa con su Mezquita y Baños o Haman público junto a la Mezquita, sito donde hoy existe en la calle Real el establecimiento de Apolinario Barrios, padre de nuestro maestro Barrios. (En la bodega existen aún las columnas del Hamam y sería fácil reconstituirlo). Segundo, la parte militar, extraordinaria fortaleza, la más importante árabe conocida que comprende la Alcazaba y todo el recinto que rodea el Alcázar, con sus murallas camino de ronda, y las cien torres, maravillosa obra de defensa que contenía un ejército, con capacidad y previsión para más de 10.000 hombres con su artillería y bastimentos.



CAPÍTULO VI

Alcázar Árabe.—Parte política

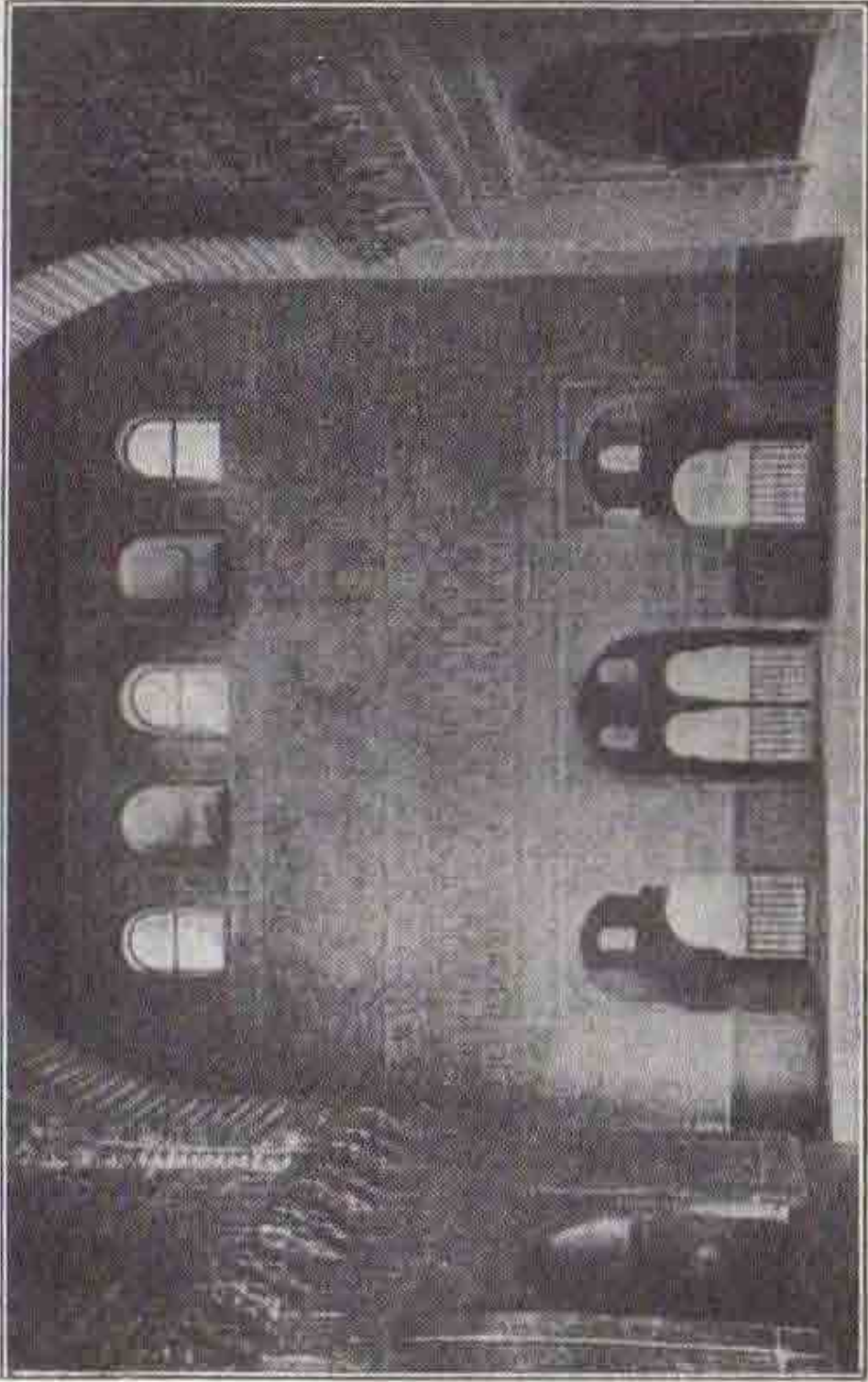
Entrábase por la puerta del Vino, y después de atravesar una serie de dependencias, guardias y oficios, enclavados donde hoy existe el Palacio de Carlos V, se llegaba a los tres grupos del Alcázar.

La puerta de entrada que hoy tiene, fué construída en tiempo de Felipe V, siendo este Rey el último que habitó el Palacio. Por esta época es cuando más sufrió el Palacio con motivo de hospedar en él a los Reyes D. Felipe y su esposa D.^a Isabel de Parma, haciéndose grandes reparaciones que dislocaron en gran parte la distribución, escaleras y pasos a algunos aposentos.

Pero como la permanencia de estos Reyes en el Alcázar fué efímera, desde fines del siglo XVIII la Alhambra fué relegada al olvido, hasta que en 1829 el Gobierno empezó a tomarse interés por su conservación, no contribuyendo en poco la venida a Granada del ilustre escritor americano Washington Irving.

Esta joya (el grupo del Mexuar) primera parte del Alcázar construído por Alhamar y Yuzuf I, apogeo del arte árabe en España, poco a poco ha ido volviendo a su antiguo esplendor, gracias al celo y actividad del ilustre Don Rafael Contreras, que empezó con afán, pero con pocos medios su conservación, y de Don Modesto Cendoya, que dedicó a ella todo su talento y todo su estudio.

El Mexuar, en su primitivo tiempo, tenía como entrada el arco, puerta actual de fachada y rico alero de un patio que hoy es estancia de los porteros, y por esta antigua entrada se pasaba a lo que hoy es Capilla y propiamente dicho antiguamente Mexuar o Sala del Consejo, y por otra puerta que aún se ve a la derecha, se pasaba al Patio del Mexuar y Cuarto Dorado, frente al cual nos encontramos la hermosa fachada con dos puertas. Por la de la izquierda se pasa al Patio de los Arrayanes, Sala de la Barca y Salón de Embajadores (o de Comarex).



CUARTO DE COMAREH O SALÓN DE ENBAJADORES

PATIO DEL MEXUAR

Este patio servía, como hemos dicho, de paso para llegar al Cuarto de Comarex, teniendo el nombre de Patio del Mexuar hasta el siglo XVI, en que contra toda razón se conoce por Patio de la Mezquita.

En medio de él había una pila baja a la usanza africana, que debe ser la que hoy forma la parte alta de la fuente que hay en el jardín de Daraxa; los muros laterales carecen de ornamentación, y a Septentrión o frente a la puerta por donde hemos entrado levántase un cuerpo de edificio, el cual en el siglo XVI se llamaba Cuarto Dorado y en el que se ven hoy escudos y emblemas del tiempo de los Reyes Católicos. (En la parte alta vivió la Reina Germana segunda mujer del Rey D. Fernando el Católico).

La primitiva fachada que da ingreso a este cuarto, consta de tres arcos y a la izquierda entrando, se ha descubierto una puerta con arquito alicatado que antiguamente servía de entrada al Mexuar. El testero meridional del patio fué restaurado por el inolvidable D. Rafael Contreras. Esta suntuosa fachada tiene dos puertas guarnecidas de azulejos y preciosos dinteles adornados, y el resto del muro está cubierto de adornos bellísimos, maravillosamente conservados, así como el alero su-

perior del tejado, que mide siete pies de vuelo o saliente, siendo por su arte el más importante conocido.

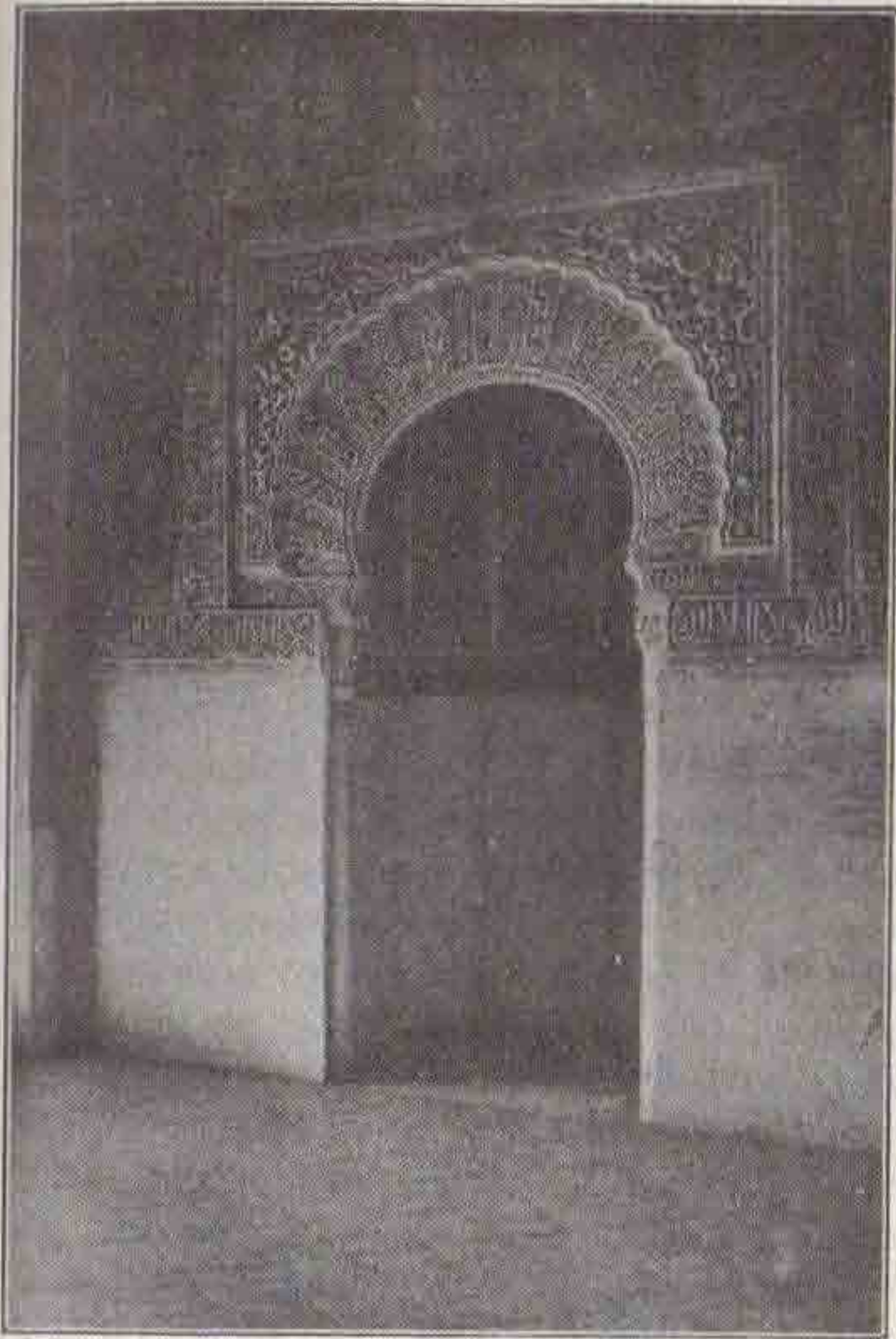
Esta riquísima cornisa de madera primorosamente tallada es de lo más antiguo del Palacio, y por bajo se lee una poesía alusiva a Mohamed I.

MIRAB O NICH O DEL KORÁN

Por bajo de la tribuna de la Capilla hay una puerta auténtica que sirve de entrada al pequeño oratorio o mezquita (hoy en restauración), conservando a su derecha el sitio donde se guardaba el Korán, descubierto por el señor Contreras, pues sus preciosos alicatados los cubrieron con gruesa capa de cal y yeso, y su elegante arco fué tapado para colocar en este sitio moderna puerta tapando la inscripción que lo rodeaba, en la que se leía el nombre del Sultán Mohamed V, en cuyo reinado fué su construcción.

Hay otro dato curiosísimo que aumenta la autenticidad de su época de construcción, y es la casualidad de verse sobre el enlucido del zócalo la impresión hecha por un obrero árabe (el albañil o alarife) de una moneda de la época.

Este oratorio o mezquita con su Korán, en cuyo interior se desarrolla toda la fineza y extraordinario gusto, es indiscutible que tenía



MIRAB O NICHU DEL KORÁN

por objeto, dada su situación junto al Mexuar, la de servir para la toma de juramentos y para efectuar las oraciones anteriores a los Consejos, pidiéndole al Todopoderoso sabiduría y acierto.

SALA DE CONSEJOS (EL MEXUAR)

Este salón, hoy Capilla desde la época de Felipe II, restaurada sin terminar durante la de Felipe V, tiene por altar una chimenea que el segundo Marqués de Santa Cruz compró en Génova para el Palacio de Carlos V.

Su suelo se rebajó para dar a la capilla mayor altura de techo, y su torre con luces, a semejanza de las de la Sala del Reposo, se cerró para hacer un techo plano y edificar brutalmente encima las habitaciones que fueron de los gobernadores militares.

Ya hemos visto en la historia de Boabdil que en este Salón del Mexuar fué donde el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba consiguió por fin arrancar la firma y sello de las Capitulaciones públicas y de las secretas. Es decir, que allí en aquella Sala se hizo España. Allí nació Granada cristiana, la hija de Aragón y Castilla, que fué el vínculo que verdaderamente las unió para siempre.

Si los muros de aquella estancia pudiesen hablar y referir las múltiples escenas en que Gonzalo lucharía con su nobleza entre el in-

quebrantable mandato que cumplía y la dignidad humillada del Rey moro y de las Sultanas. Por eso, para todo español, estimamos que es un deber descubrirse al pisar el umbral de la estancia en que se consolidó la Patria, y donde nació nuestra España.

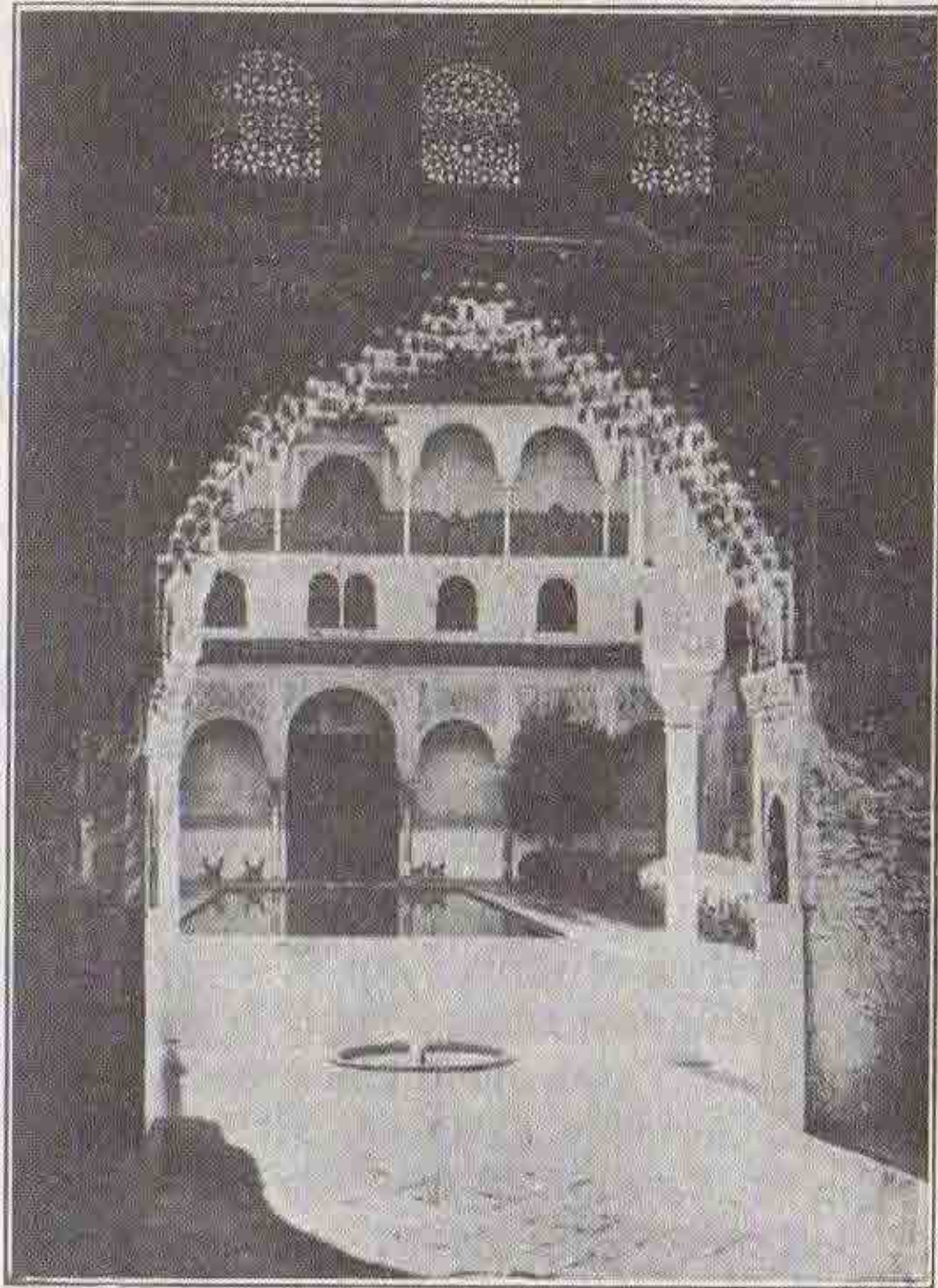
PATIO DE LA ALBERCA (O DE COMAREX)

Al entrar el viajero por primera vez en él, cree estar transportado a los países orientales, y se convence que no tenía ni idea aproximada de la grandeza de la Alhambra. La transparencia de sus arcadas y el delicioso conjunto que forma esta parte del Alcázar es fantástico y único.

Ocupa la parte central del Patio un hermoso estanque que mide 124 pies de largo por 27 de ancho y 5 y medio de profundidad, con dos mesas a ambos lados de cloro arrayán, del que toma el nombre con que modernamente es conocido.

A la derecha entrando, hay una gran puerta que pone en comunicación el Palacio del Emperador Carlos V. Esta puerta era la que daba principal y solemne entrada a los Embajadores u otros ceremoniales.

Los techos de las galerías son de piecitas de rica y complicada traza, y en los cuatro ángulos del Patio hay divanes o alhamíes ri-



PATIO DE LA ALBERCA

camente adornados para guardianes o centinelas africanos, generalmente de raza negra. El de la derecha entrando fué destruído para dar otro paso al gran Palacio de Carlos V.

El otro lado del Patio, luce en el centro un elegante y primitivo arco que da entrada a la Sala de la Barca y al Salón de Embajadores, o de Comarex, y en las galerías altas y bajas de ambos lados del Patio hay habitaciones que servían para la servidumbre alta de los Reyes.

SALA DE LA BARCA

Esta Sala sirve de vestíbulo al Salón de los Embajadores y está hoy en restauración por haber sido incendiada en 1890; pero a pesar de lo que lleva sufrido, aún conserva a su entrada un precioso arco de estalactitas con restos preciosos de su rica ornamentación, y a ambos lados de los muros dos nichos o taquillas que el vulgo supone eran para colocar las babuchas, siendo sólo para colocar vasos de agua, luces, perfumes y libros, pues las inscripciones que tiene bien claro lo dicen.

En su primitivo tiempo estuvo esta Sala ricamente dorada, conservando aún restos de su antiguo esplendor.

CUARTO DE COMAREX O
SALÓN DE EMBAJADORES

Esta majestuosa torre, de 45 metros de altura, según demuestran sus inscripciones, fué construída por el gran Yuzuf Abul Hachah para contener el maravilloso Salón del Trono, llamado de Embajadores.

Es el más espacioso del morisco Alcázar, y tiene a su entrada precioso arco. También es conocido por Sala de Comarex, pues tanto éste como la torre toma el nombre del arquitecto que la dirigió.

Es el más celebrado por su verdadero mérito artístico, sus tradiciones y los hechos históricos que en él han tenido lugar.

Toda ponderación es poca, es menester verlo. A los dos lados del arco de entrada había dos pasos, hoy macizados, que daban comunicación a dos escaleras, una la que existe para subir y la de bajada (dudosa) al Cuarto del Tesoro, que también se macizó en el siglo XVII para consolidar la torre.

El inolvidable señor Contreras nos decía que había contado en el Salón 152 dibujos diferentes.

Mide 38 varas de lado por 23 de altura hasta el cerramiento de su magnífica cúpula, obra maestra de la carpintería árabe.

Este techo imita en su forma a la bóveda que tenía encima, que fué suprimida, formada

por series de paños, y otro en lo alto con un gran cubo de mozárabes, todo ello encintado formando complicada y bellísima traza geométrica, de la que se destacan innumerables figuras estrelladas. Álzase sobre riquísima cornisa de madera ricamente tallada formando mozárabes, pintada con asombroso primor y minuciosidad. En lo alto de las paredes se abren ventanas arqueadas en número de 20, que tuvieron en su primitivo tiempo celosías y cristaleras, 6 de las cuales están macizas para robustecer los muros. Los huecos de los balcones, que eran ajimeces, forman camaritas, pues el espesor de los muros es de tres varas y en su fondo tiene ya un arco, ya dos, con su columna y ventanillas encima.

Antiguamente cerraban estos arcos celosías de madera y cristaleras que subsistían en el siglo XVI.

En la camarita del balcón frontero a la puerta estaba a modo de Trono, la instalación de tapices y grandes cojines desde donde el Rey recibía a embajadores o personajes de distinción, por cuyo motivo su decoración es más espléndida y primorosa.

Este hermoso salón está lleno de interesantes inscripciones en su mayoría alusivas al fundador de tan grandiosa obra, el Rey Abul Hachah (Yuzuf I) y alabanzas a Dios.

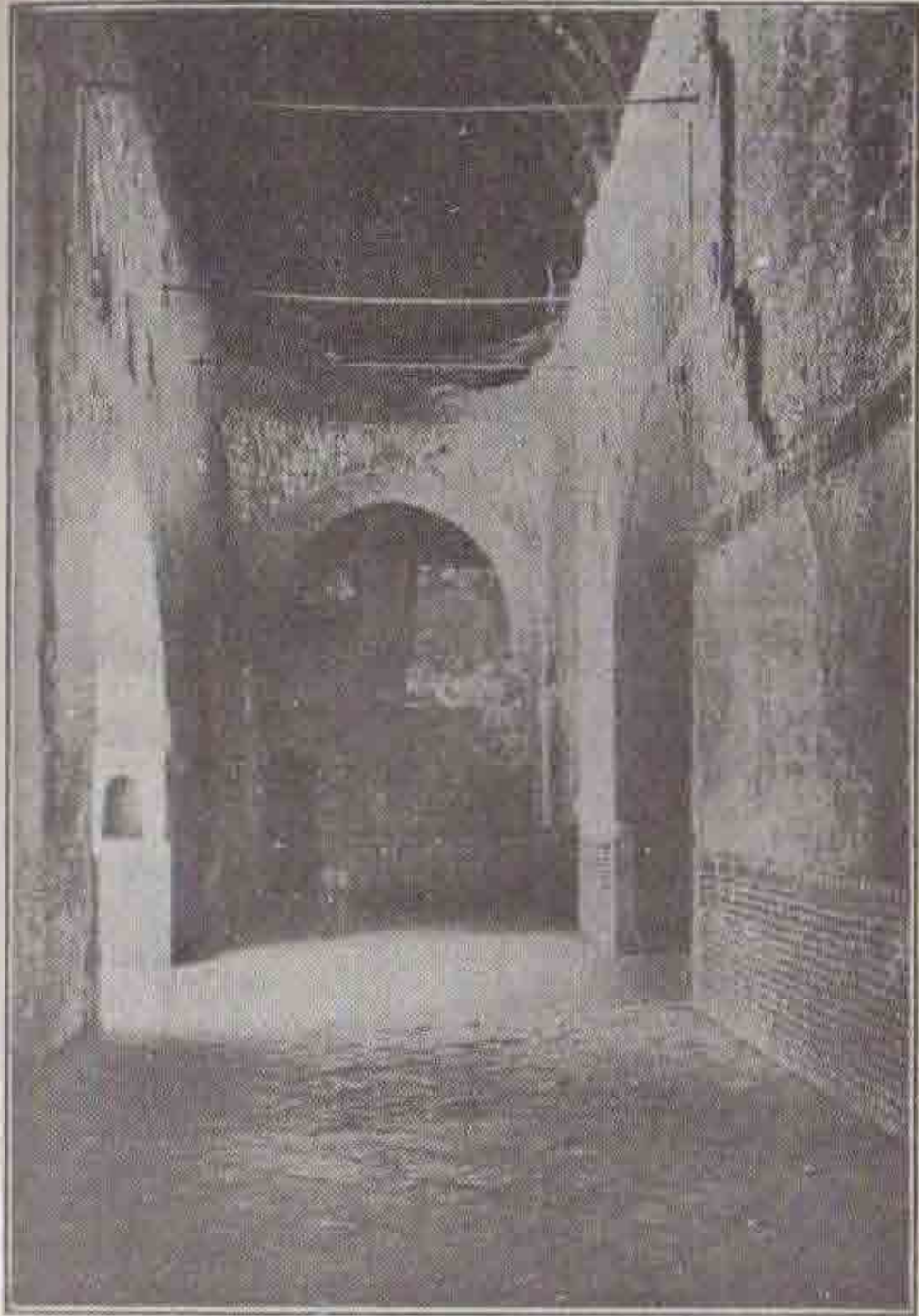
El pavimento era de mármol de Macael, que aún existía en 1556.

En este histórico Salón es donde a la muerte de los Reyes se efectuaban las proclamaciones de los sucesores, pero previo juramento de defender el Reino. Allí eran recibidas las embajadas y se efectuaban todas las grandes ceremonias. Allí se solemnizaban los pactos y los grandes acontecimientos (1).

La majestad de su estructura y las perspectivas de sus huecos producen admiración.

También en este Salón se ratificaron las capitulaciones con Cristóbal Colón (después de la primera entrevista de Santafé en 1492), firmándose aquel célebre contrato de los Reyes Católicos para la salida de Colón al Nue-

(1) Cuenta el Aljatif, que nació en la misma corte en el año 1513 de noble familia notable por sus riquezas y méritos durante el reinado de la dinastía Nazarita, que la proclamación de los emires granadinos se verificaba con aparato solemne en la gran Sala del Trono. La alta nobleza acudía a la Alhambra y esperaba en el salón regio al Príncipe sucesor. Presentábase éste cubierto con manto de púrpura sobre ricas armas. En el suelo había cuatro banderas extendidas hacia los cuatro puntos cardinales del globo. Avanzaba el Príncipe pisándolas y deteniéndose sobre la que miraba a Oriente. Recitaba una plegaria del Korán. Después inclinábase saludando a los cuatro estandartes, y en alta voz hacía su juramento de defender a los musulimes. Acabada esta jura, avanzaba el magnate elegido por todos los presentes y besaba en señal de obediencia el suelo donde la real persona asentaba su planta. Acto seguido los reyes de armas elevaban el grito de «Dios ensalce al Rey nuestro Señor». Este grito era repetido por todos los circunstantes. A continuación desfilaban todos ante el Sultán besándole la mano. Después el Emir salía del Alcázar a caballo seguido de los cortesanos y el escuadrón de la guardia, y paseaba por las calles de Granada.



SALA DE LA BARCA

vo Mundo con los tres hermanos Pinzones, gloria de España (1).

Entrando en el Salón a la derecha hay moderna puerta, colocada en el claro del ajimez que había e igual al frontero; esta puerta se colocó para dar paso al pasillo que hoy conduce al Tocador o Torre del Mirab y a las salas y estancias en que vivió el Emperador Carlos V.

(1) Esta torre de Comarex se salvó de su total ruina el año 1910, en que el arquitecto Sr. Cendoya rehizo sus cimientos, particularmente en el ángulo de Poniente, comprobándose entonces la existencia de los primitivos cimientos de otra torre anterior más pequeña,



CAPÍTULO VII

Alcázar.—Parte privada

PATIO DE LOS LEONES

Fué construído por el arquitecto Aben-Cencid (Cean Bermúdez) en 1377, en tiempo de Mohamed V (Ab-Abdallah).

Mide 136 metros de largo, 93 de ancho y 22 y medio de alto.

Antes de la Reconquista se encontraba en absoluto independiente del resto del Palacio, lo que es lógico, por ser el patio central de la parte privada del Alcázar afecta a la vida más íntima de los Reyes.

En arquitectura es lo más bello que se conoce; el que lograrlo vió, vió el Paraíso, decían los árabes.

Es la joya de la Alhambra, y el refinamiento del arte llevado a su último grado.

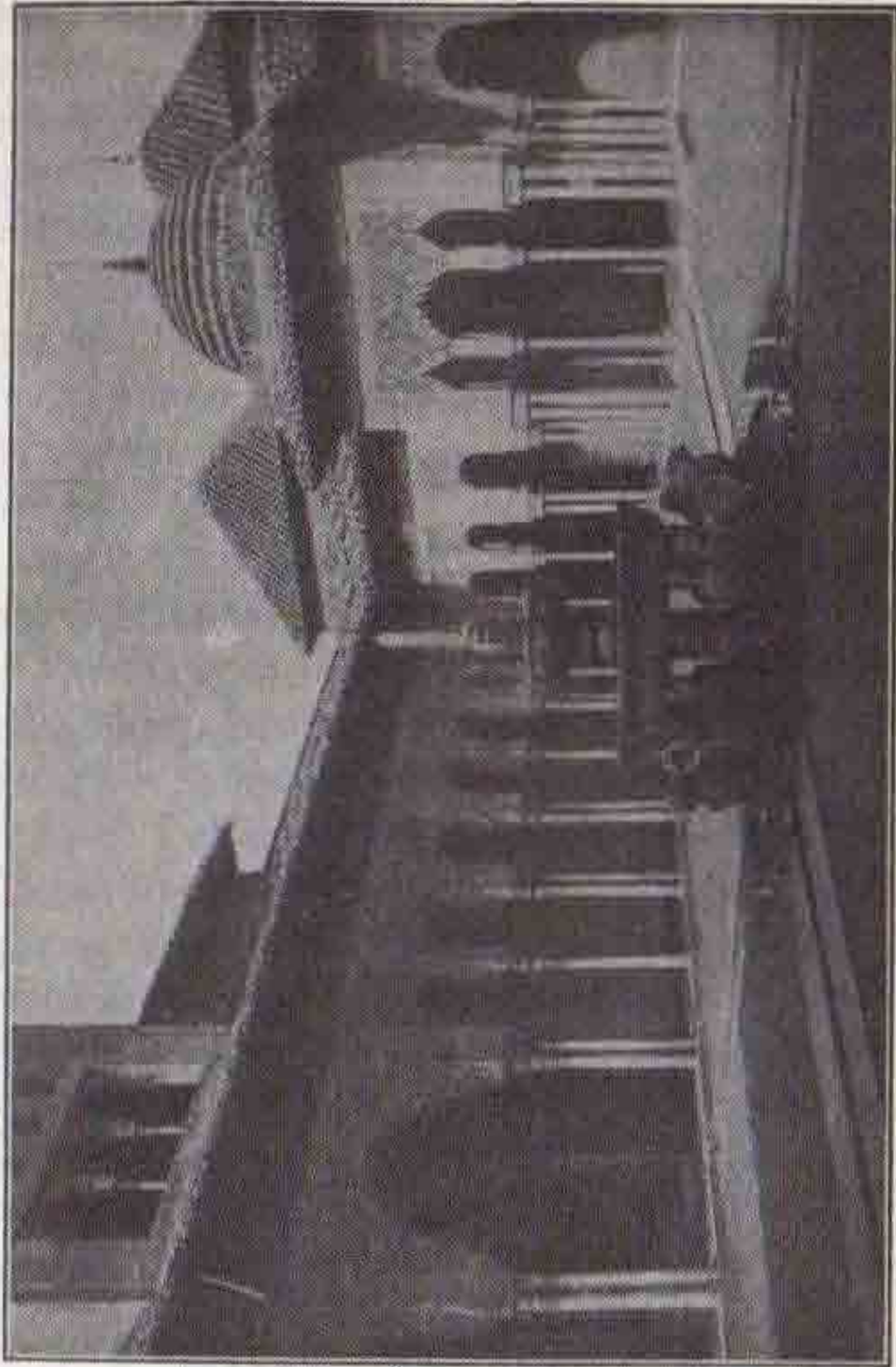
Tiene 124 columnas de mármol de Macael, de elegantes y variados capiteles que sostienen preciosos grupos de arcos de pura filigrana. La fuente del centro está formada por una agrupación de leones que sostienen la taza, que es el origen del nombre de este patio.

Dicha taza tiene una inscripción alusiva al agua, cuya traducción es como sigue:

«Bendito sea aquel que concedió al imán Mohamed mansiones embellecidas con espléndidos adornos. ¿Por ventura, este jardín no nos ofrece una obra cuya hermosura no quiso Dios que tuviera igual?

Formadas con perlas de tremendo resplandor, adorna su base con las perlas que a ella misma sobran. Se desliza líquida plata entre sus alhajas sin semejanza por la belleza de su billantez.

(Plata) líquida con las sólidas (joyas), de modo que no sabemos qué se desliza. ¿No ves cómo el agua rebosa por los bordes, y cómo los caños la ocultan al momento? Del propio modo que el amante que tiene los párpados llenos de lágrimas, procura contenerlas por el temor de ser observado. Y en verdad, ¿qué es ella sino una nube que derrama desde sí sus beneficios a los leones? A semejanza suya la mano del Califa, desde que amanece, derrama también sus dádivas sobre los leones



PATIO DE LOS LEONES

de la guerra. ¡Oh, tú, que miras estos leones puestos en acecho! Tal es su veneración (hacia el Califa) que detiene su fuerza. ¡Oh descendiente de los Nazares, y no por línea transversal! Has heredado ese gran honor, a cuyo lado son nada todas las grandezas. La paz de Dios sea contigo; por siempre prolónguense tus festines y dispensen tus enemigos».

Otra taza más pequeña superior, es objeto de controversia por creerse por no pocos haber sido añadida.

Está sostenida por 12 leones que arrojan por sus bocas chorros de agua.

Merece preferente atención los templetes, en particular el interior de sus cúpulas primorosamente falladas y ensambladas en bóveda.

El de Levante está restaurado por el señor Contreras con tal maestría y exquisito gusto, que es lástima no se continúe la restauración en el de Poniente. A un lado y otro del Patio tiene fuentecitas en el suelo de sus galerías.

Las dos principales puertas que dan ingreso a las habitaciones o salas del Rey y de la Sultana son maravilloso ejemplar del arte en la carpintería árabe.

Las demás puertas laterales dan acceso a las estancias que eran los trascuartos de servicio personal e íntimo de los Reyes. Una de estas puertas da paso a lo que era cocina, y aún conserva siempre la habitación el nombre de «La Cocinilla».

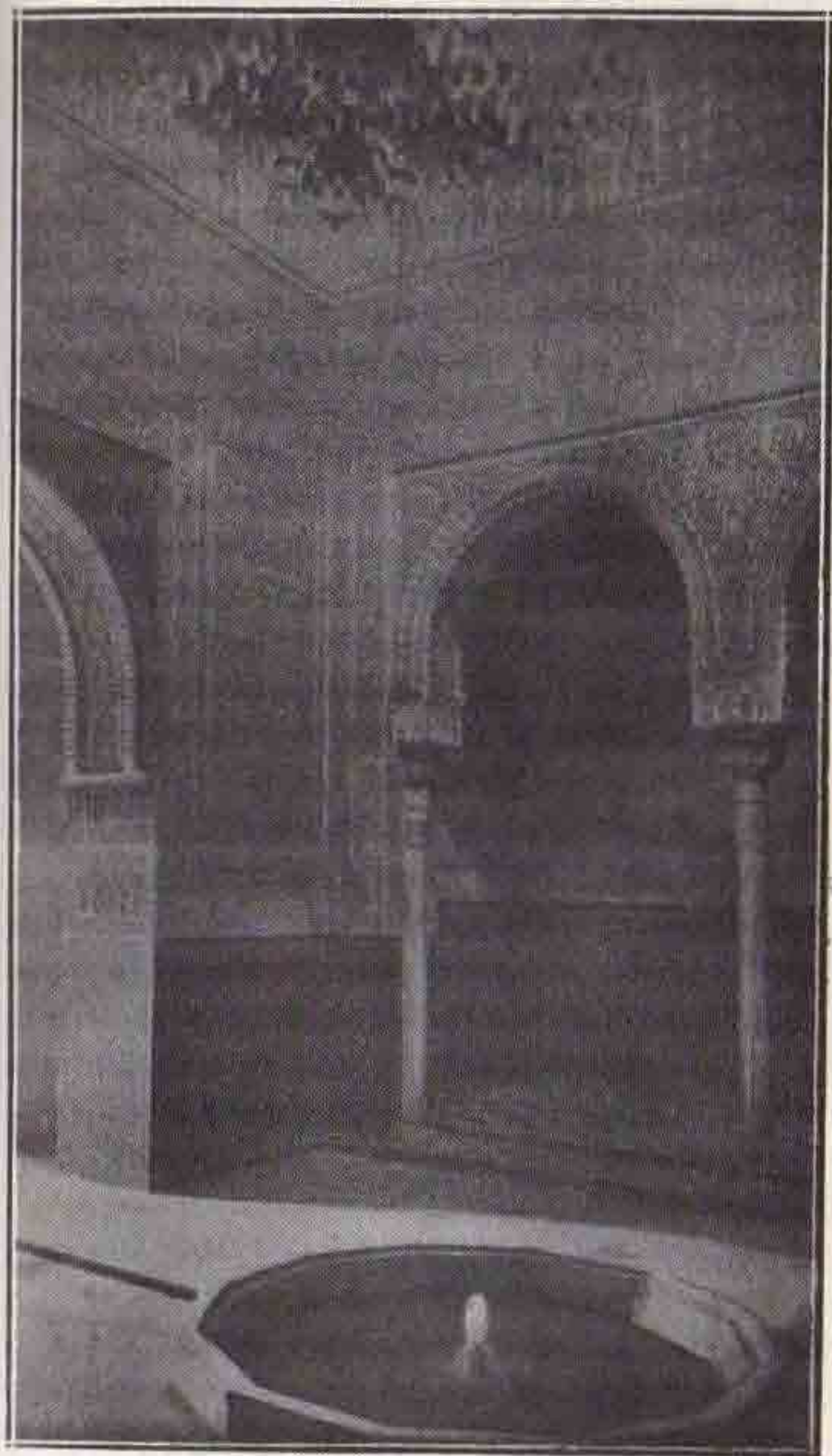
Patio maravilloso, conjunto y refinamiento del arte árabe granadino en la cúspide de su civilización tantas veces descrito por árabes y cristianos, no llega mi pretensión a poderlo describir. Verlo y sentirlo es lo único.

CÁMARA DEL REY, CONOCIDA
TAMBIÉN POR SALA DE LOS
ABENCERRAJES :: :: ::

Tiene su entrada por elegante arco que se conserva a la derecha del dicho Patio de los Leones, con la primitiva puerta de fina y complicada traza auténtica que había desaparecido, y que el Sr. Contreras en 1856 encontró en los almacenes del Palacio abandonada y hecha pedazos, restaurándola y colocándola en su primitivo sitio.

El pasadizo que tiene entrando a derecha e izquierda daba ingreso a los servicios particulares del Rey y acceso al patio alto, llamado siempre el del Harem (señal de que allí debió existir).

Esta Sala es una de las más ricas y elegantes del Palacio. Mide 7'25 metros de lado por una alzada de tres cuerpos, que termina en delicada y esbelta cúpula formando estrella en cuyos arranques se abren 16 ventanas que le dan una luz tranquila y misteriosa. En la fuente que hay en el centro se observan unas



SALA DE LOS ABENCERRAJES

manchas rojas que la tradición asegura ser la sangre de los 36 abencerrajes que el Rey Muley-Aben-Osmin mandó degollar.

Esta tradición es tan antigua, que ya en tiempo de Hernando de Baeza (Secretario de Boabdil) la llamaban Sala de la Sangre.

En el testero frontero a la puerta, sobre la izquierda, es de notar un pedacito restaurado para dar idea de la riqueza de colores que la Sala tuvo en su primitivo tiempo.

Las alcobas de ambos lados tienen elegantes arcos sostenidos por columnas de preciosos capiteles, y los techos son de lazo restaurados con viguetas sobrepuestas con escudos cristianos en el centro.

El zócalo es de tiempo del Emperador Carlos V. El primitivo tal vez sería de traza parecida a la de Dos Hermanas.

En cuanto a las inscripciones, siendo en su mayoría alabanzas a Dios y a los fundadores del Palacio, hemos desistido de copiar, tanto las de esta Sala como las de las demás, en atención a la brevedad del libro.

COMEDOR DE LOS REYES, CONOCIDO

TAMBIÉN POR SALA DE LA JUSTICIA

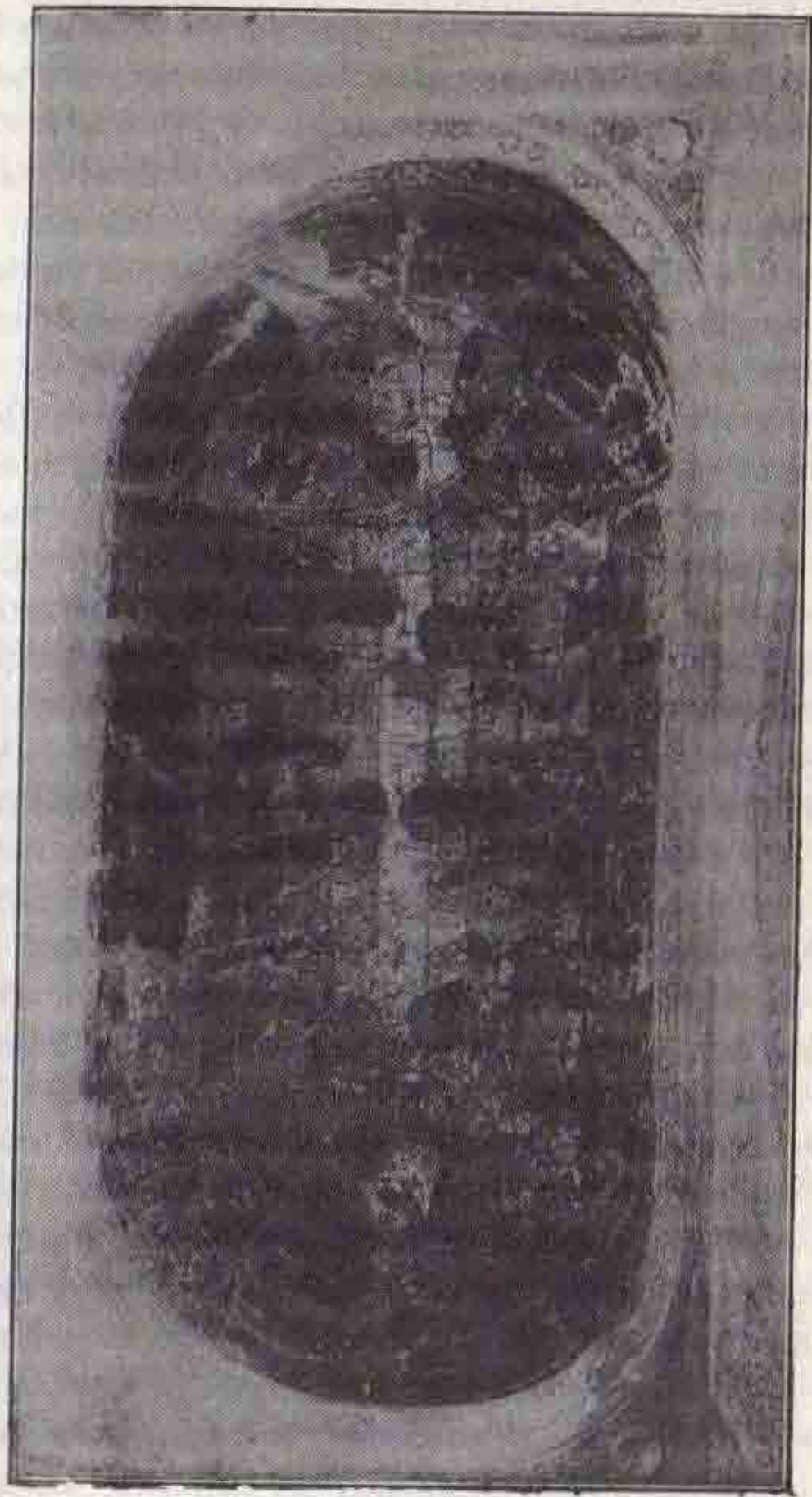
En el testero oriental del Patio se abren tres portadas iguales con preciosos arcos de mozárabes sostenidos por airoas columnas que

dan entrada a otros tantos compartimientos cuadrados, cada uno de los cuales recibe luz por ventanitas colocadas bajo sus cúpulas de estalactitas.

La Sala es hermosa y los adornos minuciosos, resultando su conjunto una extensa nave dividida en 7 partes. Su agradable y pintoresco aspecto está realzado por tenue luz sucesivamente interrumpida por los bellos adornos, cuyo estilo indica ser obra del mismo artífice que el Patio de los Leones.

Un mayor interés de esta Sala hállase reconcentrado en las tres alcobas que hay en su frente con techos pintados sobre cueros de Córdoba, los cuales han sido objeto de múltiples controversias. La del centro representa los retratos de los 10 primeros Reyes que hubo de la dinastía nazarita, desde Mohamed I hasta Mohamed V, y las de los otros dos techos son representaciones de cuentos caballerescos. El zócalo está restaurado, excepto las dos columnitas del final de la Sala, que son árabes. La pila árabe que recientemente se ha colocado en el centro debe ser influída por el arte bizantino. Alrededor tiene una inscripción árabe. Desde este sitio el cuadro que ofrece el Patio es soberbio por la transparencia de sus arcadas.

Se conservan a la derecha entrando en la Sala tres lápidas que pertenecieron a sepulturas de Reyes granadinos, y en la camarita



LOS SULTANES DE LA SALA O COMEDOR DEL CHIARTO DE LOS LEONES

frontera a la entrada, hay otras tres; la del centro perteneció al Príncipe Yusuf, hermano de Muley Hacem, tío de Boabdil, último Rey de Granada, año de 1450 a 1467.

En este primer departamento se observa sobre la clave de los primeros arcos el «Tanto Monta» de los Reyes Católicos con el yugo y las flechas a la derecha, donde están las tres lápidas, en donde se colocó un altar y se dijo la primera Misa el día 5 de Enero de 1492, o sea tres días después que el gran Cardenal de España, el Conde de Tendilla y otros caballeros enarbolaron el pendón de Santiago, continuando estos actos religiosos los días que regresaban los Reyes del Real Sitio de Santa-fé, y en tiempo de Felipe IV también se hicieron en esta Sala las funciones de Semana Santa y la procesión del Jueves Santo, recorriendo las galerías del Patio de los Leones.

Sería admirable y sumamente curioso el efecto que produciría esta hermosa Sala durante la religiosa ceremonia, ocupada por los Católicos Reyes y la mezcla de mitrados Obispos, frailes, caballeros cubiertos de acero y cortesanos vestidos de ricas sedas, entre cruces, báculos, religiosos estandartes, pendones y banderas de Aragón y Castilla desplegadas en señal de triunfo. Y ver tal vez en un rincón al futuro descubridor del Nuevo Mundo, humilde y olvidado espectador de la fiesta, en tanto que los Católicos Reyes, postrán-

dosc delante del Altar, elevaban un himno en acción de gracias por su victoria, acompañado de los sagrados acordes del «Te Deum».

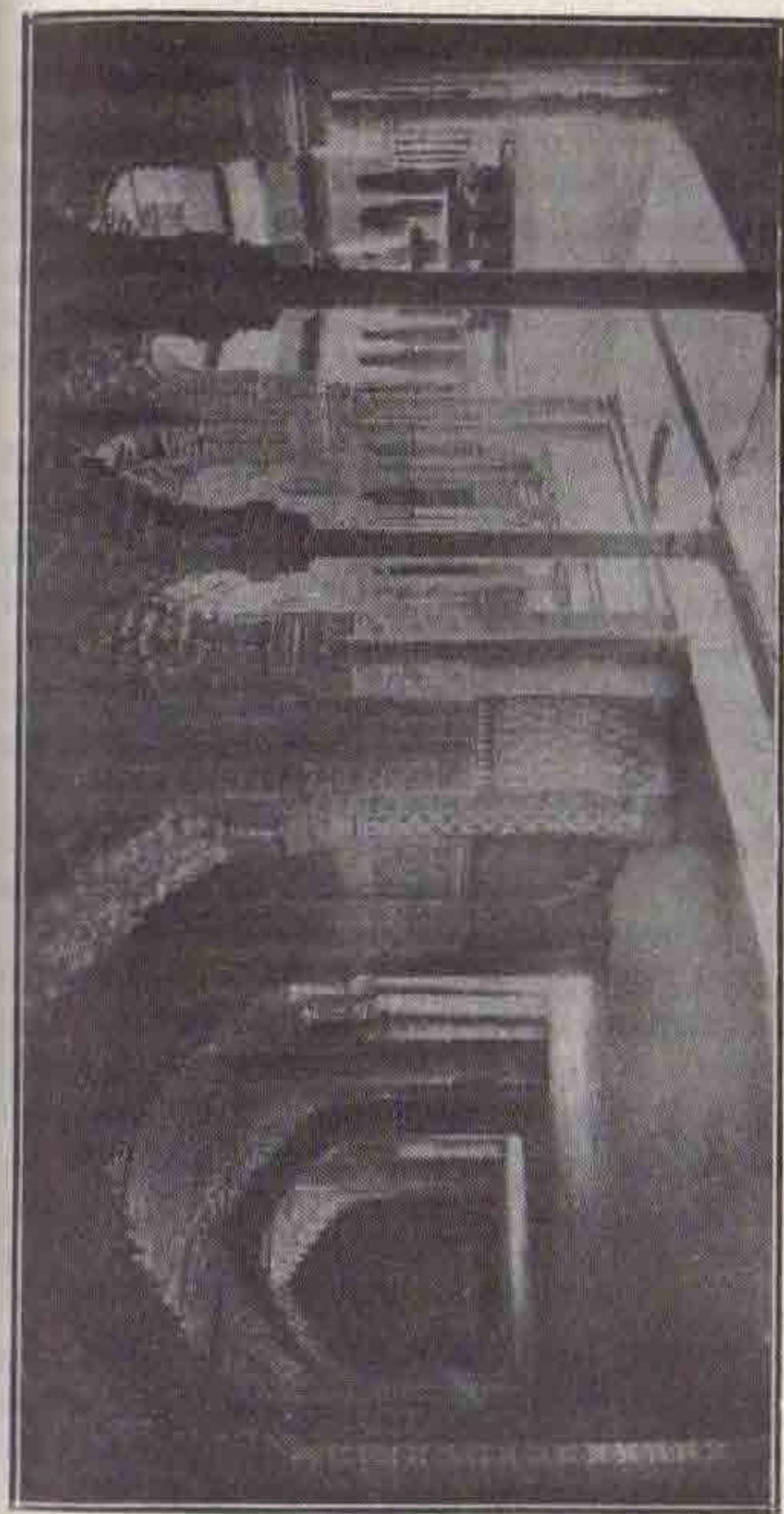
No cabe duda que esta Sala era el paraje de más permanente estancia de los Reyes. Sobre todo en verano; por eso llamáronle el Comedor. A su inmediación está la Cocina.

SALA DE DOS HERMANAS, O ANTI-
GUA RESIDENCIA DE LA SULTANA

Está frente del Cuarto del Rey y se entra en ella por una puerta de la misma época y exquisito gusto de la anterior, con elegante arco primorosamente labrado.

Esta Sala fué construída en los últimos años del reinado de Mohamed V, y se cree que su dirección estuvo confiada al arquitecto Aben Cencid.

Era una habitación que ocupaba la Reina o Sultana, y por consiguiente, la mansión favorita de los placeres orientales. Tiene a su entrada un pasadizo, que por la derecha se comunica con las habitaciones altas, de gran interés por su riqueza y ornamentación, sobre todo en el mirador, con delicados alicatados, las que serían ocupadas por la Reina y servidumbre. Por la izquierda, otro que da paso a un departamento abovedado que sirvió para uso particular (retrete o excusado).



COMEDOR DE LOS REYES CONOCIDO TAMBIÉN POR SALA DE LA JUSTICIA

La disposición de esta Sala es perfectamente regular; en cada lado hay un arco y encima otro pequeño que sirve de ventana al piso alto, excepto la frontera a la puerta de entrada, que sólo es decorativa y conserva la única celosía árabe que tenemos de la época en la Alhambra.

El vulgo cree que es debido el nombre de Sala de Dos Hermanas a las dos losas que cubren casi todo el pavimento; pero lo cierto es que los árabes pusieron a las Salas de este Palacio los nombres de cada uno de sus usos o personajes, de donde viene el nombre, de dos Princesas hermanas que habitaron estos departamentos.

Esta parte del Palacio es la mejor que se conserva, siendo tan hermosos sus alicatados que parecen de puro encaje.

Precisa gran atención para apreciar su valiente y estupenda cúpula, en la que se cuentan 5,000 alvéolos que hacen un conjunto encantador.

Tan bella es la Sala, que faltan ojos para ver este milagro del arte y este derroche de trabajo, en el cual parece no han tocado dedos humanos.

Por bajo de la cúpula avanzan pechinas de mocárabes sosteniendo un cuerpecillo ochavado con 16 ventanas que dan a la Sala una luz tranquila y misteriosa.

La ornamentación que tapiza sus muros,

como los elegantes arcos, es de excesivo mérito y lo más fino de la producción de la arquitectura árabe.

Los zócalos de azulejos son de finísima y complicada traza, observándose de trecho en trecho escuditos con el «Sólo Dios es vencedor».

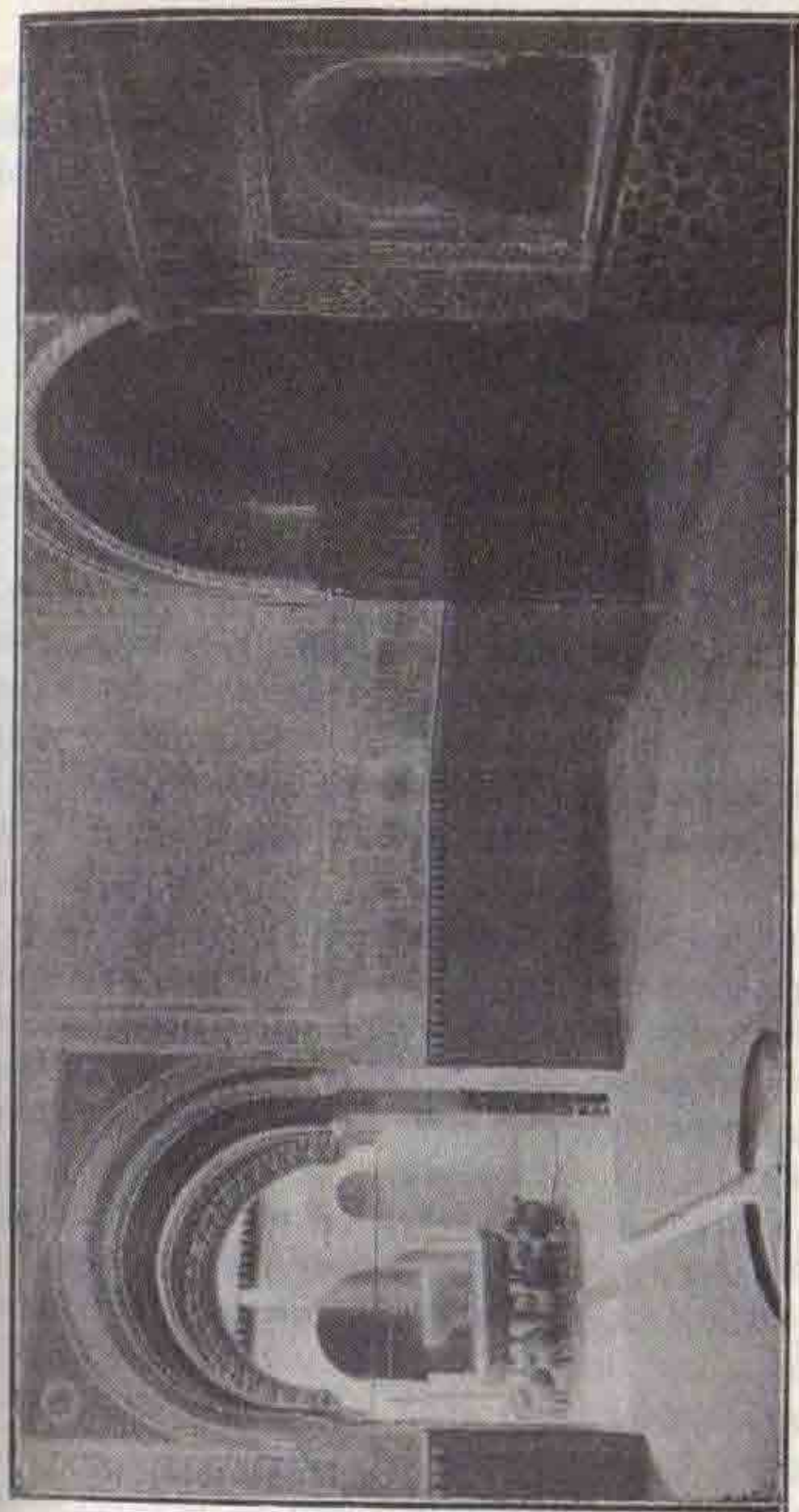
En ambos lados de la Sala hay dormitorios: el de la derecha tiene un ajimez con moderna celosía que da al bosque, y el de la izquierda fué ocupado por las Reinas o Sultanas, como también las habitaciones que hay contiguas, de donde baja la escalera que existía al Hamám, escalera que debe restaurarse para dar cumplida idea de aquella vida privada.

SALA DE LOS AJIMECES

Esta Sala está situada entre el Mirador de Daraxa y la Sala anterior; es cuadrilonga, y su techo es de mocárabes de delicada combinación, conservando aún restos de colores que dan a conocer su primitiva grandeza.

Tiene perdido el zócalo de azulejos y sus preciosos tapices.

Conserva dos ajimeces, que son los que le dan el nombre, y en tiempo del Emperador Carlos V se le abrieron dos puertas; la de la derecha daba a las Salas llamadas de las Frutas, que fué tapada por D. Rafael Contreras



SALA DE LAS DOS HERMANAS O ANTIGUA RESIDENCIA DE LA SULTANA

en 1876, y la de la izquierda es la que hoy da paso a las habitaciones modernas de Carlos V.

Su techo es una maravilla geométrica.

MIRADOR DE DARAXA

Vulgarmente se le denomina a este mirador con el nombre de Mirador de Lindaraja.

Éntrase en este templete por un arco angular de mocárabes con adorno de peregrino estilo, verdadera maravilla del arte árabe en España; y en el intradós de sus jambas se lee esta poesía:

«Cada una de las artes me ha enriquecido con su especial belleza y dotado de su esplendor y perfecciones.

»Aquel que me ve, juzgue por mí la hermosura de la esposa, que se dirige a este vaso y le pide sus favores. Cuando el que me mira, contempla atentamente mi hermosura, se engaña la mirada de sus ojos con una apariencia. Pues al mirar a mi espléndido fondo, cree que la luna llena tiene aquí fija su morada, habiendo abandonado sus mansiones por las mías. No estoy sola, pues desde aquí contemplo un jardín admirable; no vieron los ojos cosa semejante a él. Este es el Palacio de Cristal; sin embargo, ha habido quien al verlo lo ha juzgado un océano proceloso y conmo-

vido. Todo esto lo construyó el Imán Ibn Nazar (Mohamed V); sea Dios guardián para los demás Reyes de su grandeza. Sus ascendientes en la antigüedad alcanzaron la mayor elevación, pues ellos hospedaron al Profeta y a sus deudos».

El segundo verso puede explicarse fácilmente, suponiendo que estas poesías se compusieron para rodear dos taquillas de las que según advertimos, servían para tener vasos de agua a la entrada de las habitaciones.

Debajo está el zócalo de azulejos más primorosos de la cerámica árabe granadina, y para comprender lo pasmoso de su trabajo, baste observar que tan diminutas piezas (algunas del tamaño de cabeza de alfiler) se recortaban en la forma conveniente después de cocido y vidriado el barro.

En lugar de almenillas remata el zócalo con estos letreros:

«La ayuda y la protección de Dios y una victoria espléndida sean para nuestro señor Abu-Abdallah, emir de los musulimes. Gloria a nuestro señor el Sultán Abu-Abdallah, hijo de nuestro señor el Sultán Abul-Hachah».

El umbral es también de piezas vidriadas, aunque mayores y con distinta traza.

El Mirador forma un aposento rectangular con dos arcos en el frente y otro a cada lado, desde los cuales se gozaba de la vista del jardín y del Albayzín antes que las construccio-

nes del siglo XVI lo dejasen reducido a Patio, el cual sólo tiene árabe las columnas y la segunda taza de la fuente (todo ello trasladado allí de otros lugares derruídos).

En torno de los arcos se encuentra la siguiente poesía:

«Aquí esparce la brisa su aliento, la atmósfera es sana y el céfiro sutil. He llegado a reunir todas las bellezas.

»De ellas toman su luz los astros en el alto firmamento. Ciertamente yo soy en este jardín la alegría de mi señor Mohamed, el de más alto renombre, el de condición más majestuosa. Luce en el firmamento de la monarquía la luna de la buena dirección, cuyos beneficios son duraderos y espléndido su fulgor. Y no es otro él, sino el sol que tiene constituida su mansión, y allí donde derrama su luz, allí va esparciendo beneficios. Contempla desde mí la extensión de su reino, cuando brilla en el trono del Califato manifestando su esplendor. Vuelve tu vista hacia el lugar donde los céfiros juegan y a donde tornan tranquilos después de haberle rendido sus homenajes. Contempla en aquellos parajes tanta amenidad. Tu vista queda extática y absorto tu entendimiento. Aparece en este sitio un firmamento de cristal que causa admiración; sobre su superficie se halla estampada la belleza, y con ella se ostenta enriquecida. Dispuestos se hallan en él los colores y la luz de tal suerte, que

pueden tomarse o como cosas distintas o bien como cosas semejantes».

El techo era de vidrios estrellados (hoy cristales de color).

Encima hay arcos de poco relieve, y en los espacios triangulares vense grandes inscripciones cúficas y otras más reducidas en tarjetones formados por los rasgos de la primera. A la derecha hay ésta:

«La ayuda y la protección de Dios y una victoria espléndida sean para nuestro señor Abu-Abdallah, emir de los musulimes».

Y en letras pequeñas la siguiente:

«Gloria a nuestro señor Abu-Abdallah; ayude Dios su poder».

En el frente hay otra que dice así:

«Gloria a nuestro señor Abu-Abdallah Algani Billan; ayude Dios su poder y prolongue su dicha».

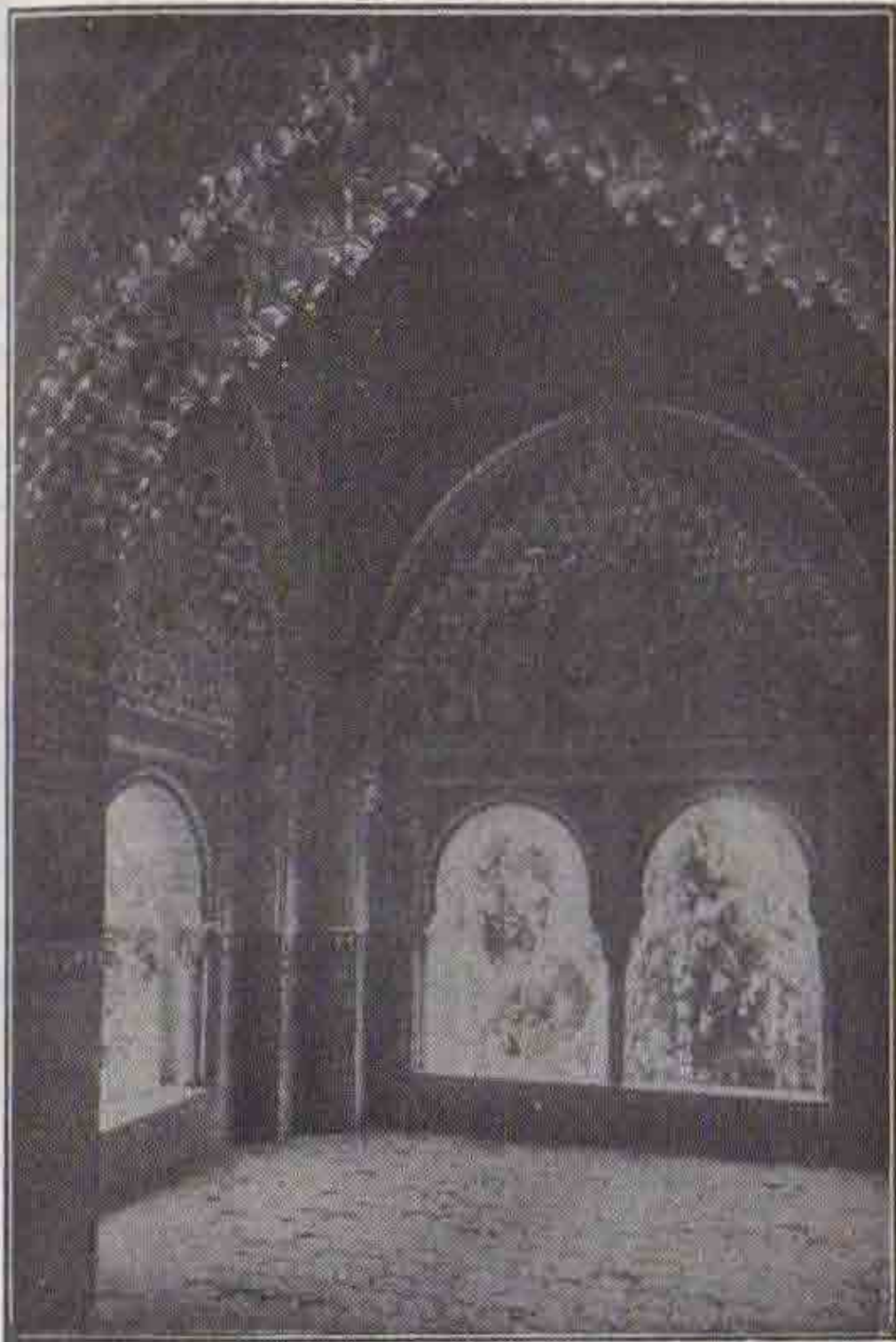
Y en tarjetas más pequeñas estas tres:

«Dios es el mejor guardador y el más misericordioso de los misericordiosos». «Dios el grande, único, posee la verdad. Alabanza a Dios por el beneficio del Islam». «Alabanza al Dios único. Gracias a Dios».

Por último, a la izquierda se lee:

«Gloria al vencedor de las ciudades, y al que descuella en la sucesión de los tiempos, nuestro señor Abu-Abdallah, honor de los Beni-Andar».

No queremos salir de este antiguo Mirador,



MIRADOR DE DARAXA

sin recordar aquellas palabras de Víctor Hugo: «¡Una Alhambra hay en el mundo, y esa está en Granada!» Razón tenía tan eminente escritor, pues ni en sueños nunca pudo Daraxa imaginar tantos encantos. Todo resulta pálido cuando desde este sitio mirando el Patio de los Leones se contempla ese milagro del arte, sólo comparado en los cuentos de «Las mil y una noches» (1).

¡Qué sería cuando se veía desde allí Granada y sus cármenes, panorama tapado hoy por la horrible construcción interina de las ruinosas habitaciones de Carlos V!

En este Mirador terminaba esta interesante parte del Palacio, ocupado sólo por los Reyes nazaritas. Pero en tiempo del Emperador Carlos V se abrió una puerta a la Sala de los Ajimeces para dar paso por moderno corredor de pésimo gusto. Es lógico el pasar de esta interesante parte del Palacio al Hamam o Baño particular de los Sultanes.

(1) La traducción morisca que conservó Pérez de Hita, hizo un personaje de Lindaraja. La corrupción ortográfica de Lindaraja, y éste a su vez de L'airadar-Aixa (ojos de la casa de Aix).

A Daraxa, es a la que se suponía dedicado este Mirador, que imaginó ser en su magnífica novela histórica Pérez de Hita, origen de todas las leyendas actuales, hija de un Alcaide de Málaga.

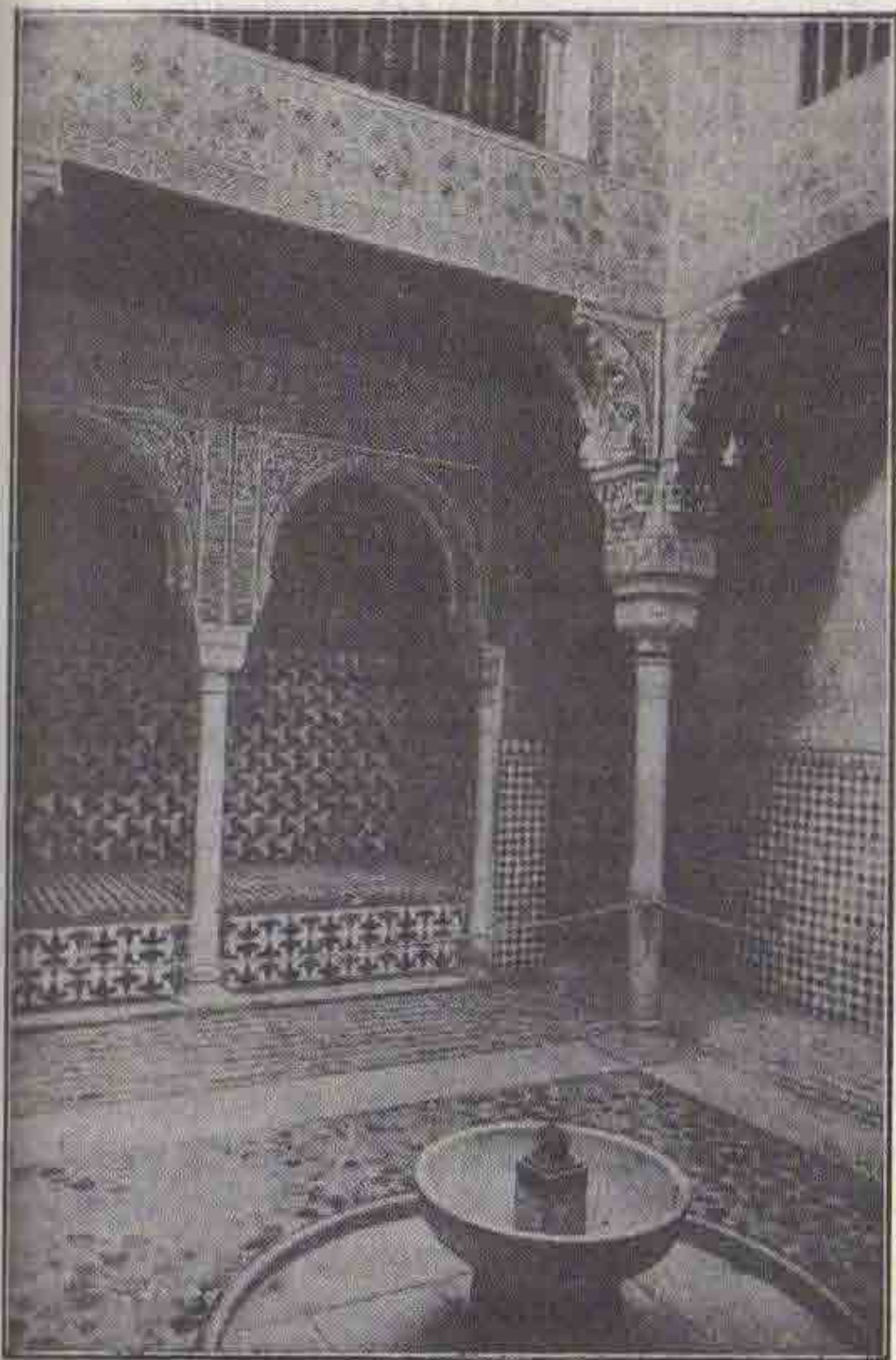
SALA DE REPOSO DEL HAMAM

Quien por primera vez entra en ella, queda agradablemente sorprendido. Es la parte del Palacio que pudiéramos llamar nido de amorosos deleites; es donde todo respira sensualismo y voluptuosidad y todo convida al placer.

Por amenazar ruina la Sala, hubo que pensar en restaurarla. Aprobado su proyecto en 1843 y empezada su restauración, después continuaron las obras en 1866, si bien gran parte es aún antigua, como el techo, las columnas, el pavimento, los azulejos de las camas y zócalos y parte de sus arabescos. Dicha restauración es debida al inolvidable señor Contreras, nombrado por S. M. D.^a Isabel II Restaurador de la Alhambra en 1847.

Con maestría supo interpretar fielmente todas las restauraciones, que dió lugar a que el Gobierno en 1870 lo encargara definitivamente de su conservación.

Tiene esta Sala alrededor angosta galería con techos de lazos, dejando un cuadro en el centro, sostenido con cuatro bellas columnas que apoyan ménsulas y dinteles: encima se abren anchos vanos rectangulares correspondientes al corredor que se ve encima, donde hay una inscripción alusiva a Mohamed V, y



SALA DE REPOSÓ DEL HAMAN

cuentan las crónicas tocaban músicos en él durante el baño y las odaliscas pulsaban las arpas y cantaban.

Para conocer, pues, el tiempo en que esta habitación fué labrada, hemos de atenernos a su forma general y carácter de la ornamentación, que indudablemente descubren a Yusuf I, por su construcción.

Derraman luz en el aposento 16 ventanas abiertas junto al artesonado de lazo con ancha cornisa de almocárabes.

La fuente que hay en medio recuerda la taza pequeña de los Leones, y el pavimento es de azulejos formando traza geométrica que se adapta con admirable regularidad al círculo de la fuente; este suelo y los de la galería fueron restaurados en 1541 y 1542 por Francisco de las Maderas, e Isabel de Robles hizo en su alfarería las piezas vidriadas necesarias.

Los testeros de Este y Oeste de la Sala tienen en sus centros dobles arcos sostenidos por columnas que pertenecen a alhamíes o divanes donde se recostaban para descansar después del baño; hay puertecitas en sus cuatro ángulos; una sirve de entrada, otra conduce a la antigua escalera (hoy cerrada por estar en restauración), que en tiempo de los árabes era la escalera principal que daba comunicación al Patio de Comarex.

Por la opuesta a la primera se iba a los jardines de Daraxa y Sala de los Secretos, y

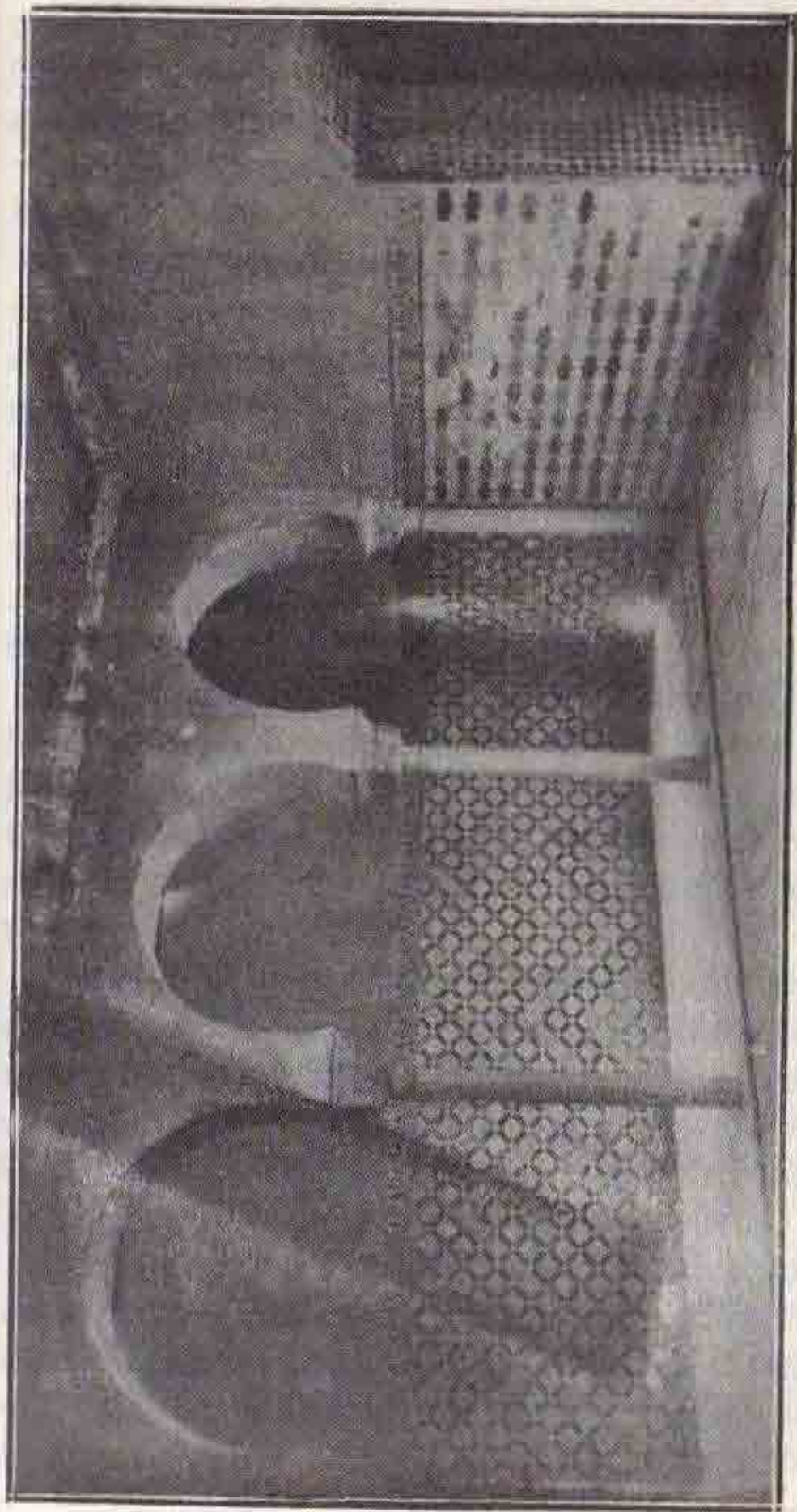
dentro de la otra hay un pasadizo con dos arcos; el de enfrente da ascenso a un retrete o W. C. con su callejón y dos aposentos, uno de ellos abovedado, que es el verdadero sitio excusado con paso constante de agua por su parte inferior.

El otro arco es el que hace comunicación con el Hamam.

EL HAMAM. — SALA DE MASAJE

Sus aposentos hoy están faltos de reparación y forman mal contraste con la anterior Sala de Descanso, tan ricamente restaurada. Sus bóvedas están taladradas por lumbreras en forma de estrellas, que tuvieron en otro tiempo vidrios de colores; las puertas son arcos escorzados, y en todos se conocen las señales de haber tenido puerta de una sola hoja. Los pavimentos de mármol blanco y las paredes ostentan zócalos de azulejos con sencillas trazas.

En la primera estancia ábrese un arco de herradura apuntado con un pilar o pila de mármol con sólo agua fría para abluciones; después hay una segunda habitación a modo de distribuidor, y más allá otra como la primera, decorada con azulejos más finos. Desde el distribuidor se va al aposento o salón



EL HAMAN O SALA DE MASAJE

central de los baños en que a los costados hay alcobas con tres arcos de herradura con elegantes columnas y hermosos capiteles.

Este salón era indiscutiblemente la Sala del Masaje.

A continuación una estancia dividida en tres partes por grandes arcos de herradura; la alcoba de la izquierda la llena una gran pila para agua templada, en cuyo frente se abre un pequeño nicho con arquito de mármol primorosamente labrado que tiene alrededor elegante poesía; el nicho está cubierto de azulejos y a un lado se conserva el caño por donde salía el agua caliente perfumada.

Las paredes y suelo de esta habitación estaban excesivamente caldeadas, y el segundo baño, o sea el de la derecha se halla dispuesto de una manera que el agua vertida en él corría por ancho canal hasta la entrada de los baños.

Un arco central (entrada principal) que hay en esta misma Sala con azulejos, estaba cerrado para una gran caldera de cobre para calentar el agua (colocada en la época de Carlos V), la cual se conservó hasta el año 1779, y medía dos varas de circunferencia.

En tiempo de los árabes ese arco central daba paso a una escalera que bajaba directamente desde el cuarto de la Sultana (al lado de la alcoba de la Sala de dos Hermanas) habitación que por su situación indica claramen-

te su uso de haber servido para tocador de la señora.

Tuve el honor de asistir personalmente a los descubrimientos de esta escalera, que viene a aclarar de manera palpable la vida íntima de la Alhambra, por lo que es muy necesario que se restablezca.



CAPÍTULO VIII

Alhambra.—Parte militar

TORRES QUE CERCAN EL RECINTO

Torres de la Pólvora o de la Guardia, Torre de la Vela, Torre de los Hidalgos y Caballerizas, Torre y Puerta de las Armas, Torre de Alquiza, Torre del Criado del Doctor Ortiz, Torre del Adarguero, Torre Quebrada o de Cantón, Torre del Homenaje, Torre de la Gallina, Torre de los Puñales y Aposento de Machuca; Torre de Comarex, Torre de Abul Hachah, Torre de las Damas, Torre de los Picos, Torre del Baluarte, Torre del Cadí, Torre de la Cautiva, Torre de las Infantas, Torre del Cubo de la Carrera, Torre del Agua, Torre en que vivió Juan de Arce, Torre en que vivió Juan de la Cruz, Torre y Puerta de Siete Sue-

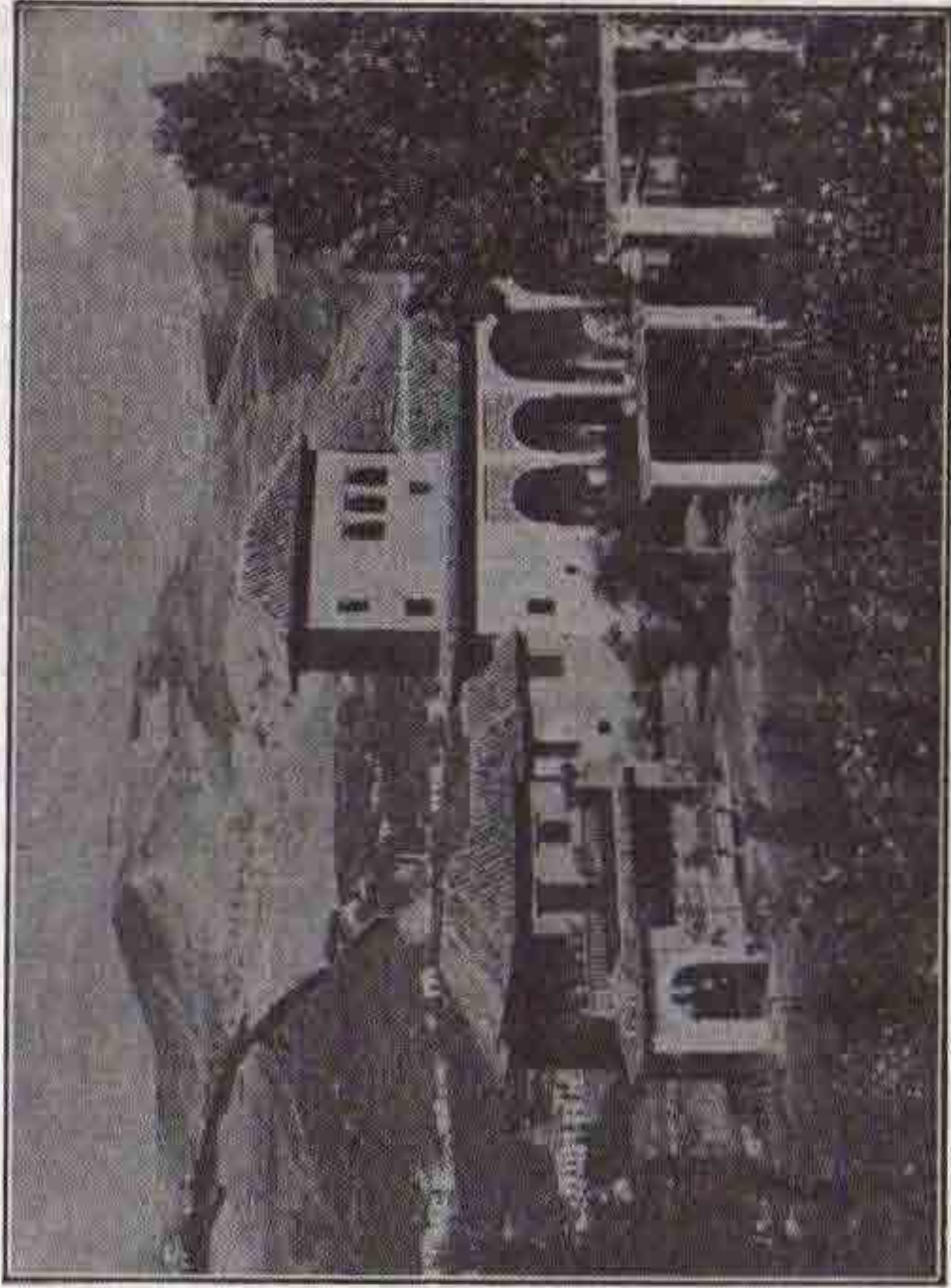
los, Torre del Capitán, Torre de la Bruja, Torre de las Cabezas, Torre y Puerta de los Carros, Torre de Barba, Torre de Peralada, Torre y Puerta de la Justicia, Torre de las Rocas.

Las de más interés por su ornamentación, son: Torre de las Damas, de las Infantas y de la Cautiva.

TORRE DE LAS DAMAS O DEL PRÍNCIPE

Descubierto por el Arquitecto D. Modesto Cendoya el estanque en que esta Torre refleja su magnífico y finísimo pórtico, el aspecto y perspectiva de la misma nos da la sensación de la perfección y delicadeza a que llegaron los árabes granadinos en la aspiración de sus fantasías. Este estanque llamábase antiguamente Alberca de Partali—palabra que en árabe quiere decir Pórtico—natural denominación a causa del de la mágica entrada de la Torre.

Se le debe la consolidación y salvación de este maravilloso palacete al mismo Arquitecto señor Cendoya, gracias a cuya pericia pudo rehacer la cimentación entera y anudar los muros rotos con huecos y ventanas abiertas al azar para distribuir aquella joya en vulgar casa de un señor alemán que, después de arrancar el techo y cometer otros vandalismos tuvo por lo menos el buen sentido de donar el edificio antes que se hundiese.



TORRE DE LAS DAMAS O DEL PRÍNCIPE

La parte alta tiene un mirador que pisa en parte sobre la galería, y cuyas paredes ostentan uno de los más finos y más menudos ornatos de la Alhambra. Es asombrosa también la cerámica de esta Torre, por su gusto en dos únicos colores.

Al subir a ella tiene entrada por la habitación adosada a la misma, en que D. Modesto Cendoya descubrió también las pinturas famosas, y que por el adjunto fotograbado puede el lector juzgar de su excepcional interés.

Estas pinturas están sobre un enlucido del siglo XIV, debajo del cual se ve el primer revoco de la primitiva obra del siglo XIII a principios del XIV.

Hoy se ha verificado con verdadera injuria del arte una lamentable restauración de este edificio. No sé ni de quién es la iniciativa de la injuria, ni quién la ha aprobado ni determinado la ejecución de esa vergonzosa obra, digna de un garage.

¿Pero qué diría el autor, si cuando se derrumbó una de las pilas de la Catedral de Sevilla se hubiese rehecho con un bárbaro pilar cuadrado de ordinaria mampostería de ladrillo?...

TORRE DE LA CAUTIVA

A Levante de la Torre del Kaid se halla la Torre de la Cautiva, llamada también en el

siglo XVI de la Dama, donde es tradición estuvo prisionera Doña Isabel de Solís.

Esta Torre la construyó Abul Hachah. Sus inscripciones así lo corroboran. Es de tan delicado gusto y los alicatados son modelos tan nuevos en su género y las labores de azulejos son tan extraordinarias, que es indiscutible que se empleó en ella un esmero especial, lo cual da a entender que efectivamente vivió Sultana o Princesa que dió pie a la tradicional leyenda, que por otra parte está confirmada por la interesantísima narración que nos hace Hernando de Baeza, que dice así:

«Sucedió que Almogábares moros que entraron a saltar tierra de cristianos, mandados por un adalid de Aguilar, que es lugar a 7 leguas de Córdoba; y acaeció que un sábado, porque al otro día era domingo que no salían las gentes al campo, encontraron ciertos niños e los captivaron, entre los cuales tomaron una mozuela de 12 años. Vendieron los niños en Granada, e la mozuela entró en el quinto que pertenecía al Rey. Este la dió a su hija e tenía cargo de barrerle la cámara e ansi la conocí yo. Estando ella en el Alcázar como este Rey como otros dados a lujuria, envolvióse con ella e mandábala llamar con un pagecico de noche, e todas las doncellas de la Reina fueron avisadas e supieron de como había pasado a una cámara donde el Rey estaba. Aguardáronla, y con los chanclos de sus pies die-

ron muchos golpes hasta que quedóse casi muerta.»

«Hubo el Rey mucho sentir de esto e columbró que pudiera ser mandato de la Reina Aixa.»

«A poco tiempo vino la Pascua del Ramadán. A que este tiempo es uso entre moros que todos suben a hacer reverencia al Emir e a la Sultana e besarles la mano. Consultado el Rey por los grandes respondióles que hicieran acatamiento e reverencia a la Romía. Este nombre suelen llamar los moros a las cristianas que se tornan moras, que quiere decir persona que hubo de ser sujeta a señoría romano. E así lo hicieron como el Rey lo hubo mandado. Desde aqueste tiempo hizo vida con ella e fué tenida por Sultana. Entonces nunca a la Reina Aixa no volvióla a ver. Antes tenía casa e su servidumbre en el cuarto de los leones e mandóla con sus hijos al Palacio de Comarex. Hubo dos hijos con Zoraiya que a luego se hicieron cristianos. Cad fué Fernando por apadrino del Rey Católico, e Nazar fué Don Juan por el Príncipe nuestro Señor.»

Contaba la conseja que en el primer tiempo de su cautiverio quiso la niña escapar de esta Torre por uno de los ajimeces, esperada por un hermano suyo al pie de la muralla, mas advertidos los guardianes por las mazas que la vigilaban, impidieron su fuga, y que des-

de entonces viene el nombre de Torre de la Cautiva.

TORRE DE LAS INFANTAS

En el siglo XVI llamaban a esta Torre, situada inmediata a la de la Cautiva, la Torre de Kintarnaya. Su tradición es que en ella vivían las hijas del Emir, y efectivamente, su riqueza, su lujo y sus finísimos detalles indican minucioso cuidado y hecha para la vida de hembras de gran situación social. Al mismo tiempo, su distribución indica múltiples alcobas de importancia. Sus inscripciones repiten el nombre del Sultán Mahomet VII, lo cual nos indica por su fecha (1392 a 1408) que esta Torre, o por lo menos su decorado y lujo, es el más moderno de todos los que conocemos en la Alhambra.

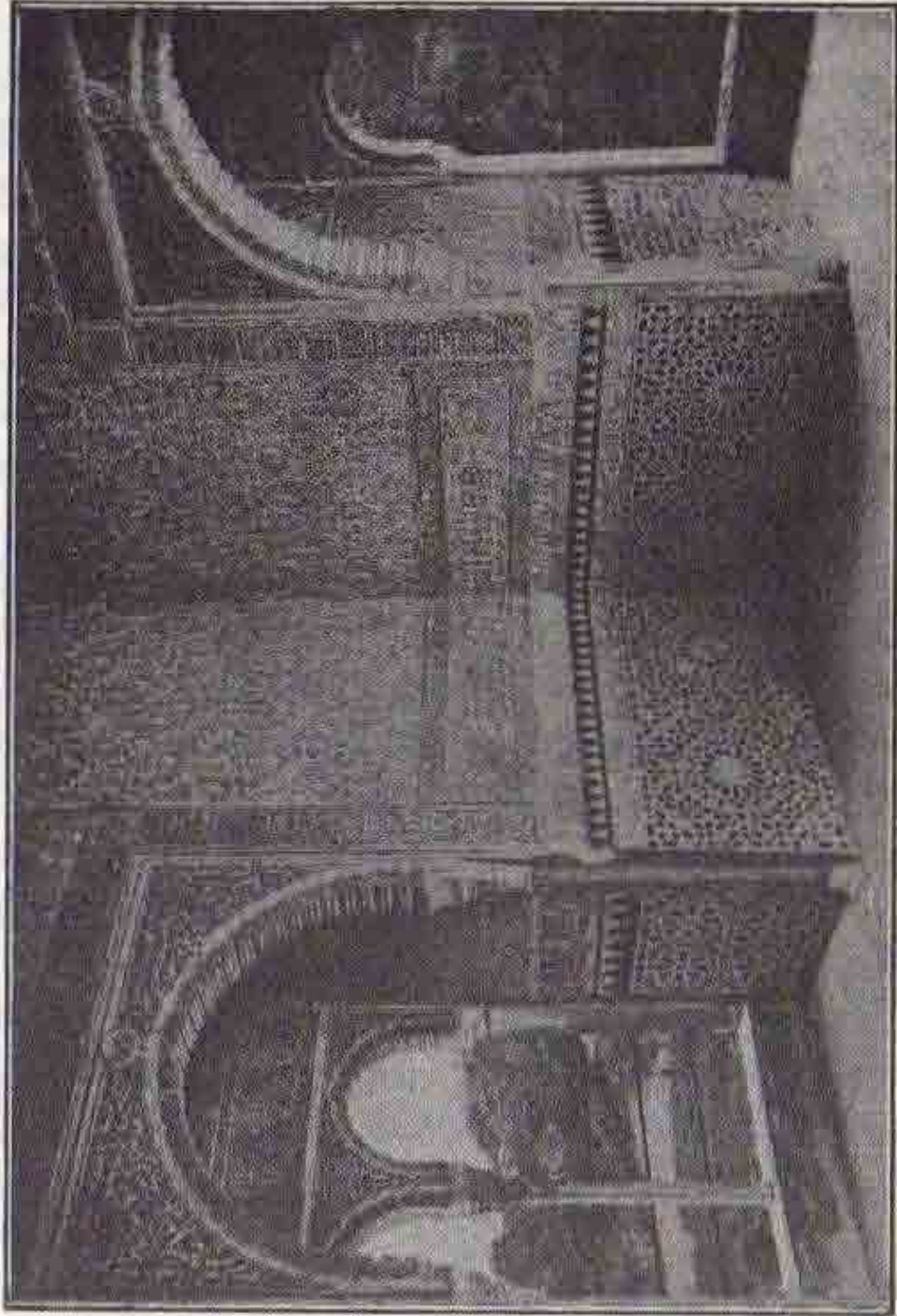
Desde luego se ve en el dibujo un principio de decadencia.

De todos modos, es un delicioso palacete.

PALACIO DE INFANTES O CON-

VENTO DE SAN FRANCISCO :-:

Este Palacio árabe, construido en el siglo XIV por el Sultán Mahomet V, según rezan sus inscripciones, llamábase en tiempo de los



TORRE DE LA CAUTIVA

En la torre de la cautiva, que se encuentra en el interior de la fortaleza, se conserva un interesante conjunto de murales que representan escenas de la vida cotidiana de los habitantes de la zona durante el período colonial. Estas pinturas, que datan del siglo XVII, muestran a grupos de personas en diversas actividades, como el cultivo de la tierra, el comercio y la celebración de festividades. La torre misma, que forma parte de las defensas de la ciudad, fue construida por los españoles para controlar el acceso a la zona portuaria y proteger a la población de posibles ataques de piratas o de las fuerzas indígenas rebeldes.

árabes, de Infantes, lo cual indica que fué estancia de los numerosos hijos de los Sultanes de Granada.

Su estructura se asemejaba a la del Palacio del Generalife, con patio largo y estrecha fuente a modo de canal. Del principal mirador de este Palacio hízose después de la Reconquista el altar mayor del Convento de San Francisco.

Fundó este Convento D. Hernando de Talavera, y en esta condición duró hasta la expulsión de los frailes en 1835.

Es notable, por la circunstancia de que estuvieron allí enterrados los Reyes Católicos mientras se acababa la construcción de la Capilla Real, fundada por ellos para su enterramiento, a donde fueron trasladados en 1521.

También le fué concedida por Real cédula sepultura al célebre Conde de Tendilla en el mismo lugar.

Cuentan algunos historiadores otra circunstancia curiosa de este Convento, y es que en él estuvo albergado y recogido por Hernando de Talavera, a la sazón Arzobispo de Granada, el famoso gran Visir de Boabdil, Aben Comixa.

Cuentan que cuando lo arrojó irritado Boabdil de su feudo en Andarax, por traidor, vino-se a Granada a pedir consejo a Fray Hernando de Talavera, y éste, convenciéndole de sus muchos pecados convirtióle a nuestra Fe y lo

tuvo recogido hasta decidirle a tomar el hábito de lego en la orden de San Francisco.

No debió durar mucho el convencimiento del turbulento visir, cuando años después le vemos aparecer de nuevo en la toma de Argel por Pedro Navarro en tiempo del Cardenal Cisneros. Por cierto que no abandonó nunca su mala condición de traidor, pues él fué el que trató con Pedro Navarro el medio de sorpresa de la plaza de Argel, y enterado el Bey de Argel de tamaña infamia, dicen, que al verle, ante los mismos soldados españoles, lo mató con su alfanje.

Alrededor de este Convento, antes Palacio de Infantes, eran todo jardines en tiempo de los árabes. Lo que hoy es huerta de San Francisco y todos los cármenes a continuación y enfrente de la Torre de las Damas, que hoy son propiedad de particulares, hay interesantísimos vestigios en lo que se conocía en el siglo anterior por «Casa de las Viudas» y en la huerta donde existió el Palacio de los Marqueses de Mondéjar.

Lástima grande es que no acaben de convencerse los gobiernos y Directores de Bellas Artes de la absoluta necesidad de dejar libre el recinto de la Alhambra de toda propiedad particular, pues no se pueden restablecer los famosos jardines del Harem, ni poner en claro la Alhambra, mientras no se haga la expropiación dentro del recinto murado.



CAPITULO IX

PUERTA DEL VINO

Se encuentra a la derecha subiendo de la Puerta de la Justicia y frente a la Alcazaba. Fué en tiempo de los árabes la entrada al Palacio de los Reyes Nazaritas.

Encima hay un dintel que lleva esculpida la llave, símbolo de amo que puede abrir y cerrar la puerta, y encima un ajimez con finísima inscripción: «Gloria al Sultán Abu-Abdallá Bilab (Mahomed V).

Son de notar por su excepcional mérito, los azulejos que adornan las pechinas del arco interior. Indudablemente fueron ejecutados en Granada (siglo XIV).

El símbolo que hay encima de esta Puerta, es igual al que hay grabado en el de la Justicia. Esto es: que uno y otro signo representan

el poder de abrir y cerrar las puertas del Cielo, concedido al Profeta, y el que los moros andaluces tenían en uso.

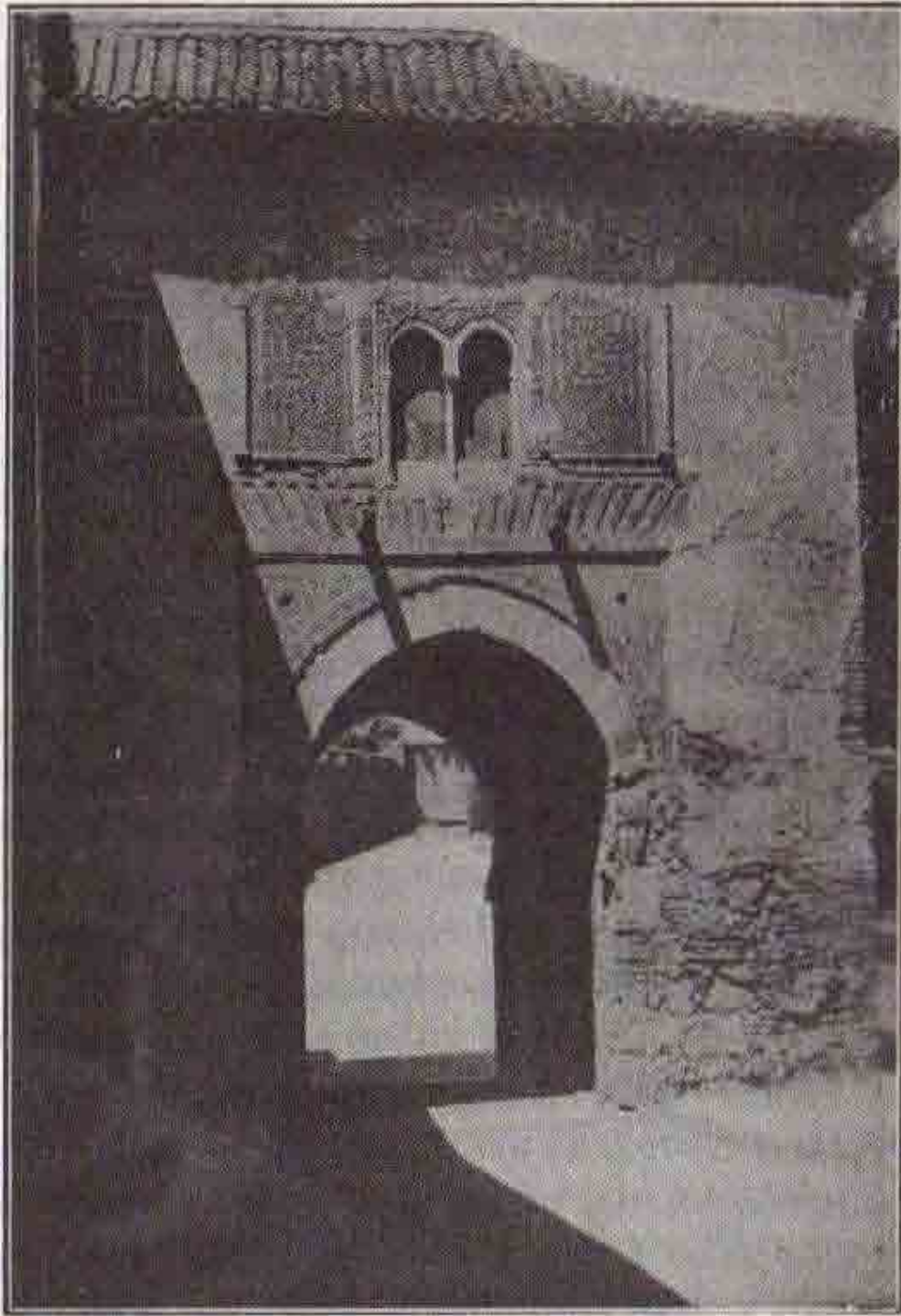
Tiene también más arriba una inscripción alusiva al fundador Abul Abdallah, y el interior de la Puerta no ofrece interés alguno, teniendo otro arco y ajimez al lado frontero al primero.

PLAZA DE LOS ALJIBES

También al subir de la Puerta Judiciaria está la gran Plaza de los Aljibes, que toma este nombre por el aljibe que hay bajo su pavimento, y que se compone de tres naves inmensas de 44 metros de longitud y 8'50 de altura, con dos escaleras en sus extremos. Este gran depósito de agua, de perfecta claridad, estaba destinado para la guarnición y fué restaurado por el Conde de Tendilla en el siglo XVI.

Las restauraciones y obras posteriores dieron lugar a que esta Plaza se rellenase con los escombros, y sobre todo con los que sacaban al construirse el Palacio de Carlos V y al derribar la muralla que guardaba el Alcázar desde la Puerta del Vino.

Los jardines que hoy existen delante del Palacio árabe y el de Carlos V, son muy modernos.



PUERTA DEL VINO

PUERTA DE LA JUSTICIA O DE LA LEY

Subiendo la cuesta pendiente que hay a la izquierda, pasando la Puerta de las Granadas, hay un hermoso y artístico Pilar o fuente monumental de tiempo del Emperador Carlos V, debido al maravilloso ingenio del arquitecto Pedro Machuca. Contigua a ésta, al volver la vista, aparece la majestuosa Puerta de la Justicia, llamada por los árabes «Puerta de la Ley».

Pasando su hermoso umbral y detrás de su primer arco hay un espacio descubierto para su defensa, y en la pared frontera se abre otro marmóreo más pequeño de idéntica forma que el anterior, con tallados capiteles y una inscripción de alabanza a Dios y a Abul Walid.

La puerta de entrada está forrada de hierros con sus cerrojos auténticos.

En su parte alta conserva un estupendo frontal de cerámica. Sobre la clave es de notar la mano, signo de la Ley con los cinco dedos extendidos grabada en hueco. Esta mano significa los cinco mandamientos: unidad de Dios, oración, ayuno, limosna y peregrinación a la Meca. Por lo cual la mano abierta era el amuleto que más vemos reproducido y que usaban al cuello moros y moriscas.

JARDINES DE LOS ADARVES

Tienen su entrada frente a la Puerta del Vino, por el lado Poniente y a la izquierda de la que da ingreso a la Alcazaba y Torre de la Vela.

Este adarve lo mandó ensanchar Tendilla, sin duda para reforzar el muro, que estaba ruinoso.

Esta parte de la Alhambra es tan original, tan bella como no pudo concebirlo la más soñadora fantasía, causando profunda emoción a cuantos han tenido la dicha de visitar este paraíso terrenal.

Conserva hermosos jardines, que fueron mandados construir en tiempo del Emperador, empleando en la construcción gran parte de un tesoro que según la tradición se encontró escondido en esta parte de la fortaleza.

Tiene a la entrada una fuente en el centro, cuya taza es árabe. Las flores de suaves emanaciones saturan el ambiente de exquisita fragancia, y a la derecha hay un pilar, que por los bajo-relieves que conserva parecen ser de Machuca.

De la misma época hay otro al final de los jardines, bajo una glorieta que conduce a un hermoso mirador con panorámicas vistas que

exceden a toda ponderación, teniendo a su frente la interminable vega.

A la izquierda, la sorprendente Sierra Nevada, al pie de soberbio dosel de nívea blancura recamado de rubíes y oro, que a tal se asemeja la puesta del sol. Cuando tú, lector, veas este panorama único en el mundo, juzgarás por tí mismo de la belleza insuperable de Granada. Y ya con la luz más tenue, espérate, y verás lo que el Creador del mundo derramó de belleza sobre este rincón de la tierra.

Completa este delicioso panorama la ciudad de tantas glorias con sus templos y monumentos y el poético Albayzín con sus tortuosas calles y amenos cármenes poblados de flores.

Volviendo del mirador hay una pequeña puerta a la izquierda con escalera que conduce a la antigua plaza de Armas o de la Artillería, de la Alcazaba Alhisán, edificada indiscutiblemente por Alhamar.

En esta parte se están haciendo importantes descubrimientos, tanto en la parte alta como a la derecha de los mismos, donde se descubren dos galerías con preciosos arcos árabes en perfecto estado de conservación, las que conducen por bajo de la Torre de la Vela a la Puerta de las Armas, una de las que los árabes tenían como entrada.

Toda esta parte de la Alhambra, empezando por los Adarves, ha estado muchos años

completamente abandonada, hasta que D. Modesto Cendoya ha puesto en claro la extraordinaria importancia de esta fortaleza, superior a todas las conocidas de su época. Necesitaríamos un libro aparte para su descripción.

ALCAZABA

Pasando un ancho camino de ronda que hay al lado de la Puerta de las Armas, nos encontramos en la hermosa fortaleza artillada, y subiendo una pequeña cuesta por bajo de la gran Torre del Homenaje, está la soberbia Plaza de Armas, recinto amurallado que sin duda es la parte más antigua de la Alhambra, pues el gran Alhamar construyó y aún habitó estos alcázares antes que hicieran las primitivas habitaciones que embellecieron el peregrino Palacio de los reyes Nazaritas.

También en tiempo del Arquitecto Cendoya se ha descubierto allí otro Hamam o baño que demuestra la importancia de los personajes que allí moraban.

Entre las Torres que cercan este recinto, merecen especial mención las de la Vela, Homenaje, Torre Quebrada y Torre de las Armas, bajo la cual se encuentra la Puerta del mismo nombre, la que servía para dar ingreso desde la población antigua a la Alcazaba y demás alcázares de la Alhambra.

TORRE DE LA VELA O TORRE DEL SOL
(QUE ERA SU NOMBRE PRIMITIVO)

Esta Torre es la más hermosa de las muchas que embellecieron este sitio durante la dominación árabe, pues descuella entre todas por su altura, su grandeza y recuerdos históricos; los árabes la llamaron también de Abul Gafiar.

Sus vistas son más sorprendentes aun que las del Jardín de los Adarves.

Puede decirse que la Torre de la Vela y su Alcazaba existían en la segunda mitad del siglo IX de nuestra Era.

Tiene una campana o Vela que servía y sirve aun para que los labradores de la vega reglamenten las horas durante la noche para sus riegos.

A las once de la noche sigue su tradicional toque de las 33 campanadas. A las 12, da una. A la 1, dos y así sucesivamente.

Desde esta histórica Torre enarboló el 2 de Enero el gran Cardenal de España, el Conde de Tendilla y otros personajes, la señal de la Cruz, enseñoreándola sobre el postrer suspiro de los árabes, y después tremolando el Pendón de Santiago, que de triunfo en triunfo había recorrido la España. Una lápida conmemorativa a este hecho de armas, se ve hoy a la izquierda del muro que sostiene la campana.



CAPÍTULO X

Alhambra.—Parte religiosa

IGLESIA DE SANTA MARIA

Al Oriente del Palacio de Carlos V, se levanta esta antigua parroquial de la Alhambra (de 1616). En su área estuvo la Mezquita Real mandada construir por Mahomet III y de la que hizo grandes elogios Aben Aljatib.

Dice festualmente, en su historia: «Es obra maravillosa, labrada al gusto mosaico, con calados finísimos, con alharacas, con flores y adornos de plata sostenidas por columnas de mármol bruñido. Sin duda aseguro yo y aseguran todos los que entran en esa mezquita Alha, que su construcción y su calidad, por su elegancia y hermosura en sus proporciones es el edificio más admirable del reino y la mezquita más fina del mundo. Asistió en persona el mismo Sultán Mahomet III a vigilar a los alarifes que la construían. He oído decir que nadie ha visto edificio, ni oído haya nin-

guno que se le pueda comparar. Lo más meritorio es que invirtió el Emir para su edificación las sumas de dinares que los cristianos pagaban por el tributo de la frontera, que rendían a Mahoma para evitar el rigor de su espada. Además están aplicados a su dotación y gastos los productos del baño que hay enfrente».

Abul Walid Ismael la restauró, como lo decían sus inscripciones y Yusuf I considerado como el Augusto de las Artes granadinas, invirtió en ella sumas considerables de sus tesoros, aumentando su engrandecimiento.

En tiempo de los árabes, fué la Mezquita que más culto tuvo en Granada. Más tarde fué erigida como Iglesia Mayor por los Reyes Católicos, bajo la advocación de Santa María de la Encarnación, y habiéndose hundido en su mayor parte, en 1580 fué trasladado el culto a la Sala de la Justicia del Palacio árabe, y al sacar sus escombros se encontró una lápida con inscripción gótica en la que se dice que allí hubo una de las tres iglesias erigidas en tiempo de Recaredo por un noble llamado Gutila, en el lugar de Nativola.

La moderna iglesia se empezó a edificar en 1581. Su plano y proyecto es de Herrera. En el atrio de entrada se eleva una columna con inscripción que dice:

«Año MCCCXVII a XII de Mayo reinando en Granada Mahomet, fueron martirizados en

esta Alhambra por mano del mismo Rey, Fray Pedro Dueñas y Fray Juan de Cetina, de la Orden del Padre San Francisco, cuyas reliquias están aquí. A cuya honra de Dios Nuestro Señor se consagra esta memoria por mandado del Illmo. Sr. D. Pedro de Castro, Arzobispo de Granada. Año MDCX».

Al extremo de Levante de esta Mezquita estaba el Palacio o Casa del Jefe religioso, el Sacerdote Santo que se denominaba «el Mufti» que tenía a su cargo la Mezquita y sus Alfakis.

De esta Casa Palacio existen vestigios. Más hacia poniente de la torre que hasta el siglo XVI se llamó Torre del Atalaya y de la Torre de la Cárcel o de las Cabezas, había dos torres, de las cuales la primera perteneció a un suntuoso Palacio que se puede comprobar en el plano de la Academia de San Fernando, que se llamaba Dar o Casa de los Arrages. El padre Echevarría también en su descripción nos copia y traduce sus inscripciones y añade que entre los adornos había la mano abierta y siempre debajo cierto letrero que decía: LA LEY ES DIOS. Según el P. Echevarría este Palacio era del Sacerdote Juez supremo (El Mufti).

El vandalismo de los franceses, en su invasión, cuando cometieron el crimen de volar la Puerta de Siete Suelos y la parte de levante de la Alhambra, nos privó de esta curiosísima edificación.

Completaba a esta parte de la Alhambra que yo llamo «Religiosa», los baños públicos que cita el Aljatif y otros cronistas como el Almakari y cuyas rentas le servían a la Mezquita.

La planta, columnas, algunos arcos y restos de estos baños existen como ya he dicho en la casa de la calle Real, núm. 3.

EPÍLOGO

A continuación copiamos dos de las mejores composiciones que se encuentran en el Album de la Alhambra, y la constitución del primer Ayuntamiento que nombraron los Reyes Católicos en Granada.

Meleh Selam a presencia de la Alhambra dijo:

«¡Oh Alcázar de la Alhambra! De lejanos países he venido para verte, creyendo que eras un jardín en la primavera; mas te he visto semejante al árbol de Otoño. Imaginé que al verte mi corazón se alegraría; pero al contrario, las lágrimas han salido a mis ojos. ¡Dichoso quien te contempló en aquellos días felices: Cuando Granada tenía miles de alcázares, cientos de miles de habitantes y el esplendor de una corona!

Entonces tú te alzabas como Sultana hermosa, coronada de almenas doradas y ves-

tidas con bosques de perlas: entonces los matices de tus aposentos excedían en hermosura a las flores que perfuman las riberas del Dauro y al cielo que se mira en el espejo de sus aguas.

Tú en el día eres tan sólo una sierva, por eso tus vestidos se hayan descoloridos y rotos y sin que tengas en tu desdicha más que un consuelo: Cuando las aves que vienen de Africa revolotean en tus aposentos y aparecen con más alegría, las oyes repetir de continuo: Bendita sea la Alhambra.

Ellas aprendieron esta frase en el arenal africano: cuando el sehal azota la frente del desgraciado que no tiene un lugar donde guarecerse, él recuerda la grata sombra de tus bosques que sus padres le celebraron y esclama tristemente: «Bendita sea la Alhambra.

Si llegase un día en que desapareciendo la enemistad entre el cristiano y el musuln, y entre el español y el habitante de Africa, y siendo todos ellos como hermanos, viniesen a Granada sin temor aquellos cuyos padres vivieron bajo la egida de los Nazar, tú volverías a lucir tu manto de señora.

Pero no pierdas la esperanza: quizá llegue el día. Un rey cristiano edificó junto a tí un alcázar como tú, se halla también desierto. Tal vez esperando a que lo habite un monarca bajo cuyo cetro vivan como hermanos el cristiano y el musuln».

Esta bellísima poesía se encuentra en el folio 1.º del segundo volumen. Está escrita en correctos caracteres nesjí y en prosa rimada.

Esta hermosa traducción se debe a nuestro buen amigo el notable arabista D. Antonio Almagro.

Dejadme que embebido y estático respire
las áuras de este ameno y espléndido pensil;
dejadme que perdido bajo sus sombras gire;
dejadme entre los brazos del Dauro y del Genil.
Dejadme en esta alfombra mullida de verdura,
cercado de este ambiente de aromas y frescura,
al borde de estas fuentes de tazas de marfil.
Dejadme en este alcázar, labrado de encajes,
debajo de este cielo de límpidos celajes
encima de estas torres ganadas a Boabdil.

Dejadme de Granada en medio del Paraíso.
do el alma siento henchida de poesía ya;
dejadme hasta que llegue mi término preciso
y un canto digno de ella le entonaré quizá.
Sí: quiero en esta tierra mi lápida mortuoria.
¡Granada!... Tú el santuario de la española gloria;
tu sierra es blanca tienda que pabellón te dá;
tus muros son el arco de un gran jarrón de flores;
tu vega un schal mórvido bordado de colores;
tus torres son palmeras donde prendido está.

Salve, oh Ciudad donde el alba nace
y en donde el Sol poniente se reclina.
Donde la niebla en perlas se deshace,
y las perlas en agua cristalina;
donde la Gloria entre laureles yace,
y cuya inmensa antorcha te ilumina.
Santuario del honor, de la Fe escudo.
Sacrosanta Ciudad, yo te saludo.

Creación del Municipio de Granada

A 20 de Septiembre de 1501, por cédula real que expidieron en Granada los monarcas conquistadores, fué erigido el Municipio de nuestra Ciudad.

La primera organización municipal de Granada es digna de ser conocida, y como datos históricos de importancia citaremos los que da el distinguido historiador granadino don José F. de Luque, en su Historia de Granada.

Se compuso el Cabildo de veinticuatro regidores, por eso llamados Veinticuatro, con el sueldo de 3.000 maravedís al año, dos alcaldes ordinarios que conocían indistintamente de las causas civiles y criminales de la ciudad y sus alquerías con 5.000 maravedís anuales y con voz y voto en el Cabildo; no habiendo corregidor propietario, un alguacil mayor con voz y voto y facultad de nombrar otros cinco subalternos y de llevar derechos en las ejecuciones a tres maravedís el millar con tal que no excediese de trescientos, y en los casos en que no hubiese corregidor, veinte jurados que asistiendo a los cabildos sin voz ni voto, pudiesen otorgar u oponerse a los acuerdos que fuesen en pro o en contra

del pueblo; veinte escribanos de número; otro de cabildo con el sueldo de 5.000 maravedís; un mayordomo de propios que debía nombrarse de dos en dos años, con el salario de 1.000 maravedís; un procurador con 3.000; un maestro de obras con igual salario; un portero de cabildo; cierto número de fieles encargados en el cumplimiento de las ordenanzas; cuatro intérpretes; seis pregoneros de idioma árabe y otros seis de castellano; dos verdugos, uno de cada raza; y cuatro corredores de caballerías y dos de fincas; cuyo régimen prevaleció por muchos años, hasta que se fué modificando según lo exigían las circunstancias y la experiencia.

Se declaró la ciudad por la misma cédula libre de huéspedes y la traslación a Granada de la Chancillería de Ciudad Real, lo que no se efectuó hasta cuatro años más tarde en 1.505.

Para los gastos municipales se donó al cabildo la antigua Madraza árabe, donde se celebraban las sesiones, los osarios de los moros, la renta de la agüala, el término de Montegícar, la mitad de las penas que se impusiesen por inobservancia de las ordenanzas, las de almotacenazgo y el peso de consejo; y para muros, puentes, aljibes y alcantarillas, las mismas rentas que los moros tenían destinadas al efecto, declarando libres todos estos bienes del derecho de Farda.

Asistieron al primer cabildo celebrado en Granada:

Como Presidente, el Conde de Tendilla.

Alcalde de Casa y Corte, el licenciado Calderón.

Alguacil Mayor, D. Pedro de Granada.

Veinticuatro: D. Diego Bobadilla, Pedro de Rojas, Gómez de Santillana, Francisco Gutiérrez, Rodrigo Bazán, el doctor Guadalupe, médico de Cámara de los Reyes, Diego de Padilla, Luis de Valdivia, Fernando Sánchez de Zafra, Juan de Salinas, Francisco Jiménez, Gonzalo Fernández Zegrí, Juan de Baeza, Pedro Fernández, Francisco Enríquez el Pequeni, D. Andrés de Granada, Francisco Pérez, D. Antonio de Bobadilla, Francisco Fernández, Francisco de Peñalona, Miguel de León, Alonso Fernández, Fernando Chinchilla y Francisco de Torres.

Como alcaldes ordinarios, Padilla y Juan de Baena.

Todos ellos eran hijosdalgos y conquistadores del Reino.